



CÉSAR AIRA

Una novela china

Lectulandia

En una remota provincia china, un campesino sutil se extravía en un hechizo de amor. Como casi todos los amores, este es imposible. Pero Lu Hsin, ingenioso y paciente, decide crear una posibilidad a partir de la nada.

La tarea le lleva casi toda la vida. Esta fábula erótica, atemporal y eterna aunque ineludiblemente china, sucede sobre el fondo agotado de veinte años cruciales en la historia del Imperio de la Porcelana: los que van entre la Larga Marcha y la Revolución Cultural. La hidráulica, la pintura, la política, la vida cotidiana en una pequeña aldea, y una colorida galería de personajes, marcan el paso del tiempo de la ficción, que se revela en el desenlace como el fulminante momento de la realidad y el amor.

Lectulandia

César Aira

Una novela china

ePub r1.0

Titivillus 16.11.16

César Aira, 1987

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Una historia, cualquiera, se desvanece, pero la vida que ha sido rozada por esa historia queda por toda la eternidad. El recuerdo se borra, pero queda otra cosa en su lugar. La tierra toma formas eternas, mientras que el agua se adapta a la fugacidad de todas las cosas, transcurriendo sobre ellas. No se pierde en los repliegues de la multiplicidad sino que toma de ellos una cualidad de infinito que la vuelve perfecta e inmodificable. En cuanto al aire, es un destino de las cosas y las vidas; cuando sólo el recuerdo se aferra a los giros de una hoja desprendida, el vacío que ha cavado en el aire intermedio entre los cielos delicadamente superpuestos y la tierra opaca resplandece de pronto, en una eternidad que imita la del silencio y oyen los que tienen el oído muy aguzado. Pero las vidas pasan, y con ellas todo lo demás: civilizaciones, imperios, y hasta la visión y la belleza de los paisajes en su ciclo acuarelado de estaciones. No lo creemos, pero es así. Nunca podemos creerlo, porque nos distrae la irisada contemplación de nuestras propias vidas que se reflejan en otros, en otros innumerables, a veces amados. La ciencia de la Historia ha creado un gran malentendido en ese aspecto. Sucede que, por definición, la Historia no admitirá que es irreal. Y sin embargo deberíamos buscar en la irrealidad su definición.

¿Qué ocurre cuando una vida se desvanece? Quizás otro color desciende sobre el mundo, y se agrega a la gran suma imperfecta y fluctuante. Pero no podemos estar seguros. Nunca hemos presenciado ese acontecimiento, y sólo podemos imaginarlo, para lo cual es preciso imaginar previamente grandes modificaciones en el mundo; y nuestros sabios nos han explicado minuciosamente que todo en sus suposiciones prehistóricas es un sueño. Aceptamos, entonces, la transparencia inherente a lo humano, y vivimos con ella; se puede vivir con menos, como podrían demostrarlo con facilidad esta o aquella fábula, todos los apólogos contradictorios que se repiten con la sensualidad ausente de una música al azar del tiempo. No existe continuidad entre el hombre y la naturaleza, sólo resonancias, siempre trucas y elegantemente asimétricas como un cortejo de caballitos enjaezados por un paso de montaña.

Nuestro arte siempre ha sido pródigo en la pintura de paisajes. Prácticamente ningún rincón de las casi infinitas provincias carece de un recordatorio historiado en la seda o el bambú. Lo cual produce, si se reflexiona un momento, un efecto curioso sobre la imaginación. Cuando todo lo que podemos ver en un extenso viaje imaginario (que podría llevarnos la vida entera, ¡tan corta es nuestra vida!), todos los lugares y miradas, han sido traducidos al modo de un arte tranquilo y mudo, que se ejerce con cierta independencia del tiempo y sus muchos avatares, entonces la traducción misma, el trabajo del que han surgido, se vuelve precisamente imaginaria, fantástica, como el dragón...

¿Y no es el dragón acaso el emblema permanente de la vida? El dragón es el aire, el espacio brillante y claro gracias al cual los objetos del mundo se disponen con un ritmo estable, del que extraen su arte los pintores. El dragón resuena largamente en la

noche, cuando los lugares se opacan y debemos crear una pequeña luz, y dentro de ella una musiquita que nos conserve la vida mientras todo se extravía, quizás irremisiblemente.

Según la canción infantil: «el dragón pinta paisajes». Sus estilos multiformes son los modos de vida, y los colores inigualables que emplea son las ideas con que los hombres pintan su mundo hasta aislarlo del mundo mismo: entonces comienzan los sueños. El dragón se levanta sobre los hombres, abre sus alas poderosas y alza vuelo como lo hace una idea, un deseo, el anhelo que abandona la humanidad en busca de más transparencia, de más simplicidad. Inmediatamente lo humano se recompone, vuelve a tender sus enlaces con plantas y animales, con los sucesos del clima y las alternancias de los días. El dragón se ha marchado, y es como si no hubiera sucedido nada.

Nos quedan, restos enigmáticos, los paisajes que ha pintado. He aquí, por ejemplo, las montañas, simples y hermosas, en tenues grises, ocres, algún verde en el que no confiamos, porque el verde es el color de las alucinaciones. Toda una vida podría pasarse hojeando paisajes pintados. Nos invitan con extraordinaria cortesía a soñar un momento, o mejor aún, a pensar que podríamos soñar y vernos en esa posición pensativa...

Pero detrás del primer malentendido surge otro, que pese a ser el resultado natural y necesario del primero, sutilísimo, resulta burdo y lo hacemos a un lado con una sonrisa: en efecto, la vida humana no es lo que nos muestran los paisajes pintados. Su supuesta inmovilidad es el sueño, precisamente, de un torbellino que no cesa.

Lo sabemos, lo sabemos mejor que nadie, creemos: la vida es complicada, las artes inversas de la perspectiva, la técnica de las nubes, las diez mil altitudes en que se representa la elevación cóncava de una montaña, todas esas futilidades estallan con ruido bajo el peso inmenso del curso real de la historia. Y no somos sino eso, el estruendo de un estallido, que por momentos casi podría confundirse con el ruido de una carcajada.

Pues bien: quizás después de todo aquí no haya malentendido alguno. Quizás el sueño sea un sueño, y lo real sea real. Quizás (no podríamos asegurarlo, y nuestro vecino Wou quizás tampoco) los paisajes pintados no sean sino cartones y telas cubiertas de líneas y colores, y nada más vaya a suceder con ellos. Son lo que un profesor de filosofía conocido nuestro llamaría «lo inerte». Sonreímos ante la idea (¿qué otra cosa podríamos hacer?) pero en el fondo de la mente nos molesta ligeramente. El arte no termina en lo inerte. Es preciso hacer otra cosa, siempre otra cosa (otra cosa más, otra, otra) con lo que se ha hecho en nombre del arte. Quizás... sería más amable, y más artístico, olvidar esos cuadros; el olvido es un trabajo a la vez violento y delicado, nunca hace daño a nadie, salvo a alguna susceptibilidad muy tensa; y el olvido tiene la gran fuerza inmóvil de la atmósfera sin culpas ni turbulencias. ¿Qué hacer, no ya con los cuadros de nuestros viejos paisajistas, al fin y al cabo tan poca cosa, un mero entretenimiento de eruditos hoy día, cuando no un

negocio de traficantes, qué hacer con el mundo mismo del que se supone que esos cuadros fueron la representación? Olvidar. Olvidar todo. Una respuesta quizás con su pizca de extremismo, pero no desprovista de eficacia. Sobre todo porque es una solución provisoria, nunca definitiva.

Lu Hsin mismo será olvidado. Sobre su nombre, sobre su persona algo absurda, ligeramente enigmática, sobre sus secretos, se impondrá el majestuoso olvido, también él un color más, el más claro y fino, el menos imaginable. Y sin embargo, la historia de Lu Hsin, aun cuando haya desaparecido, quedará de algún modo, y es reconfortante pensarlo. Lu alza vuelo montado en el dragón... Hay algo indefinible que queda como un presentimiento de lo inexistente. Suponemos... La noche se desplaza fluidamente en sus barquitos minúsculos, entre los juncos. ¿Lo habremos imaginado todo? Un nuevo amanecer borra velozmente esos colores profundos, tan sólidos y reales, de las figuras. Todo se borra a partir del cielo. Después esperamos, observando los movimientos inciertos de tantas cosas como se lleva el viento... Y el dragón al fin nos susurra algo, desde muy lejos: *Lu se repetirá*. Era todo lo que debíamos comprender. Y aun así, por supuesto, no lo terminamos de comprender. Hay demasiadas cosas en el mundo, al sur de la muralla, como para dar cuenta de todas. La historia de Lu Hsin fue una repetición, y la ciencia de la Historia, grave y majestuosa, la deja escapar, con la mirada desdeñosa que habitualmente tienen las diosas. Quizás no podría, honestamente, hacer nada con ella. Quizás el arte tampoco pueda. Pero sucede que me he enterado de la historia del viejo Lu, y podríamos recordarla. Por supuesto, me apresuro a advertirlo, si la recordamos es exclusivamente como parte del trabajo, mucho más amplio y abarcador, de olvidarla.

Lu Hsin era un mandarín, salvo que no lo era. ¿Cómo habría sido un mandarín alguien nacido de padre desconocido, y cuya madre vendía semillas de sandía secas, en un sitio donde todavía hoy los viejos de Hosa-Chen creen poder verla? Esa señora, que se llamaba Suen Ki'han, se había trasladado a la región poco antes del fin de los Ts'ing del este, y en Hosa se comentó largo tiempo el curioso incidente que había protagonizado en esa oportunidad. Era una mujer pequeña, no muy joven, con un bebé de cabeza grande pintada de rojo, y se la vio varios días consecutivos en la aldea, siempre desplazándose como si paseara, sonriente y cortés con quienes se cruzaba. Aunque, como nadie le dirigía la palabra, no tenía ocasión de decir nada sobre sí. En un primer momento se la tomó por una viajera, cosa que era, obviamente. Pasadas dos semanas, creció la intriga. Por lo visto, éste había sido el término de su viaje. Por unos niños, los vecinos se enteraron de que se alojaba en un bosquecillo. Al fin, alguien la interrogó. Con el acento de las provincias del naciente, la mujer le dijo que había venido a alojarse con sus parientes, los Han, que ya estaban sobre aviso por una carta... La sorpresa fue inenarrable. Los Han, que eran unos campesinos de las inmediaciones y la habían visto vagar por calles y caminos tanto como cualquier otro aldeano, se apresuraron a llevarla a su casa, deshaciéndose en disculpas. ¿Por qué no se había dado a conocer, no bien llegó? La mujer sonreía, para nada molesta. Dijo que

simplemente esperaba que le preguntaran. No quería parecer entrometida... Durante muchos años fue proverbial su nombre para designar excesos de cortesía. Tiempo después, se empezaría a pensar que en realidad estaba loca. Pero nunca se lo pudo asegurar. En su juventud era bella, y a los dos años de haber llegado se casó. Cuando dos o tres años después su marido le manifestara cierta extrañeza ante el hecho de que no quedara embarazada, ella dijo, con la más sincera sorpresa, que ella no concebía hijos (como si dijera que no tenía cinco dedos en la mano derecha, sino cuatro, y el acento de quien se extraña de que su marido no se hubiera dado cuenta de ello). ¿Cómo era entonces que había tenido a Lu? Su única respuesta fue un gesto que parecía querer decir: ése es otro tema. Amable y diligente como era, le ofreció a su marido marcharse y dejarlo en libertad de acción, si lo que él quería era tener descendencia. Ella, por su parte, no la tendría...

Enviudó, y murió veinte años después; en esas dos décadas vivió de la venta de semillas de sandía secas en la vía pública. Su vida simbolizaba en parte la inmovilidad sonambulística de las clases proletarias antes de la revolución. No sólo de ella, sino de muchos millones como ella, no se habría podido asegurar si tenían o no una sana razón, o bien si actuaban movidos por la más extraña de las manías. El proletariado rural que obtenía del suelo su alimento y vivía de la imperfecta, frágil subsistencia del alimento y la reproducción, no hablaba lo suficiente sobre temas comunes como para dar pruebas de su pensamiento, en un sentido o en otro.

¿Y acaso la Larga Marcha misma, sobre la que luego fundamos nuestro destino, no fue una marcha de sonámbulos, por el mero hecho de ser «larga», un recorrido por entre la selva de paisajes pintados que caían del cielo, de nuestros bellos cielos siempre iguales? La Hosa fue afectada por los acontecimientos revolucionarios desde el primer día. La guerra, apenas si la sentimos, pero sus consecuencias nos parecieron inmensas. En lo que se revelaron con toda su carga de espejismo. Pues toda la Hosa, todo el archipiélago de aldeas al pie de las montañas Verdes, había sido desde hacía una eternidad una región de campesinos pobres, con una exquisita burocracia que no fue necesario modificar en lo más mínimo.

La clave de la vida de Lu Hsin fue la inteligencia, la fantástica inteligencia que él mismo reconocía, dentro de su modestia proverbial y retraída; o, más que reconocerla, daba por sentada. Todo había surgido de su inteligencia. Se había apartado insensiblemente, desde el comienzo, de los modos del proletariado rural y podría haber llegado a farmacéutico si lo hubiera deseado. Pero no se molestó. Ahí estaba su falso mandarínismo; iba más allá de los mandarines, sin caer en sus defectos. Siempre fue estrictamente pobre, pero siempre tuvo lo necesario para vivir liberado del trabajo. Ni él mismo podía explicárselo del todo: de alguna manera, misteriosa y fluida, se había liberado de la necesidad, con todo lo que ella implicaba, y había vivido apartado e indiferente.

Había en ello una suerte de «mecanismo», que lo hacía ir siempre un paso más allá de lo que se proponía. Un ejemplo fue precisamente el de su afición a los

paisajes. Podría haber llegado a ser un eximio pintor. En algún momento de su juventud, siendo maestro de idiomas en la décima prefectura de Hosa (idiomas que había aprendido solo, en un movimiento que reproducía los convólvulos secretos de su intimidad), había comenzado a pintar y a ofrecer sus cuadros en venta junto al sitio donde su madre vendía las semillas tostadas de sandía. Era ligeramente chocante, esa anciana desdentada agitando la cabeza en un temblor sonriente, y a su lado el despliegue de diez o veinte pequeños paisajes a la tinta. Se vendían rápido, casi en secreto, por cuanto costaban unos pocos centavos. Los entendidos vacilaron: podían ser soberbios pastiches de ciertos maestros antiguos poco difundidos, o bien los intentos de un futuro maestro. A nadie se le ocurrió que pudieran ser las dos cosas a la vez, y estuvieron en lo cierto, por la negativa, porque el arte de la pintura no tuvo futuro en Lu.

Poco después comenzó a vender pigmentos; había aprendido a hacer él mismo las tintas vegetales (que excluían el negro y el amarillo) y se hizo de una amplia clientela entre los aficionados de cien li a la redonda; también este desarrollo fue fugaz.

Pues hubo un paso más, en el que se ejemplificaba perfectamente el «mecanismo» de Lu Hsin. Redactó un pequeño libro sobre la botánica de las tintas, y los métodos de preparación. Él mismo lo imprimió y lo distribuyó; un libro así tenía un público escaso, desde ya, pero interesado, y en el curso de los años volvió a hacer varias ediciones, siempre de pocos ejemplares, que llegaron a sitios remotos. Claro está que no lo había firmado.

Así pues, operaba la mente y el trabajo de Lu Hsin: llegado al último punto de la abstracción, ya tan lejos de la ocupación real de pintar, se daba por satisfecho; remontaba, podía decirse, la corriente del trabajo, de lo real a lo imaginario que lo volvía real, o al menos posible.

Podríamos relatar docenas de episodios del mismo estilo. Hacia los cuarenta años, vivía solo en una casita de las afueras de Hosa-Chen, que había sido de sus parientes Han, de quienes la había adquirido para su madre. Muerta ésta, seguía viviendo allí. Era una casita minúscula, con dos lindos sauces y un ginkgo, y una huerta. Lu Hsin aparentaba más edad de la que tenía. De lejos se lo habría tomado por un anciano, un anciano pequeñito, extraordinariamente ágil pero no nervioso, nunca preocupado, todo él un emblema de la paz campesina, irradiando serenidad. Se cortaba él mismo la ropa, en lo que era hábil. Usaba las casacas blancas atadas con hilos negros que habían usado desde tiempo inmemorial los letrados del interior, combinadas con los pantalones anchos de los campesinos. Tenía una pequeña barba entrecana, y se afeitaba la nuca hasta muy arriba. Siempre estaba en casa, y sus horarios eran muy diurnos; casi nunca utilizaba la lámpara, aunque dormía muy poco. Desde la primera hora de luz podía vérselo trabajando en la huerta, y por algún motivo su actividad producía una impresión descansada. Diríase que más que actuar sobre las plantas, las observaba.

Prestaba servicios a la comunidad como óptico. También en esto se había

manifestado su «mecanismo». Nadie más calificado que él para actuar como farmacéutico; pero había desdenado la posibilidad, o la había superado. Sus conocimientos de la naturaleza habían sido sublimados en su minuciosa artesanía con los cristales. Había desarrollado un método para adelgazar las bellas ágatas del Mei, y les vendía hermosos ojos de muñecas a los fabricantes de juguetes del otro lado de la Hosa. De cualquier modo, su actividad era distraída, y parecía depender de las fatalidades de un capricho. No era un «hombre establecido», si es que eso quería decir algo.

Cuando llegó la noticia de la Revolución, se desplegaba en la Hosa el fantástico verano al que los lugareños llamaban «el invierno de las sensaciones», la breve época inmediatamente posterior a las lluvias cuando un aire tórrido bajaba, lentísimo, de las montañas. Los valles vivían un mes de perfecto calor uniforme; antaño se habían celebrado en ese ínterin las danzas de la renovación. Ahora el cambio de administración se celebró con cohetes.

Lu, con sus tranquilos modales, pareció haber decidido festejar la Revolución con un cambio de actividades. Había descubierto un método sumamente eficaz de producir hielo y, casi sin saber que en Occidente la costumbre ya estaba establecida, inició la fabricación de cremas heladas, que vendía en vasitos de papel. Su comercio causó una impresión fortísima en muchísimos li a la redonda. Desdichadamente, Lu hacía apenas unos pocos kilos de helados coloridos por día, y los vendía a precios ridículamente bajos, retomando en ese detalle la vieja costumbre del país de operar con fracciones casi infinitesimales del dinero. Le agradaba sobre todo observar a los niños pequeños manipulando un helado. La lentitud reflexiva con que lo comían, sus distracciones, hasta la exasperación de los padres, todo parecía entretenerlo, si es que aparecía algo detrás de su máscara subrepticia de falso anciano.

Pasado el mes de calor, incluso un poco antes, abandonó el trabajo. Le vendió su máquina (una vieja batidora de chocolate, holandesa, adaptada por él) a su amigo el farmacéutico K'en Jio, y por su parte volvió al té.

Era un bebedor compulsivo de té. En la intimidad, el té y los libros lo ocupaban largamente. Con las mismas hojas, o el mismo polvo, podía preparar veinte variedades distintas de té. Estacionaba aguas en unas grandes burbujas de vidrio que él mismo había soplado. Por la tarde era infalible verlo sentado en una banqueta a la puerta de su casa, tomando té con aire abatido. Podía observarse que miraba con atención el líquido antes y después de beber. Quizás estudiaba los reflejos. Alguien había dicho una vez que veía a su esposa en el té: y ésa sería la variedad número veintiuno de las que preparaba, la que reflejaba a su difunta esposa.

El recuerdo de esta mujer parecía haberse perdido naturalmente en la Hosa; tal vez por eso suponían que él la invocaba. Algunos memoriosos creían entreverla en las brumas, después de todo no tan lejanas de una década y media atrás. Una mujer pequeña y trivial, que había muerto a los pocos meses de casada. En aquella región poblada de embrujos, se había sospechado que su intrigante esposo la había matado,

pero por supuesto tal cosa no era cierta. Ni siquiera hubo, como habría sido lo normal en cualquier otro caso semejante, las consabidas historias de fantasmas. Lu era un ser refractario a los fantasmas. Todo en él era realidad simple, ingeniosa, laboriosa, a pesar de sus invenciones.

En la intimidad, realizaba con serena fluidez todos los trabajos de la supervivencia cotidiana. Se preparaba una comida simplísima, que acompañaba con inmoderadas cantidades de té, lavaba todos los días su ropa, mantenía la casa escrupulosamente limpia, trabajaba en óptica o en cualquier cosa, en momentos casuales del día, recibía a algunos amigos. Y leía, o mejor, releía siempre algunos libros, casi todos alemanes. Era el idioma occidental que mejor dominaba, y el que más apreciaba. Tenía predilección por Jean-Paul, cuyas extensas novelas, olvidadas en su país de origen, eran para Lu Hsin una fuente perenne de diversión; por Von Chamisso, cuya obra maestra creía saberse de memoria, pese a lo cual la releía al menos dos veces al año. Pero sobre todo Kant, por quien sentía veneración. Había reunido toda su obra, en base a los grandes volúmenes celebratorios que editaron en Königsberg a mediados del siglo pasado, complementados por numerosas ediciones modernas. Nunca leía anotaciones o comentarios: prefería pensarlo por cuenta propia; y cuando calculaba todo lo que había pensado respecto de Kant, le parecía imposible: en esos momentos, creía haber vivido una eternidad.

No tenía servicio de ningún tipo, él lo hacía todo. Habría considerado totalmente fuera de lugar que alguien viniera a hacer la limpieza de su casa. Por otro lado, su género de vida era muy austero, y no se habría justificado el empleo de ningún tipo de personal, aunque en Hosa era habitual emplear a las jóvenes montañesas, y lo hacía incluso la gente humilde.

Al atardecer repetía siempre una misma ceremonia, que era la comida de los gatos. Les servía parsimoniosamente, cantidades calculadas de comida que él mismo preparaba, una mixtura de su invención que debía tener todo lo necesario para la nutrición de esas criaturas. Tenía dos gatos suyos, a los que llamaba Ha y Huc, dos gatitos amarillos de pelaje muy corto, quizás birmanos, o ren-ren enanos. Pero nunca le negaba un plato de leche o de su preparado especial a cualquier gato que se presentara. No tenía una clientela demasiado abundante, lo que con toda seguridad era un efecto lateral de la corrección científica de la comida.

Hosa-Chen, quizás no lo hayamos dicho todavía, era la aldea central de un pequeño archipiélago de villorrios que se extendían a lo largo de las laderas de las montañas Verdes. Un río, el Ji'en, recorría todo este complejo, con tal eficacia que no había sido necesario llevar a cabo obras de riego especiales; y como la historia de nuestro país nos enseña que ha sido el agua siempre la gran creadora de la burocracia, la de Hosa se mantuvo en un nivel mínimo, pero magníficamente eficaz por varias causas, entre ellas el alto nivel de recaudación que se mantuvo desde la época de los Han en la región, debido a la riqueza del suelo y la buena disposición del clima, y también a la extraordinaria facilidad de las comunicaciones, que hacían del

«embudo» de los valles de las montañas Verdes uno de los pasos obligados para todo el Imperio. El Ji'en, navegable los doce meses del año, era el mensajero de la plácida prosperidad de los campesinos de la dorada Hosa, tan lejana y a la vez tan nítida y amable.

2

—El respeto a las formas —decía Wen Tsi— no es tanto la conservación de lo mismo como la observancia del ritmo con que lo mismo adopta formas diversas. Ahí es donde ha fallado Chen a mi juicio: desde el momento en que alguien puede preguntarse, como lo venimos haciendo nosotros, si su estilo es real o sólo un espejismo, el artista como tal deja de existir para la historia de la etiqueta; no importa que la respuesta eventualmente le sea favorable.

Era un hombrecito pequeño, muy pálido y arrugado, con una formación anticuada en la que creía de una vez para siempre, y que apenas si teñía imperceptiblemente una tenue puesta al día en marxismo. Se lo habría dicho un teórico en Emperatrices, un reductor de ciudades trasladado por error al campo. Salvo que usaba invariablemente ropa occidental: pullóveres de cuello alto, y pantalones de franela, bajo los cuales las sandalias y las gruesas medias de lana verde constituían un anacronismo más. Le gustaba hablar, y como era endiabladamente tímido sólo lo hacía en ocasiones muy íntimas. Siguió exponiendo su punto de vista, mientras sostenía con índices y pulgares una tacita de té.

—Chen como pintor falla en las exterioridades, y no debería asombrarnos que haya sido más apreciado en Occidente...

—No es exacto —acotó el señor Hua.

—... donde el desprecio de las formas ha llegado a constituirse en la razón de ser del arte. La manifestación de un dolor o un anhelo, tan alabadas en su pintura, no son sino construcciones mentales a cargo del espectador, y es precisamente de ese exceso de trabajo al que obliga de donde nace, por inercia, el trabajo suplementario en el espectador de preguntarse si su obra no será un fraude al fin de cuentas.

Esbozó una sonrisa seca, como si él mismo se hubiera convencido al fin con una buena argumentación. El señor Hua era delgado en la parte superior del cuerpo, pero con gruesas caderas de matrona.

—Mi honorable amigo —dijo—, confunde elementos distintos: sus razonamientos se aplican al dibujo de Chen, pero no a su arte de colorista y poeta de la construcción pictórica.

—No entiendo de sutilezas técnicas —dijo Wen Tsi, que se proponía demostrar precisamente que las entendía mejor que su interlocutor— pero si he podido entrar en la discusión, y apreciar la peculiar ambigüedad...

—¿Llueve? —preguntó Lu levantando la cabeza de su taza de té.

—Mmm... así parece —dijo brevemente el señor Tsi, y prosiguió—:... de su desatar los hilos antiguos de la etiqueta de los movimientos amplios de la naturaleza...

Su perorata, por un súbito mimetismo, tomaba la cadencia aburrida del ruido de la lluvia. Con su paso bamboleante, el señor Hua había ido a la ventana. Efectivamente, estaba lloviendo, y se preguntaba cómo lo habían adivinado, pues era un movimiento

atmosférico tan mudo como el desprendimiento del polen. Pensó que la casa de Lu Hsin era un buen refugio, en cuyo interior se extinguían los ruidos, pero no tanto como para ocultarles el inconveniente de volver a sus casas, pues no habían traído paraguas; y como era primavera, inevitablemente se formarían charcos. Se quedó un momento en la ventana, vagamente incómodo.

Los tres amigos se reunían por lo menos una vez a la semana en casa de Lu. Uno de los temas sobre los que volvían siempre era el que los ocupaba en esta ocasión: un pintor de la época de decadencia de los Ming (principios de siglo XVII), Chen Hong-Chen, de Che-Kiang. Su obra, especialmente su famosa serie de retratos, pero también sus escenas imaginarias, paisajes e ilustraciones de situaciones búdicas, mostraban rasgos acentuados de deformación, como en ningún otro artista de su época. Deformaciones tan constantes, y por momentos tan enigmáticas en cuanto a sus finalidades estéticas, que desde entonces se discutía sobre la realidad de sus dotes; bien podría haber sido, decía la voz escéptica de cada cual, que Chen hubiera sido un fraude, un torpe. La duda volvía más fascinante su obra, y el encanto hacía más difícil la resolución de la alternativa.

Aunque aldeanos, los tres amigos no posaban de eruditos; tenían la elegancia suficiente como para reconocer, siquiera implícitamente, que ponían en Chen Hong-Chen sólo sus deseos de conversar y las fluctuaciones de su imaginación.

Lo cual se probaba ahora mismo. La visión de la lluvia había causado melancolía en Hua, y se le ocurrió algo novedoso sobre el tema:

—Quizás —dijo— no es necesario que nos interroguemos sobre la verdad del estilo de Chen. Quizás bastaría con adivinar sus estados de ánimo.

Los otros dos lo miraron intrigados: después de tantas sutilezas, eso parecía un retroceso notorio.

—Las dos cosas van juntas —dijo suavemente Wen Tsi.

—En efecto. Pero no necesariamente para nosotros.

Lo pensaron. El dueño de casa volvió a servir té. Tenía una bata de sarga y un gorrito con el que cubría su calvicie bastante avanzada cuando temía que podía pescar un resfrío. Los tres encendieron cigarrillos, y consideraron el volumen de luz que entraba por las dos ventanitas de la sala. Era una luz gris, con cierta humedad por contagio imaginario: la luz peculiar de la lluvia, con su extra de esplendor, siempre tan discreto.

—Los estados de ánimo —dijo el señor Lu— son de quien los experimenta, efectivamente. Y con un estilo sucede lo mismo. Sólo que en ocasiones el estilo, como un dragón, se desliza sobre los estados de ánimo de la humanidad entera, como la luz sobre los objetos...

Hua sacudía la cabeza con gesto fatalista:

—No era a eso a lo que me refería.

Hua, pensaban sus dos contertulios, era un melancólico; por dentro era una verdadera señora; la forma de sus ancas no desmentía su modo de sentarse en el

mundo.

Uno de los gatos se hizo notar de pronto, con un pequeño maullido. Como si lo hubiera oído, desde afuera respondió un pájaro, de los que se refugiaban en el alero de Lu los días de lluvia: una golondrina. El gato fue al centro de la sala, y lo siguió perezosamente el otro; los dos eran de un blanco amarillento, uno de ellos con máscara negra. El primero saltó al vano de la ventana y miró un instante, tal como lo había hecho Hua. Después volvieron a sus almohadones. Los sobresaltó un aleteo, y quedaron un rato con las orejas erectas. Había huecos en la inserción de las vigas del cielo raso, y las golondrinas debían de estar presentes también en la reunión, aunque ocultas.

Fue el turno de Lu Hsin de dar su propia opinión sobre el caso:

—A mi juicio, lo que propone Chen con la ambigüedad de su destreza, es nuestra comprensión. Se supone que al fin de una larga o breve deliberación ante sus obras, deberíamos llegar a una comprensión: es real, o es un fraude. Pues bien, en un sentido u otro, nuestra conclusión será incomunicable, por cuanto la comprensión misma es incomunicable. Y no me refiero a una pedagogía... Lo incomunicable lo es para con uno mismo. De ahí que somos nosotros mismos los que no comprendemos nuestra comprensión. —Hizo una larga pausa—. La misión del artista es hacernos comprender eso al menos, y creo que Chen lo hace bien.

Sus amigos asintieron.

Hua había seguido de pie (de hecho, uno de los gatos había ocupado su asiento) y había vuelto a la ventana. La lluvia era hermosa, aunque lo que veía era un paisaje anodino: la calle que se embarraba cada vez más, las casas de los vecinos, el gingko inmóvil de Lu, y arriba el ciclo uniforme, de un gris casi blanco. De pronto vio a dos mujeres que caminaban sin apuro por el medio de la calle, y eso le hizo pensar que en realidad no debía de estar lloviendo muy fuerte. Miró un charco redondo que se había formado en el patio delantero de la casa: caían gotitas constantes pero muy pequeñas. Después alzó la vista: las mujeres seguían aproximándose y ahora las veía con claridad. Por la apostura, eran dos montañesas: pequeñas, regordetas, con los gorros en punta y las trenzas unidas atrás. Una de ellas era mucho más gorda y alta, la otra debía de ser una niña; pero se parecían, como se parecían todas las montañesas entre sí, al punto de hacerse indiscernibles. Las dos traían capas de goma, y cuando se entreabrían los bordes Hua podía ver el traje multicolor de sus etnias. Era la ropa anticuada que les era peculiar... Y que lo anticuado fuera pobre o no, dependía de los grandes movimientos de la cultura, estaba fuera de los gustos personales. En este caso, estaba en el punto preciso de la neutralidad: lo anticuado ya no era signo de riqueza como antaño, y todavía no era señal de atraso como seguramente lo sería dentro de pocos años. Ese frágil equilibrio era la señal más patente de que el país había entrado al fin (¿después de cuántos milenios?) en la Historia. Todo eso ponía horriblemente triste al matronil señor Hua. Eso, y que tuviera que mojarse para volver a su casa.

Ya sólo esperaba que las mujeres pasaran de largo para volver a sentarse, cuando las vio, con considerable sorpresa, entrar por entre los sauces del señor Lu. Desaparecieron de su campo de visión y un instante después se oyó la campanilla, que hizo aletear a los pájaros ocultos y maullar a los dos gatos.

—Son dos montañesas —dijo ante la mirada interrogativa de los otros. No se imaginaba qué podían venir a hacer.

Lu se levantó con agilidad y puso la tacita en la bandeja con cierta torpeza:

—Oh —dijo—. Son la señora San, y Bao.

Salió a atenderlas. La puerta del frente daba directamente al exterior, apenas disimulado por un biombo bajo. Los dos caballeros sentados vieron por encima el gorrito de Lu, en la luz, y sintieron la corriente de aire. Los dos gatos desaparecieron. Se oía una conversación en voz baja, con consonantes gruesas por parte de la voz femenina. Duró poco. La puerta se cerró y tras un instante de absoluto silencio apareció Lu, ligeramente encorvado. Traía en las manos tres melones silvestres, del tamaño de ciruelas grandes. El señor Tsi arqueó las cejas: esos melones, bastaba con salir a buscarlos. Era curioso que a alguien se los trajeran bajo la lluvia.

Lu volvió a preparar té, y como comenzó a llover con más fuerza insistió en que sus amigos se quedaran. Puso un disco en el fonógrafo, y encendieron más cigarrillos. La incomodidad del incidente, si es que no había sido una ilusión, se disolvió pronto. Tanto, que sus amigos arriesgaron algunas ironías, muy veladas. Quizás esa señora a la que no habían visto prácticamente, gozaba de las simpatías del señor Lu. (Callaban la otra posibilidad, mucho más fehaciente: que la señora vendiese los favores de su hija adolescente casa por casa, como se sabía que hacían las montañesas, y el retraído señor fuera uno de sus clientes.)

Uno de los gatos, el de la máscara, por algún motivo prefería al señor Wen. Lo que no dejaba de ser curioso, pues este hombre era seco y sin simpatía alguna. Pero el animalito venía siempre a sus pies, se hacía un lugar en el asiento, se frotaba contra él. De ahí sacaron ciertas reflexiones suavemente burlonas:

—Es impredecible la simpatía de los genios de la naturaleza...

Sé reían, y oían la voz de Yvette Gilbert en los viejos discos, ligeramente ronca y con su dejo de misterio.

Afuera llovía, y con el caer de la tarde la luz disminuía en intensidad, aunque no en brillo, y las golondrinas misteriosas combatían en sus refugios del techo.

Esa noche después de cenar, Lu Hsin reflexionaba en lo que había sucedido. A esta hora el negro cerrado de la noche promovía el pensamiento, incluso con cierta densidad que él se permitía de vez en cuando. Se preparó un té y salió a beberlo al patio. Había dejado de llover al anochecer, y los vientos del este habían barrido las nubes. Era una noche sin luna, pero diseminada de astros muy brillantes. Caminó hasta abajo del ginkgo y miró el cielo entre sus delicados encajes de follaje. Dejaba que el vapor de su tacita de te subiera hasta las pequeñas hojas palmeadas, esa humedad caliente aterciopelada por la luz de acero de las estrellas.

Los giros de burla reticente en sus amigos le habían dado una idea... aunque todavía no sabía bien cuál. Como muchos seres extremadamente inteligentes, actuaba siempre por reacción. Sólo que elegía cuidadosamente (y en este punto no estaba para nada entregado a las manos con frecuencia torpes del destino) las circunstancias a las cuales reaccionar.

Desde hacía un tiempo, unos meses, un año todo lo más, no había llevado la cuenta, Lu había concebido una pasión violenta por Bao, la hija de la montañesa que le traía ágatas. Pero había descartado ese sentimiento como un sueño o una fantasía, algo que en realidad no le sucedía enteramente a él... pero podría sucederle. No excluía la posibilidad. Era una jovencita de catorce o quince años, que casi nunca hablaba. Lu Hsin había mantenido el contacto con la madre aun cuando no necesitara su provisión, e incluso había llegado al absurdo de comprarle frutos silvestres, simulando una predilección que no existía.

Ahora, gracias a la intervención casual de sus invitados esta tarde, vio de pronto que podía ir al otro lado de su burla, perfectamente... Al otro lado incluso de sus sospechas, si es que las habían concebido.

Había algo que volvía irreal a Bao, algo que de todos modos resultaría difícil (en rigor, imposible aun al más largo plazo) de superar, y era lo que hoy día se llamaba, siguiendo la moda francesa, la cuestión racial. Bao era una típica montañesa, casi indiscernible de las demás, y en ese caso, ¿cómo podía decir que se había enamorado de ella? Bao misma se perdía en la multiplicidad que representaba, o que otras representaban por ella.

Bebió un sorbo de té, y salió de abajo del ginkgo. Aun en la oscuridad podía desplazarse por su patio sin tropezar. Sólo que sentía la humedad bajo las sandalias. Dio la vuelta a la casa que era en realidad una casa de muñecas, no sólo por pequeña sino por la vida ligeramente fantástica que llevaba en ella su dueño solitario y pensativo, sin el ancla de un trabajo penoso: era precisamente, pensó, la irrealidad que caracterizaba todo el caso. Desde la huerta del fondo podía ver las montañas. Cuando alzó la vista hacia ellas le sorprendió ver la luna, plena y muy brillante, rodeada de halos superpuestos, sobre los picachos lejanos. «Así tenía que ser», pensó con una sonrisa, «una noche sin luna, con la luna brillando en el cielo».

Las montañas se alzaban muy cerca, pero no interrumpían la visión sino que se multiplicaban sobre el plano y se extendían a lo lejos, casi como si se las contemplara desde lo alto, al modo chino. Estaban calladas, ausentes, con nieblas propias. La oscuridad las hacía más pequeñas; pero eran grandes, muy grandes. La cadena era todo un país por su amplitud y por su sociabilidad. Los montañeses eran pastores autosubsistentes: desde las ciudades se los veía como un reto a la vida cotidiana, y últimamente una amenaza a la Revolución, aunque de esto nadie estaba seguro; la mala conciencia los presuponía desdeñosos. Eran los proletarios absolutos, y quizás podrían llegar a reírse de los ciudadanos convencionales y civilizados que iniciaban el trabajo de salir de un estado del que ellos representaban el paradigma.

Las mujeres eran las únicas que bajaban a comerciar a las aldeas de Hosa, y del otro lado, a Hen Kio P'ao: fuertes, sólidas, con algo de inaccesibles. Los ojos muy separados, las orejas inverosímiles de tan pequeñas, el pelo brillante siempre peinado igual, en dos trencitas que se unían en la nuca, y las camisolas de colores. Se decía que provenían del tronco originario manchú, pero era un rumor difundido por los cronistas antiguos, viciados de imbecilidad.

Lu terminó su té, echó una última mirada a la luna que parecía rodar impulsada por el aliento de los dragones, y se fue a dormir, pensando que por efecto de la ironía de sus amigos se había enamorado al fin.

Durante los meses que siguieron, Lu volvería a mirar con frecuencia las montañas, lleno de ensueños vagos que no trataba siquiera de explicarse. Cuando trabajaba en la huerta, solía sentir de pronto la súbita impresión de que debía mirar algo, algo sumamente interesante, y un repentino blanco en la mente le hacía ignorar de qué se trataba... Al alzar la cabeza veía inmediatamente la forma de las montañas y recordaba.

No hizo nada para ver a Bao con más frecuencia. Cuando venían la madre y la hija, él las atendía brevemente, hablando siempre con la primera, a la que poco a poco llegó a encontrarle cierta belleza; se decía que podría amarla: por lo pronto, amaría a Bao cuando tuviera su edad, y sería exactamente como era ahora la madre (no podía ni quería imaginársela distinta); pero para ello debía esperar todos esos años, y esperar con amor, no hacer ya el cortocircuito. De modo que, concluía, no podía amar a la madre. La muchacha permanecía callada, pero seguía la conversación con ojos vivaces; si es que podía hablarse de conversación. Se entendían penosamente. Lu Hsin no hablaba el dialecto de las montañas; ellas en cambio sí hablaban pasablemente el chino franco, con brutales deformaciones de acento. Era curioso pensarlo, pero esas mujeres eran bilingües, y lo eran por una cuestión práctica y cotidiana. Él en cambio sabía cinco o seis idiomas, muy lejanos, pero los utilizaba con fines tan volátiles como leer a Kant, o a Stendhal, en sus respectivos originales.

Los encuentros eran siempre expeditivos: algún intercambio de las rústicas gemas de los arroyos, o de hierbas (parecían confundirlo con un farmacéutico); Lu era invariablemente cortés, como lo era con todo el mundo. Cuando por casualidad veía a alguna otra montañesa por la aldea, sentía cierta impaciencia consigo mismo. Pensaba, sin entrar en detalles, que bien podía darse la circunstancia de que confundiera a su supuesta amada con otra.

Así pasaron las estaciones: el verano, el otoño... Las nieves fueron tempranas este año, y pasaron meses sin que las mujeres bajaran a la aldea. Se preguntaba dónde estarían. Las montañas estaban casi constantemente envueltas en frías nieblas, y todo parecía más lejano. A veces veía a otras montañesas, e incluso una vino a ofrecerle ágatas. Le preguntó por la señora San, y la respuesta fue inconducente. Cuando el tiempo mejoró, volvieron. Nada había cambiado.

Por momentos se preguntaba si realmente estaría enamorado. A veces dejaba

jugar su pensamiento: la señora San era atractiva, y más de acuerdo a su edad (quizás incluso fuera menor que él). Podía tener marido, pero también podía no tenerlo. ¿Y si le ofrecía que viniera a vivir con él, como su concubina? Apartaba la idea con una sonrisa interior. No, no tenía sentido.

Eso lo llevó, muy poco a poco, a pensar en los aspectos prácticos de la cuestión. Precisamente en ese entonces se representaba en el pueblo una obrita de títeres titulada «El Ridículo Contra-Revolucionario». La vio más de una vez, y lo hizo reflexionar. Cuánto más ridículo era él, pensaba, con sus sueños informes de extraer de su medio semisalvaje a una joven, y proponerle un amor que ella ni siquiera sospechaba. Sabía cuál sería el hilo de los razonamientos que seguiría cualquiera de sus conocidos, pequeñoburgueses extraviados, como él, de hallarse en su caso: bastaba, dirían, con comprarle discretamente a la madre los favores de la hija, por una noche, o dos, o cualquier tipo de arreglo más o menos permanente, por ejemplo tomar a la joven como asistente de algún oficio inventado ad hoc, o simplemente como casera...

Pero no, no se trataba de eso. Toda su manera de ser estaba moldeada sobre la idea de la eternidad sagrada del matrimonio. No quería comportarse como un pequeñoburgués, pero tampoco soportaba la perspectiva de que lo tuvieran por un perverso. Y sin embargo, era alguna de las dos cosas, quizás las dos a la vez. En cuanto a pedirla en matrimonio... No entenderían a qué se refería. Y sería deprimente tener como suegra a esa señora analfabeta que había sido una bestia de carga toda su vida.

En una de las entrevistas habituales había encontrado a Bao fea, sin atenuantes. Posiblemente la jovencita se encontraba mal de salud: la vio ojerosa, la piel grisácea, los rasgos más marcados y vulgares, casi un anticipo de lo que sería al cabo de unos años, cuando se consumiera su gordura infantil y se ajara. Casualmente ese mismo día había visto por la aldea a otra montañesa, una mujer también joven, con una criatura en brazos, y lo había deslumbrado su belleza. La coincidencia le hizo comprender que el mal había llegado a lo más profundo de su mente. Había hecho todo el aprendizaje, y posiblemente ya no necesitaba que fuera Bao el objeto de su amor. Podía ser otra cualquiera, que le recordase algo de ella, por ejemplo su presencia. De todos modos, se aferraba a la hija de la señora San, para no extraviarse en sí mismo.

Pero la idea de que su sentimiento se había liberado le provocaba una euforia difusa que permanecía en él. Era el hombre-santuario, el tabernáculo de la pureza. Y cuando alzaba la vista a las montañas, veía también en ellas a la pureza, y comprendía algo mejor a los paisajistas antiguos y su predilección por las montañas. Le gustaba más que nada verlas acunarse entre la niebla, que ya se hacía menos espesa, más graciosa, la niebla monumental pero liviana de la primavera incipiente.

Advirtió que se había pasado un año entero mirando las montañas: el ciclo de las estaciones volvía al punto inicial. Y si en algún momento de su vida se había

considerado un frustrado paisajista, ahora sabía que no era así. Estaba más allá de la práctica de la pintura. (El viejo mecanismo, otra vez.) Había logrado reunir en un solo haz de ensoñaciones las artes tan distintas del paisaje y el retrato.

Lu Hsin tenía una vecina con la que conversaba ocasionalmente, la señora Kiu, esposa de un corredor de artículos de aluminio. Era una cultivadora compulsiva, con un fantástico jardín que nadie pisaba sino ella. Lu solía prepararle, a su pedido, algunos rocíos contra los insectos. Un día que conversaban en la calle, la charla tomó, quién sabe por qué, el camino de las montañas, y la señora Kiu manifestó su compasión pesadamente despectiva por el estado de barbarie en que vivían, ejemplificándolo con la joven Bao Jin, la hija de la señora San; la frecuentaban a ella también, efectivamente: le traían gajos que creían raros, y casi nunca lo eran para esta activa botánica práctica. El señor Lu trató de no mostrar un interés demasiado patente, pero se cuidó de no dejar morir el tema.

—Esa pobre niña —dijo la señora Kiu— estuvo a punto de morir este invierno a consecuencia de un aborto realizado en las peores condiciones...

—Oh —dijo la voz seca de Lu Hsin, que a él mismo le pareció ajena.

La buena señora se explayó: no era el primero de tales desdichados inconvenientes que sufría esa jovencita, a pesar de sus pocos años. Y siguió hablando, imperturbable, de otros males, por ejemplo el incesto, responsable de que quedara encinta todo el tiempo. De ahí pasó a consideraciones más generales sobre la raza montañesa, y al fin Lu Hsin le preguntó cómo se había enterado de todo eso.

—Les pregunté, simplemente —respondió la señora Kiu—. No tienen el menor empacho en explicar sus males al primero que se los pregunte, etcétera, etcétera.

Lu Hsin se sintió comprensiblemente abrumado. De pronto su interés en Bao se había evaporado, por lo que no debería sentir una preocupación desmesurada en ese sentido. Pero percibía todo el ridículo de sus pretensiones, mucho mayor del que había supuesto aun en sus reflexiones más pesimistas.

En especial lo hería el hecho de que las cosas hubieran tenido lugar bajo sus mismos ojos, y él no hubiera sabido verlas. ¡Qué ineptas se probaban sus ensoñaciones sobre el arte de la pintura! Había cometido el error inicial del mal pintor: no había captado el sentido de las visiones. Sí, posiblemente lo había obnubilado el amor, o lo que él había tomado por tal, pero aun así...

Trató de olvidarse de todo el asunto. Por suerte, había otros motivos de atención. La provincia se movilizaba en una actividad política sin precedentes, y él mismo comenzó a interesarse, deliberadamente. Siempre le había apasionado la cuestión hidráulica. En la historia, la hidráulica había estado siempre en la base de todas las burocracias eficaces. El Imperio había construido su maravillosa red estatal a partir de los trabajos a que obligaba el riego intensivo para el cultivo del arroz. Y la nueva administración no renegaba en absoluto de ese aspecto del pasado, más bien por el contrario. El gobierno revolucionario central había hecho todo lo posible por restaurar, y en lo posible superar en perfección, la trama de funcionarios de la época

Ming, cuya decadencia, lentísima, era prueba fehaciente de excelencia.

El año anterior había comenzado la planificación del aprovechamiento del Qu para la agricultura. Era un río que unía los valles centrales entre las dos cadenas paralelas de las montañas Verdes, y la región de Hosa. El debate sobre la magnitud y la implementación precisa de estos trabajos agitaban la provincia. Cuando se pusieron en marcha, era fácil ver que la fisonomía social del área cambiaría drásticamente. Los montañeses mismos se verían arrancados de su inmovilidad de milenios, cuando todas las laderas inferiores comenzaran a recibir el riego y se crearan las plantaciones.

Lu Hsin fue invitado a formar parte de la comisión vecinal que trataba el asunto, y no tardó en volverse el cerebro del grupo, y su directivo más lúcido. Estas actividades, y la perspectiva de transformación que se cernía sobre los montañeses, lo llevaron a repensar su caso personal bajo una luz más objetiva. Su error, se dijo, había sido pensar que su situación podía resolverse con una movida individual. Ahora las consideraciones de la etiqueta, que siempre son individuales pese a su trasfondo social, le parecían fuera de lugar. Había estado pensando en la cabeza de gente como esos patéticos amigos suyos, Hua P'i-p'ei o Wen Tsi, con su absurda vacilación entre las formas de una elegancia con la que habían soñado sus antepasados (ni siquiera ellos) y una pretendida puesta al día en teoría marxista, que en realidad se les escapaba por completo. Por otra parte, ahora que comenzaba a tomar un contacto más estrecho y cotidiano con los jóvenes revolucionarios, los veía, lisa y llanamente, como caricaturas del amor. Y no sin cierta sorpresa, advertía que ellos en él veían, a través de los velos de un desconocimiento que incluso tomaba el carácter de una carencia léxica, el emblema mismo del amor, y paradójicamente lo respetaban por eso. «Si fue el amor quien me dio mi inteligencia», se decía el señor Lu, «sólo el amor podrá quitármela momentáneamente».

Se trataba, en fin, de otra cosa: antes de pasar, como había soñado con hacerlo, a la faz práctica, debía resolver la posibilidad misma de su amor, en los términos más generales, y desde los principios mismos. Cuando llegó a esta conclusión, supo que la joven Bao Jin se perdía definitivamente de su pensamiento; la imagen de la joven, que él había leído en el cielo durante largos meses, se escapaba por un desagüe misterioso, y ya no quedaba nada por hacer con ella. Se sintió invadido de una pacífica indiferencia.

Mientras tanto, sus ocupaciones en la comisión de estudios lo habían llevado a otros campos, entre ellos el de la educación pública. Se adelantaba a sus conciudadanos, que no veían en el riego otra cosa que una multiplicación de la suculencia de la tierra. Lu Hsin se asombraba de que no presintieran todo lo que sobrevendría en términos de efectos. Se entusiasmaban con el presente, y no comprendían que adelantarse era el único modo de estar en el presente. Su mente siempre había funcionado así. Redactó un complejo programa de educación que había preparado él solo, en algunas vigilias meditativas. Había ideado un currículum

totalmente novedoso, espiralado alrededor de dos núcleos correlacionados: la botánica y la climatología. De ese modo la enseñanza se regionalizaría inevitablemente, y el Partido dispondría de cuadros idóneos para la respuesta a los cuantiosos enigmas que provocaba una red burocrática extensa, a la vez fluida y flexible, y que respondiera al menor sismo en las remotas distancias.

Hacia mediados del verano tomó la resolución de viajar a Pekín a exponer su programa de innovaciones; había recibido repetidas invitaciones para hacerlo. El día de la partida fue a la estación de Hosa-Han al mediodía a esperar el tren que lo llevaría a la capital de la provincia. Hacía un intenso calor, y el silencio del campo se extendía sobre la pequeña estación. El señor Lu era el único que esperaba, bajo un paraguas. No llevaba mucho equipaje, sólo un bolso de rafia con una muda de ropa. Había venido caminando con bastante anticipación, y acababa de tomar dos tazas de té con el jefe de la estación. Tenía la vista clavada en los rieles, que a cierta distancia se volvían un puro resplandor lineal, y se sentía algo adormecido; un sentimiento que le agradaba experimentar cuando estaba de pie. La región de Hosa era privilegiada por disponer de ese ferrocarril que la recorría en su totalidad, paralelo al trazado caprichoso de las estribaciones de los montes. Precisamente se lo había construido, cuarenta años atrás, para que la familia imperial, que veraneaba en las alturas de Heng Pia'ng, pudiera hacer el recorrido hasta el embarcadero en el Kian disfrutando del espléndido paisaje de las montañas.

El silencio se interrumpía regularmente por unos pitidos agudísimos, ligeramente discordantes. A su modo, se fundían con el silencio que cortaban, como condensaciones súbitas y necesarias, goteos, de la luz intensa del mediodía. No había sonido más coherente con esa luz. Lu salió de su inmovilidad y caminó lentamente en una dirección cualquiera, por el andén. Los gritos eran de los faisanes del criadero de la estación. Desde aquí no los veía, pero adivinaba sus movimientos nerviosos e insomnes, y sus dorados espléndidos...

En ese momento, tuvo una idea abrupta, que le llegó con tal intensidad que, por un momento, quedó atontado. Quedó largo rato mirando el vacío, perfectamente inmóvil. Supo que había tenido una iluminación, amplia y perfecta, y toda su vida se le había aparecido bajo un resplandor inigualable.

Con un temblor, en medio de la canícula, comprendió que había estado a punto de cometer un error, de dar un traspie fantástico, mucho más grave que todos los anteriores, que más que errores ahora se le aparecían como vacilaciones. Supo que debía seguir adelante, avanzar, más allá de su historia personal, avanzar con su vida entera, en bloque, llevar el mecanismo a sus últimas consecuencias. En efecto, ¿por qué renunciar al amor? Si debía resumir en pocas palabras lo que se le había ocurrido, era en estos términos: la vida no tiene demasiada importancia y, sin embargo, con ella se puede hacer algo sumamente atrevido.

3

Un año y medio después, en otoño, un Lu Hsin casi irreconocible subía las laderas de la Hosa, ya muy lejos de los poblados: a su espalda se abría un inmenso paisaje hundido, y frente a él los declives comenzaban a hacerse momentáneamente menos pronunciados, al entrar en los laberintos de pequeñas mesetas arboladas, más allá de los cuales estaban los valles interiores y las primeras montañas Verdes. Las laderas, lentas y minuciosas, eran la imagen del otoño mismo, en sus matices trémulos, detrás de los cuales se consolidaba una dureza a la que el hombre no llegaba...

La frontera entre la salud mental y la demencia es imperceptible. La diferencia entre el Lu Hsin anterior, el que conversaba oyendo discos y fumando con sus amigos, y éste, que respiraba afanosamente en el aire frío de la tarde montañosa, era muy notoria, pero también en ella los límites se borraban. Mejor dicho, quien lo hubiera visto, como nosotros, en esos dos momentos, habría encontrado extraño, impensable, el tiempo transcurrido entre ambos. (Efectivamente, había sido un período de sueños.) De hecho, que un hombre sobreviva, ya es un milagro respecto de las leyes de la naturaleza, considerando todos los azares a los que se ve expuesto.

Curiosamente, Lu parecía a la vez más joven y más viejo. Su rostro se había cerrado y hecho más compacto, como el de algunos adolescentes. Y brillaba en él una luz de resolución casi fantástica, que más que adolescente lo hacía parecer un niño. Pero eso mismo, con su anacronismo de reversión, producía una impresión general de vejez extra: hacía pensar en uno de esos casos, tan frecuentes, de idea fija que se generaliza en la más alta edad. En la confusión, nadie le habría dado a Lu Hsin los años que tenía, que eran todavía poco menos de cuarenta. Es cierto que era quizás demasiado pequeño, y los cuarenta años, para ser representados cabalmente, deben serlo con cierta corpulencia.

Este extraño Lu Hsin, niño anciano, estaba mimetizado con el ambiente que recorría, los bosques primerizos de las alturas de Hosa, muy silenciosos siempre. Y con la hora del día, la bella declinación de la tarde. Ya había hecho ese mismo trayecto otras dos veces, durante el verano, por lo que conocía bien el camino. Había partido con la confianza de ese conocimiento, y de pronto advertía que lo que había tomado por una ventaja resultaba un grave inconveniente: porque en su recuerdo el cálculo de las horas era muy distinto; ahora, avanzada la estación, empezaba la noche cuando antes el sol estaba alto todavía... Se le había pasado por alto ese detalle. Se dijo que había sido muy estúpido; era casi como si hubiera tomado por señales para guiarse, en su viaje anterior, a un pájaro que pasaba en vuelo, a una hormiga durmiendo sobre una piedra, a una flor de tallo alto que se inclinaba locamente con la brisa... Igual de insensato había sido fiarse de mojones como la hora del día, el color del bosque y del cielo. Esta vez se haría de noche inexorablemente antes de que llegara a lo de Fu, adonde no sabía llegar de noche.

Estaba muy cansado. Venía caminando desde el alba, y sólo había hecho un alto de media hora para almorzar las pocas provisiones que traía. Recordaba que en los viajes anteriores (sobre todo el segundo, en el que ya estaba experimentado) se había detenido a descansar a esta hora, o a una hora equivalente en el verano, en un sitio que quizás fuera este mismo. Sin embargo, le parecía totalmente distinto.

Se detuvo de todos modos. Tenía ganas de fumar un cigarrillo pero juzgó más prudente no hacerlo, y no sólo para ahorrar aliento. Le habían dicho una vez que los osos eran sumamente sensibles al olor del tabaco, y no quería arriesgarse a un encuentro. Se quedó sentado en una piedra, muy quieto. Al cabo de unos momentos, él mismo sintió olor a oso. O un olor que creía que era de oso. Eso lo deprimió. Se haría de noche de todos modos, y en la oscuridad no distinguiría nada, ni siquiera la forma de los osos. Miró la tierra, de donde también subían las sombras. El suelo a sus pies estaba cubierto de una especie de aserrín plumoso; debía de ser la carga floral de estos árboles. Tomó un puñado y se lo llevó a la nariz: era lo que había tomado por el olor de oso. Sonrió, entre aliviado y divertido.

Se puso de pie y siguió adelante. El sol había desaparecido hacía rato tras unos picos a su izquierda, pero eso no significaba nada; significaba apenas que las montañas eran altas; habría luz un buen rato todavía. No bien lo hubo pensado oyó el canto de un ruiseñor gigante, indicador de la noche. Fue un solo trino largo, que volvió al silencio.

Lo incitó a apurar el paso, pero al hacerlo volvió a oír al ruiseñor, como una advertencia. Siguió adelante como si nada pasara. Echaba miradas a su alrededor, a veces las alzaba vagamente en dirección a las copas altas de los árboles, que no eran muy numerosos por allí; por momentos atravesaba largos claros pedregosos. Era muy fácil orientarse por la disposición de los picos lejanos, pero quizás, pensó, lo lejano no fuera una garantía de lo cercano, y en lo cercano, eso sí, estaba completamente extraviado.

De pronto un ruiseñor gigante voló delante de él. Se preguntó si sería el mismo. El ave cantó un trino largo en el vuelo, y se arrojó sobre las plumillas ocre que cubrían el suelo, y se revolcó en ellas con violencia. Después remontó vuelo, rápido y recto como una bala, y se incrustó en el follaje alto de una acacia. Todo había sucedido en un santiamén, y Lu Hsin pudo comprobar que este espectáculo había tenido lugar en una media luz siniestra, ya nocturna.

Otra vez volvió el canto.

Un poco más allá, para colmo, el bosque se espesaba. Sabía que seguía así varios li, hasta el borde superior de un valle, que traspondría al día siguiente. Ahora estaba nervioso y decepcionado. Se preguntó qué tendría que hacer, en términos racionales. No lo sabía.

Si hubiera podido librarse de esos temores, habría encontrado agradable el bosque que atravesaba. Era de árboles viejos, que perdían toneladas de hojas; si en ese momento hubiera soplado una brisa, lo habrían sepultado. Pisaba suavísimos

colchones, y se internaba en la oscuridad. De pronto... Vio un oso, escurriéndose a lo lejos, erguido como un hombre. Todo su sistema circulatorio se congeló unos instantes, y después volvió a fluir: sintió cómo le subía la temperatura interna hasta un punto casi de ebullición. Pero seguía caminando como si no sucediera nada: un ruiseñor o un oso daban lo mismo, a esta altura. Un poco más adelante volvió a verlo, y le pareció increíblemente semejante a un hombre: un oso relativamente pequeño, que caminaba bastante erguido; ya era una sombra apenas más oscura que el gris circundante. La tercera vez que lo vio (y no había caminado desde la primera vez más que unos pocos metros) tuvo la certeza de que el oso lo miraba; ¿lo vería? Ya estaba muy oscuro, pero la visión era de una acuidad prodigiosa. Desaparecieron uno del otro en el lapso de un segundo. Lu caminó tomándose de los árboles, y levantó la vista al follaje, y al cielo donde ya se habían encendido lindas estrellitas blancas. Del día no quedaban más que hebras imperceptibles, como recuerdos desgastados. Se dijo: Nunca he sido tan imprudente. Sacudió la cabeza con pena y se repitió: A veces me porto como un atolondrado.

Un poco más allá cruzó un sendero, ante el cual quedó pensativo un momento. Y estaba en esa reflexión cuando apareció ante él el oso... con una linterna... Era el señor Fu. Los dos se miraron abriendo los ojos.

—Había salido a buscar «gekosiren» y lo tomé por un oso —dijo el señor Fu ligeramente perplejo—. Por eso fui a buscar la linterna...

Se saludaron ceremoniosamente.

—¿No se le hizo un poco tarde? —le preguntó Fu.

Emprendieron el camino de la casita, que estaba ahí no más, a la vuelta del recodo.

—Supongo que habré venido más despacio, o bien... —Hizo un gesto en dirección al cielo.

—Ahora veremos el «ojo de vaca» —dijo servicial el señor Fu. Se refería con esta palabra al reloj. Lu recordaba que este caballero tan solitario tenía un gran reloj suizo en un cofre, que siempre daba la hora exacta, aunque se lo consultaba muy de tanto en tanto, en circunstancias accidentales como ésta, o bien cuando había que anotar alguna coordenada.

La choza, a oscuras, parecía deshabitada y era más bien lúgubre. No había animales domésticos, ni siquiera un gato. El señor Fu era vegetariano. Lu Hsin se había alojado aquí en sus dos viajes anteriores, salvo que antes había llegado con plena luz del sol y no había tenido problemas para localizar la casita. El trayecto que los montañeses hacen en medio día, o menos (en una jornada iban al pueblo, hacían sus transacciones, y volvían a sus aldeas altas), él lo hacía en dos días, pernoctando aquí. En realidad, esta choza marcaba bastante más que la mitad del camino. Pero lo que quedaba por cubrir era más escabroso.

Se sentaron afuera; el señor Fu parecía considerar que esta hora era diurna todavía, y no merecía que se encendieran luces. En efecto, ahora que estaba a salvo a

Lu Hsin le parecía notar más luz en la atmósfera. Al fin de cuentas, no había tanto motivo de preocupación.

Prefirió no decirle que, por unos minutos, él había tenido el mismo temor de vérselas con un oso. La puesta en espejo, en ciertas situaciones, llevaba al ridículo, o por lo menos a trivializar una escena que había tenido su ligero vértigo de grandeza. Un hombre que confundiera a su prójimo con una bestia, en un bosque oscurecido, tenía sentido; dos caballeros entrados en años huyendo uno de otro por el mismo temor ilusorio, se volvían tontos, objeto de una broma que ni siquiera hacía nadie. Habría sonreído al pensarlo, pero se contuvo a tiempo: su conocido no tenía el menor sentido del humor; jamás lo había visto sonreír, y sospechaba que le disgustaba esa clase de exteriorizaciones.

Fu Mi Hsieng era un contratista de leñadores para obras públicas, y desde hacía dos años dependía del Ministerio de Hidráulica de la provincia. Su trabajo había sido prácticamente nulo hasta el momento, pues los estudios respecto de la posibilidad de hacer algo con el Qu seguían en su estadio teórico. Y aun cuando se iniciaran los trabajos, no era del todo seguro que tuviera mucho que hacer. Era un hombre bastante mayor que Lu: de unos cincuenta y cinco años, aunque su vida casi ascética lo había mantenido en buena forma, y aparentaba diez menos. Apenas si había conocido antes a Lu Hsin (se relacionó con él cuando este último participó en los estudios de hidráulica revolucionarios), por lo que no tuvo la posibilidad de constatar la gran diferencia entre el Lu de antes y el de ahora. Por otra parte, no lo habría notado porque vivía absorto en su propia situación; se consideraba un intermediario entre dos mundos, el de la técnica y el de los hombres primitivos (ya que se suponía que reclutaría leñadores entre los pastores montañeses), y se había hecho ideas curiosas sobre el carácter que debería adoptar durante el ejercicio de sus funciones. En realidad, no había pensado nada; no era de los que pensaban. Desde que vivía aquí en la montaña, llevaba una existencia casi totalmente desprovista de pensamiento. Simplemente había adoptado algunas vagas ideas crueles respecto de lo que, muy difusamente, suponía que podía suceder cuando tuviera a unas decenas de hombres bajo sus órdenes.

La primera vez, cuatro meses atrás, había recibido con gusto a Lu Hsin, de paso hacia las aldeas de la meseta, y le había dado hospitalidad por la noche. El letrado había vuelto a aparecer un mes después, y habían repetido la rutina, quizás con más gusto todavía. Después había transcurrido el verano, y una parte insignificante del otoño, y había pensado que el buen señor rumbo a la meseta no volvería. De cualquier modo, no le faltaban distracciones. Por el contrario, las había casi en exceso. Toda clase de escaladores utilitarios llegaban por un motivo u otro a su atrabiliaria choza de musgos, y además él mismo incursionaba por los campos de pastoreo de los habitantes de la montaña, por motivos siempre diferentes.

Fumaron un par de cigarrillos cada uno, y cuando la oscuridad cerró el señor Fu omitió toda conversación, que no había sido mucha hasta el momento. Miraba a un

punto oscuro en la oscuridad, y dejaba que su huésped, si así lo quería, se recreara con el espectáculo de las constelaciones. Después encendió una lámpara, de dispositivo muy moderno, invitó a Lu Hsin a pasar, y se dispuso a hacer la comida.

La choza constaba de un solo cuarto, agradablemente vacío. Si de algo no podía culparse el ermitaño, era del gusto rococó. Se lo diría más bien coreano. Un retrato de Stalin era el único adorno en las paredes. La cocina se limitaba a un hornillo de llama algo vacilante: le explicó a su invitado que había llegado en la precisa época del mes en que su provisión de combustible tocaba a su fin, por lo que la comida se demoraría.

—No tiene la menor importancia —dijo Lu Hsin, y tomó asiento a la mesa. Había una sola silla, y un taburete; se ubicó en éste pero el dueño de casa insistió en que se pasara a la silla. El primer hervor se consagró al té, y conversaron agradablemente. Hablaron de la reduplicación de los sembradíos de arroz, cuando se distribuyeran las aguas del Qu, y de los progresos que parecían posibles (y los que parecían imposibles) en las artesanías intrabotánicas. El señor Fu era pesimista:

—La historia es mucho más rápida que la vida —decía mientras revolvía unos rábanos cortados en tiras—, y no se puede esperar que crezca un árbol con el reloj en la mano...

Su visitante no estaba tan seguro. Después hablaron de caballos. Poco tiempo atrás había pasado por la región de la Hosa una compañía de equitación acrobática que había fascinado, a juicio de los dos interlocutores erróneamente, a todo el mundo.

—Los caballos —dijo Lu Hsin— tienen un destino extraño en tanto especie, y a los humanos no nos agrada pensar en eso. Una aprobación insensata es una coartada como cualquier otra para el miedo.

Siguieron conversando así un rato más, tomaron té después de cenar, una copa de coñac, y se fueron a dormir. Lu se ubicó en una estera en el suelo y se durmió de inmediato. Cuando se despertó, era de noche oscura. Se quedó un rato inmóvil; después se levantó y fue a la puerta; no pudo entender el complicado sistema de cerrojos, y se preguntaba cómo haría para salir a mirar el cielo, cuando el dueño de casa se despertó. Hicieron algo más práctico: consultaron el reloj, y efectivamente, faltaba una hora o dos para que aclarara. Decidió partir ya mismo, después del té: al amanecer debía llegar... El señor Fu ignoraba el negocio que había traído a Lu Hsin a la montaña, ya por tercera vez (y sería la última). Como nunca se lo preguntó, nunca lo supo. Se despidieron con cortesía, y Lu Hsin tomó el camino de las mesetas. La noche se prolongó más de lo que pensaba. Hacía frío, y un viento por momentos huracanado arrastraba una niebla pesada hacia las alturas. Se preguntó si el reloj de Fu no habría fallado, si no sería la medianoche. Pero no: las primeras claridades del alba se insinuaron al fin, y no bien estuvieron más asentadas, una corriente violenta de aires del oeste barrió la niebla frente a él y vio, muy cerca, el caserío de los montañeses. Había sido puntual.

Sintió deseos de fumar, y encendió un cigarrillo, cosa que nunca hacía a esta hora

de la mañana. Se sentía a punto de entrar en algo casi increíble, pero muy real. Nada había sido más real en su vida. Eso era lo más increíble.

Un año y medio atrás había decidido adoptar una niña montañesa, y criarla hasta que tuviera la edad de casarse con él. Una idea que él mismo habría considerado curiosa e impracticable, de no haber tenido una iluminación que volvió todo claro y patente como la luz del día (del día que ahora empezaba). Era una apuesta y, como todas las apuestas, congelaba el tiempo, al centrar las expectativas en la acción, en la realidad, ya no en las especulaciones. Había resuelto que el amor debía esperar, y pasar por una prueba prolongada y laboriosa. Y a su vez, lo veía como el modo más simple (maravillosamente simple) de obtener lo que quería. Todas sus fantasías anteriores, había comprendido, estaban condenadas a quedar en fantasías. Sólo esta gran fantasía hecha realidad podía concluir en algo real. Porque las demás posibilidades eran las que estaban al alcance de cualquiera, y de él mismo: tomar a una de esas jovencitas como sirvienta y hacerla su concubina, o pactar un matrimonio desafiante... No, todo eso se había probado ilusorio y estúpido, abyectamente pequeñoburgués. Era esta posibilidad la que estaba al alcance exclusivamente de «otro», de alguien radicalmente ajeno a su propio modo de pensar y vivir, alguien inusitadamente perverso y retorcido. De lo que se trataba era de abrir un paréntesis absoluto, y apartarse absolutamente de la humanidad. De ahora en más, todo lo vería desde muy lejos. Llevarse a esa niña era como sacar un seguro muy peculiar. La idea se la había sugerido, en un rasgo de poética ironía, una de las informaciones que le proporcionara la señora Kiu su vecina, y que después habría de corroborar en otras fuentes: el incesto era algo corriente entre los montañeses. No lo era entre los chinos de verdad, claro. Pero lo suyo sería incesto para unos, y para otros no; porque habría que considerar real a una paternidad ficticia, una paternidad ad hoc. Ahí estaba la clave de la maniobra: crear una alternativa para la maledicencia. Era el único modo.

Arrojó el cigarrillo y levantó la vista, que había tenido fija en las casitas lejanas, al cielo que empezaba a ponerse rosado. Volvió a avanzar.

Esa misma tarde, Lu Hsin hacía el mismo recorrido pero en dirección opuesta, de vuelta a la llanura. Salvo que en el descenso seguía otro camino, que ya había probado antes, un camino que pasaba a varios li de la cabaña de Fu, más directo y breve, aunque sólo apto para hacerlo al regreso, bajando, pues era más escarpado. Era el que usaban los montañeses.

Llevaba en brazos a una niñita de pocas semanas de vida, dormida, como había venido casi todo el trayecto desde la mañana. Quizás dormir era una especie de defensa contra la extrañeza que a pesar de su poca edad presentiría. O bien podía tratarse de que el movimiento, y ser tenida en brazos, la adormeciera. O bien dormiría tanto habitualmente. No lo sabía, porque no tenía experiencia con niños. Pero descubrió que era hábil para cargarla. No pesaba casi nada, unos tres kilos quizás, y le daban volumen las mantas en que estaba envuelta. Cada pocos pasos le miraba la cara. Tenía veinte días. Meses atrás le habían dado la fecha aproximada del parto, y él

había dejado correr dos semanas. Hoy su transacción con la familia montañesa había sido brevísima, y estaba seguro de no recordarla en el futuro, porque no había sucedido nada digno de mención.

Los árboles en este camino eran más escasos, por momentos tenía ante él las vertientes vacías, llenas de azules, que se hundían en nieblas. Toda la luz del día parecía haberse concentrado en niebla, y los vapores subían de la llanura lentamente, hacia un cielo en el que se desmelenaban unas pocas nubes perezosas. Lu Hsin se sentía desprovisto de todo apuro; caminaba apoyando cuidadosamente las suelas de cáñamo de sus zapatos, que se habían embarrado. Con la niña en brazos, no podía balancearlos para mantener el equilibrio del modo normal, y tantas horas de caminata en esas condiciones le habían producido una modificación psíquica. Pensó que así debería de sentirse un árbol que caminara; cosa que nunca hacían.

En realidad, la cantidad de niebla era extraordinaria. Se preguntó si todos los días se vería ese mismo mar blanquecino desde aquí. Y por momentos, desaparecían; dedujo que se trataba de capas abismadas, y posiblemente de una suerte de antiespejismo vertical. Después de todo, nadie sabía exactamente qué eran las nieblas. El mismo había vacilado, cuando se había embarcado en sus ensoñaciones pedagógicas, en incluirlas en el ámbito de la hidráulica. Sería arriesgado hacerlo, porque nadie garantizaba su existencia.

La niñita había venido despierta desde hacía una media hora, cuando al fin lloró. Fue un maullido apenas, casi inaudible. Lu se detuvo de inmediato y se sentó en una amplia roca lisa y seca. Con una mano dobló una manta que llevaba a la espalda, y recostó a la criatura sobre ella. Comenzó a trabajar inmediatamente con el biberón que llevaba, y el termo con leche tibia algo diluida (se había documentado con toda clase de libros, para no tener que escuchar consejos). En unos segundos tuvo lista la merienda de la pequeña, y volvió a tomarla en brazos para dársela. La vio mamar, con los ojos cerrados, y verificó, tirando suavemente, la presión que hacía con los labios sobre la tetina del biberón. Era una niñita fuerte y saludable, eso ya podía verlo. Pero tardó bastante en terminar su leche. Lu Hsin mientras tanto dejó vagar la mirada por la distancia. El sol comenzaba a tocar aquí y allá los picos lejanos occidentales, y escapaban lentos y amarillos, que cortaban las nieblas; las nieblas inferiores reflejaban el fenómeno, y el aire entero, por un momento, se llenó de largos peldaños de luz, en una arquitectura fantástica.

Ahora la niña lo miraba. La alzó sobre el hombro para que eructara, y después guardó la botellita de grueso vidrio en la mochila, y siguió bajando.

Cuando se dispararon los rayos de luz, y el sol quedó oculto tras algún cono, se iniciaba el proceso del crepúsculo. El aire se había limpiado. Sobre el cielo aparecían los primeros colores, un rosa muy suave, aros azules, y un gran lavado de gris-celeste que hacía invisibles las nubes altas. Todo se volvió hermoso y delicado. Lu Hsin bajaba tranquilo, muy relajado. Esta vez no se preocupaba, porque sabía que llegaría a tiempo, y aunque no fuera así, no veía qué motivo habría en ello para preocuparse.

Bajaba hacia su casa y no creía que debiera volver a subir nunca más a estas montañas, al menos en muchos años. Las vería desde su jardín, en todo caso...

Los artistas, que tan incansables se habían mostrado en retratar las montañas desde la llanura, nunca habían hecho lo inverso. Lo cual, pensaba, no tenía una explicación obvia, por cuanto este paisaje del que ahora disfrutaba era tan bello como su opuesto, si no más. Por supuesto, sabía que se trataba de una cuestión de técnica: si los perspectivistas orientales hubieran tenido la idea de pintar sus cuadros desde un punto de vista «realmente» elevado, el arte se habría evaporado como un mal sueño. Pero ahora creía notar algo más que el condicionamiento técnico: en la materia del arte pictórico había algo propio, algo temático-en-sí, que por lo tanto no podía invertirse.

En este momento, entonces, él no estaba en la posición del pintor, sino en la del cuadro. Había entrado a uno de esos paisajes en los que tanto había pensado. Se vio a sí mismo en la huerta de su casa, mirando estas alturas que hollaba, y respiró hondo. ¿De modo que todo esto era imaginario? Al menos, era un cuadro que nunca vería; se había enceguecido en cierto modo, parcialmente. Por una curiosa paradoja, cuando alzó los ojos a los flotantes colores de la atmósfera creyó verlos por primera vez.

Y adaptando las pupilas a la cercanía casi microscópica de esa criatura diminuta que llevaba en brazos, se dijo que quizás estaba ante el primer efecto de la decisión que había tomado. Entraba a un mundo de fábula... O mejor dicho, ya había entrado a él, y repentinamente, con feliz sorpresa, advertía que no se reflejaba más en los espejos habituales.

Al llegar al borde de una extensa meseta, vio la aldea delante de él. Parecía muy cerca, casi a un tiro de piedra; pero también se veían, salpicadas en la distancia, las demás aldeas de la Hosa, lo que indicaba que ninguna de ellas estaba demasiado cerca. De todos modos, ya no dejaría de verla en el resto del trayecto. Consideró que había luz de sobra todavía, y se sentó a fumar el segundo cigarrillo del día. Dejó a la niña a un lado, profundamente dormida, y fumó mirando a lo lejos.

Cuando volvía a marchar, oyó de pronto a un ruiseñor corpulento: ese trino largo y como serruchado, que se extinguía con alguna nota precisa y final; y al cabo de un rato, otra vez. En los escalones bajos por los que se desplazaba, el follaje hacía «ventanas», de modo que pudo preguntarse dónde se ocultaría el pájaro. A los pocos pasos, lo vio arrojarse sobre las plumillas de los árboles. El ejercicio ya no le parecía una burla personal. Y sin embargo, no podía evitar la idea, completamente absurda, de que se trataba del mismo ejemplar del día anterior. «Es imposible», se dijo, «pero al menos indica que el día ha pasado».

En efecto, los lapsos eran incuestionables. Había un lapso en lo que él había planeado, un período bastante prolongado (según cómo se lo considerara): unos trece o catorce o quince años. Pasado ese lapso, como había pasado este día, a esta misma hora, él se casaría con la niña que ahora llevaba en brazos. La idea, en la que había venido pensando casi constantemente durante meses, le resultó curiosa, como un

collage de los pintores surrealistas de Occidente.

Sonrió, canturreando para sus adentros. Se sentía limpio de deseos. Dueño de sus horas, y de sus minutos. Los niños expulsan del mundo al amor y se valen, para hacerlo, del tiempo, del puro tiempo infinitamente prolongado de la infancia. Pero el objetivo no es otro que hacer que el amor reaparezca, con más vigor. ¿Qué otra función tiene el tiempo, si no es devolver lo mismo, pero renovado y multiplicado, más intenso? El largo rodeo que él iniciaba, se dijo, era un «retrato práctico del tiempo». Le agradó la definición.

Con su estilo relamido, con una delicadeza que, de no haberla conocido tan bien, Lu podría haber tomado por hipocresía, la señora Kiu le dio a entender una mañana, cuando se la encontró en la puerta, que no correspondía prolongar la situación de dependencia láctea en que se hallaba respecto de ella. Al menos fue lo que él creyó deducir de sus repetidas invocaciones a una suerte de provisoriedad que se derivaría del hecho mismo de que ella no era la madre de la pequeña (había tenido tres hijos, por su parte: eso también formaba parte de los circunloquios del discurso). Se sintió tentado de preguntarle por qué. Estaba totalmente de acuerdo con la calificación, pero no veía que viniera al caso porque la niña también era algo provisorio: se suponía que tarde o temprano habría crecido y cesaría la molestia. Aunque ella le había repetido que *no* era una molestia, y había sido muy convincente, o de otro modo Lu no le habría hecho el encargo. En efecto, la señora Kiu traía la leche para sus hijos. Y que todas las criaturas estaban en el mismo trance, era el supuesto bajo el cual habían emprendido todo el arreglo. Más aún, la señora Kiu se apresuraba a indicar que seguía sin constituir la menor molestia. Sólo parecía deseosa de poner fin a lo «provisorio» del caso. En resumen: Lu había creído que lo provisorio se refería al estado de lactante de Hin. La vecina se había ofrecido con la mejor voluntad, y sólo así había aceptado. Por un instante muy volátil se le cruzó la sospecha de que quizás había surgido alguna idea sutilmente maligna en la señora Kiu. Se apresuró a expulsar el pensamiento, y al mismo tiempo a relevar a la vecina de su carga. No había la menor necesidad de que siguiera molestándose...

—Pero no, no, no es ninguna molestia —insistía ella.

—Claro.

Se quedaron en silencio un momento. Aun sin pensarlo, todo esto tenía algo melancólico, en su trivialidad. Y quizás la señora lo percibió, porque se la vio hundir ligeramente ese semblante siempre impasible. Lu pasó, algo aturdido, a la faz práctica, para sacarla de ese posible remordimiento.

—Y bien, entonces —dijo—, ese asunto de la leche...

—Oh, ya sabe —dijo la señora Kiu mirando a la distancia, la distancia que ella recorría personalmente todos los días hasta la granja donde compraba la provisión de leche para los niños—. Están las vacas.

—Claro —la interrumpió vagamente el señor Lu, y dejó caer el tema. Fijó la vista en las florcitas redondas, absurdamente chatas, que constelaban aquí y allá el musgo de su vecina, y eran como un retrato multiplicado de ella. Se despidió con cierta distracción: no quiso recalcar una supuesta amabilidad por temor a parecer ofendido; en realidad no lo estaba.

Porque a pesar de todo, la vida seguía, indiferente, inmutable, ligera, con alas de garza; eso constituía en sí mismo toda una lección para nuestro héroe, aun cuando no hubiera podido decirse que esperara otra cosa. Si había creído poder fijar el tiempo, y

con el tiempo el deseo, mediante una acción secreta, que hiciera resistencia a las imposibilidades, se vio frustrado. Claro que de hecho, se decía, no había pretendido tanto, sino apenas darse un máximo de placer cuando llegara el momento.

Y además, el tiempo corría, porque nunca había estado más ocupado. Quizás debía decir sin más que nunca había estado ocupado. La niña colmaba el tiempo, y de eso precisamente se trataba. Su proyecto en ese sentido tomaba una coloración mucho menos absurda: a tantos padres había oído decir (ahora lo recordaba) que de pronto se veían con hijos crecidos... cuando les parecía que era ayer que los habían tenido en brazos... Que los nietos tomaban el lugar de los hijos en un abrir y cerrar de ojos... Sí, quizás lo suyo no era más que una parodia, a escala cósmica, del lugar común.

El tiempo tomaba un cariz doble: el que le dedicaba a la niña, que era todo, y el restante, que no era poco; sumando con cuidado, podía decir que era más el tiempo libre que el ocupado. A Hin la miraba con creciente distanciamiento. Pasado el primer desconcierto, Lu había llegado a la conclusión de que el desarrollo de las criaturas se llevaba a cabo con una inflexibilidad mecánica que nada podía afectar; y esto por mucho que contrastara con la aparente (y tan celebrada) delicadeza exquisita y blandura expuesta a todo influjo externo, en esos seres minúsculos. Estudioso de la naturaleza como era, no podía dejar de notar que esa contradicción en realidad era una necesidad causal. Los niños estaban en manos de puntualidades de bronce, y no se trataba tanto de una cohorte de dragones protectores como un dosel de exactitudes que se sucedían con absoluta independencia del mundo y la realidad. Era una secuencia que excluía a los padres, y el disfraz de dulzuras apenas alcanzaba a velar ese viaje astronómicamente perfecto.

De modo que el «otro» tiempo lo empleaba en esto o aquello, o bien en lo general. Incluso había hecho una pequeña ampliación en la casa; no tan pequeña, considerando todo, por cuanto había cambiado lo que podría llamarse el «espíritu» del diminuto edificio; se trataba de una oficina, dedicada al papelerío de las obras hidráulicas, que al fin de cuentas habían quedado a su cargo en la faz organizativa. Había pasado más de dos años distanciado de la administración, e incluso mal mirado, aunque nadie se atrevió a reprocharle nada, por temor a recursos de los que él dispondría, tanto más graves cuanto más vagos e innombrables. Pero al fin, como sucedía siempre, las cosas habían vuelto a su curso inmemorial y perenne. Y a consecuencia de ello, se exaltaba con la idea de trocar de una vez para siempre lo más perenne, cuál era el curso fluido y cambiante de los ríos. Dividió hábilmente las tareas antes de empezar, y se quedó con lo más abstracto del trabajo, con lo burocrático quintaesenciado, para sorpresa de quienes conocían la practicidad de sus tareas concretas con el agua. Tampoco de la necesidad de este paso le resultó difícil convencerlos.

Y según su costumbre, hizo innovaciones personales. Nunca antes había hecho ese tipo de trabajo oficinesco, y ahora inventó un sistema de archivos que llamaba la atención a todos los que lo examinaban; adaptó para ello, con poco trabajo, muebles

que antaño se utilizaban para el almacenamiento de porcelanas, y el resultado incidental del esfuerzo por conseguir esos muebles fue que quedaron en su poder un par de centenares de piezas antiguas, perdidas hasta entonces en la provincia, y que en la mayoría de los casos se incluían, sin cargo o con uno despreciable, en las transacciones por sus muebles. Las donó al museo ex-Imperial de la Hosa meridional, y organizó el envío en una operación rápida y delicada a resultas de la cual no se perdió una sola porcelana.

Había en él una cierta sensualidad en el contacto con los papeles, su clasificación, el hecho de que se cubrieran, en jornadas que luego se confundían (aunque no se confundían los papeles) de signos; y la mera circunstancia de que estuvieran ahí, debidamente ordenados, le gustaba. Sin amor al papel, decía, no hay burocracia, y sin burocracia no hay política de verdad, y mucho menos civilización (porque la política, según su punto de vista, era una etapa preparatoria para la civilización). Como detestaba la mera idea de emplear papeles de distintos colores, como suele hacerse en oficinas, debió idear sistemas clasificatorios inusuales, que al fin de cuentas resultaron más prácticos. Estableció contactos con proveedores de papel incluso de regiones lejanas, del Yenh-He, donde se lo producía desde época inmemorial. Esos contactos le resultaron útiles más adelante, en sucesivos cambios de actividades.

Desde la oficina, en la que pasaba largos ratos, podía vigilar directamente a la niña, por un sistema de mamparas corredizas que puso entre su lugar de trabajo y la salita, y que después se extendió a toda la casa; que no hubiera mucho a qué extenderse, por la escasa amplitud del edificio, no hacía sino destacar el cambio radical de naturaleza que tenía lugar allí. La casa dejaba de parecer china, se volvía japonesa, coreana, se volvía un palacio en miniatura, un representante visible de lo lejano y extranjero; y vivir en una casa que representaba a otra casa se vuelve una experiencia notable. Su amigo Wen Tsi, que siguió el ritmo de las reformas con cierta aprensión al comienzo, y divertido después, le dijo que resultaba una casa no-marxista, por el mero hecho de que hiciera pensar en algo lejano; porque el marxismo para él era lo local por excelencia.

Si la arquitectura de la vivienda había cambiado por el trabajo burocrático-civilizador que se llevaba a cabo en una de sus dependencias, también había cambiado, pero secretamente, a causa del erotismo suspendido en el que su dueño se había embarcado. Y los dos cambios se superponían, creando esa tonalidad de extrañeza que ahora era la clave de su vida. ¿De modo que también su vida sería no-marxista? Eso ya era algo más difícil de determinar.

No se hizo repetir la insinuación de la señora Kiu. Desde el día siguiente se ocupó de procurarse la leche sin su ayuda, como para probarle que todo lo «provisorio» había desaparecido felizmente. Había dos pequeños tambos en ese extremo de la aldea, y los dos al extremo de caminos sinuosos, que parecían haber sido trazados personalmente por las vacas.

Pero bastaron unos pocos días para que tomara la decisión de renunciar a esta

ocupación. Le resultaba chocante encontrarse con la señora Kiu (incluso hacían el camino de vuelta juntos) dando una demostración demasiado palmaria de la duplicación innecesaria del trabajo que se tomaban. Le pareció mucho más adecuado emplear a alguien para hacer el recado. Se vio ante la alternativa de tomar a un muchacho para que le hiciera sólo esa tarea, o bien dar cabida en su sistema doméstico a una mujer para que se ocupara, en términos amplios, de la niña y de la casa en general.

En realidad, ya lo había pensado, en distintos momentos de su vida. La idea de tener un ama de llaves era absurda en sí misma, pero no en sus consecuencias. Recurrió, como tantas veces lo había hecho, a la señora Kiu: esta vez no quería caer en errores. Le pidió que le recomendara a alguna señora que pudiera serle de utilidad, y a través de ella dio al fin con una señora de nombre Ma Whu, que reunía todas las cualidades (las pocas de ellas) que se requerían para el puesto. Era extraordinariamente pobre, y vivía de caridad en casa de unos parientes que no le tenían demasiado afecto. Era viuda de algún modo, no muy claro, carecía de hijos, y su edad oscilaba en los cuarenta años. Y era notablemente fuerte; aunque pequeña, irradiaba una suerte de vigor que le resultó reconfortante a Lu. Ignoraba si era ordenada (después averiguó que no era ni ordenada ni desordenada) pero algún riesgo había que correr. Le daría casa y comida, y un sueldo bimestral, por hacerse cargo de los trabajos de la criatura. Le aseguraron que había criado satisfactoriamente a varios sobrinos.

La señora Whu cayó del cielo en medio de las ampliaciones de la casita de Lu. Se mostró encantada con el jardín, pero puso en claro desde el primer momento que no pondría los pies en él; ya bastante trabajo calculaba que tendría con lo que hubiera dentro de la casa. Lu le rogó que no tocara nada que no fuera estrictamente necesario, y que no se atreviese a trasponer jamás los carriles de las puertas corredizas de su oficina.

—Si por mí fuera —dijo la señora—, no tocaría nada en absoluto.

Él le mostró a Hin, que dormía en una cesta.

—Ah —dijo la señora Whu entrecerrando los ojos.

Tres días después la señora Kiu se encontraba con su vecino en la calle y le transmitía su desolación por cierta malevolencia de la gente (que después de todo era inevitable). Se corría el rumor, y había llegado hasta ella, de que Lu había adoptado a la niña como mera excusa para poder tomar una mujer, etcétera. ¡Ella podía negarlo terminantemente, y le informó que lo había hecho donde se había presentado la ocasión! Pero no ocultaba que lo hacía más que nada porque ella había sido, siquiera indirectamente, motivo de que él necesitara a la niñera.

Lu encontraba que estas murmuraciones eran una transformación natural de la benevolencia con que se había comentado antes su gesto de adoptar a una expósito montañesa. Era natural, mucho más natural de lo que lo encontraba la señora Kiu, que las murmuraciones pasaran de benévolas a malévolas sin cambiar de naturaleza. Se

ponía en evidencia una vez más en este caso el aspecto plástico, eminentemente mudable, del consenso. ¡Qué lección para los políticos aficionados que ahora cubrían el país, sembrando un dogma! Si pudiera hacer pública su fábula personal, tendrían mucho que aprender de ella. No sólo la inversión de signo de todo lo sabido o ignorado, sino también esto otro, que era fundamental: el malentendido es de rigor.

Un día estaba de visita en la casa su amigo Hua, una tarde poco antes de la puesta del sol, y sobre una taza de té, en confidencia, le contó un nuevo giro que habían tomado las murmuraciones: ahora se decía que la niña era hija suya, y de Ma Whu, con quien habría mantenido una prolongada relación que ahora se normalizaba ante los ojos del público mediante esta mascarada. ¡Una explicación *post facto* muy limpia!, chillaba Hua entre risas. Y agregaba: ¿Hasta dónde se puede llegar, con la imaginación?

Después tomaron té, y en eso estaban cuando alguien tocó el timbre. Se apresuró a atender Lu, para evitar el oprobio de que lo hiciera la recentísima casera, y resultó ser un desconocido, con una valija en la mano. Cuando habló, sorprendía por lo amanerado. Creyó entender que venía a ofrecerle objetos de arte. No pudo evitar el reflejo algo indiscreto de examinar al visitante de pies a cabeza mientras hablaba. Parecía un hombre del sur, con los rasgos separados y la tez oscura, y algo de hindú en la mirada. Si había algún acento peculiar en su habla, lo disimulaba el afeminamiento. Lo hizo pasar. Creía entender de qué se trataba, porque no era la primera vez que sucedía algo así; desde el episodio de los armarios de porcelanas, y la donación que había ingresado con su nombre en el museo, le había quedado una cierta fama de coleccionista —cosa que no era, en ningún sentido—. De ahí que lo visitaran, de tanto en tanto, gente que ofrecía ventas clandestinas de antigüedades. Casi nunca compraba nada, y no tanto por prudencia como por genuino desinterés.

Una vez adentro, el hombre pareció menos tímido. Abrió la valija con naturalidad y desplegó sobre la mesa sus cosas, algunas bastante apreciables. Tenía todo el aire de un profesional. Lu Hsin se preguntó si realmente habría un mercado secreto para estas bellezas de antaño.

Había unos dijes de bronce, con los que podría hacerle un sonajero a la niña. Lu no era tan ingenuo como para ignorar que había un mundo muy amplio fuera de este en el que vivían. Esos dijes tenían varios miles de años de antigüedad, y lucían un maravilloso trabajo de orfebrería (representaban, en miniaturizados formatos primitivos, los perros sagrados); cualquier museo europeo se avendría a pagar cuantiosas sumas por ellos. Quizá, después de todo, sí debía pensar en el futuro. Quizá le convenía hacer un sonajero, y guardarlo.

Entre los objetos había una primorosa cajita antigua, de la época Han. La abrió, y estaba llena de minúsculas semillas. El vendedor se apresuraba con una explicación, que después de todo resultaba obvia para alguien de mediana cultura: eran semillas de violetas bu, que se utilizaban para que las abejas produjeran un determinado «tono» de miel; efectivamente, la ilustración laqueada en la tapa representaba una violeta.

Hua soltó una exclamación admirativa y tendió la mano para examinarla; eso puso de malhumor a Lu. Dijo no ver el motivo de la admiración: debería ofrecerles el juego completo, con todas las cajitas de las demás flores: sólo así la oferta podría tener algún interés para un coleccionista. Por otro lado (esta objeción se le ocurrió sobre la marcha), un anticuario dedicado a la cultura apícola de los Han tendría un inmenso campo de acción: además de las cajitas y las semillas estarían los potes para miel, los soportes de los panales, las caretas, y mil cosas más; y la miel; para no hablar de las abejas, y de su trabajo.

El vendedor afeminado miraba a la ventana, sin la menor intención de responder. Hua en cambio se encendía como una señora: a él la cajita le parecía exquisita...

Lu Hsin lo interrumpió: ¿quién le aseguraba que esas semillas conservarían su poder germinativo, al cabo de unos veinte siglos? Y en caso de que lo conservaran, ¿qué atractivo tendría para un anticuario todo el dispositivo? ¿No era más lógico ofrecérselo a un apicultor?

Hua P'i p'ei resopló, impaciente:

—No he conocido hombre más intratable en el fondo. ¿Qué es lo que quiere, por todos los dragones del cielo y la tierra? —exclamó aparatosamente.

—No quiero nada —dijo Lu sin faltar a la verdad profunda.

De todos modos, compró la cajita junto con los dijes, aunque más no fuera para que no la comprara Hua, cuya vulgaridad lo deprimía. Había notado que miraba con interés al desconocido sodomita. El descubrimiento de esa clase de interés siempre está latente. Con el pretexto de que el humo de los cigarrillos podía hacerle mal a Hin mandó salir a la señora Whu, que la tenía en brazos y que había entrado de la cocina, interesada en el mercado de pulgas improvisado sobre la mesa. Le dijo que le preparara el baño, aunque era temprano; acostumbraban bañarla exactamente cuando se ponía el sol. Creyó captar una mirada de la pequeña, y sintió que irradiaba una pureza totalmente heterogénea a toda idea de perversión. No importaba que ella misma fuera una prueba tangible de perversión, más bien por el contrario: el hecho de que fuera real y tangible, y no un artefacto de miradas ambiguas e intenciones a medio camino de lo imaginario, la ponía decididamente en otro plano. La supuesta, imaginaria pederastia de Hua, nunca tendría un cetro en la vida. La mirada absolutamente límpida de la niña entretenía a Lu a veces: cuando había empezado a buscarle los ojos (y eso había sucedido muy temprano, al mes de vida, poco después de que la trajera a la casa), todo saber se había simplificado hasta tomar una consistencia sólida y opaca. Sus amistades habían empezado a volverse seres vagos, desdibujados. Como si la mirada de la niña creara por contraste con su claridad excesiva una bruma alrededor. Y la vida de Lu empezaba a tomar caracteres precisos no aquí, entre ellos, sino en otro lado, en otra dirección.

La aparición de Hin había provocado su impresión también en los otros, pero de muy distinta índole, como lo demostró el visitante al hacer un comentario: dijo que había viajado ampliamente por el país este último año, y había notado una tendencia

muy marcada a recoger niñas para criar. Obviamente, creía que aquí Hin era la hija del dueño de casa, y Ma Whu su esposa, o no habría abierto la boca. Hua, sin pensarlo demasiado tampoco, le preguntó a qué podía obedecer un movimiento social tan descabellado.

—Al marxismo —dijo simplemente el extraño, agitando imperceptiblemente los dedos, muy cortos y delgados—: Se teme que dentro de unos años la juventud se apoderará de todas las mujeres.

Lu los invitó a salir a fumar un último cigarrillo al jardín; era un modo de despedirlos. El desconocido cerró la valija y los siguió. Fumaron mirando el crepúsculo, y oyeron adentro los chapoteos alegres de la niñita en el fuentón. Efectivamente, era demasiado temprano, pero no estaba mal hacerlo de todos modos. Unas abejitas vespertinas zumbaron sobre los setos, sin acercarse a las figuras que ya se oscurecían.

Y como suele suceder, la noche apareció súbitamente, como si no la hubieran estado esperando. Una ola de gris creció en un instante de la tierra, sustrayendo todos los colores. Y sin embargo, permanecía la luz del día, o algo así como su espectro, colgando de las montañas. El visitante habló vagamente de ir a la casa donde se alojaba en la Hosa... Hua se mostró interesado: quizás pudieran hacer juntos el camino, le agradaba caminar a esa hora, cuanto más tarde mejor. «Hay horas más tardías», dijo Lu, pero no lo oyeron. No, el extranjero se alojaba exactamente en la dirección opuesta a la de la casa de Hua, por lo que éste no insistió. De cualquier modo, le hizo prolongar unos momentos más la reunión, con uno de sus característicos arranques anoticiadores:

—¡Deberíamos temerle al oso!

—¿Qué oso? —preguntaron los otros dos.

Aparentó un escándalo, ¡cómo podía ser que no estuvieran enterados, bien enterados, mejor que él, que en realidad no sabía nada! Había un oso haciendo estragos en las aldeas más cercanas a la montaña (y ésta era la más cercana de todas), un oso grande, ferocísimo y grotesco. Había habido una alarma, dos semanas atrás, y hasta el momento seguían en la misma posición de incertidumbre.

—Es irrisorio —dijo Lu Hsin—. ¿Cómo no encontrar a una bestia de semejante tamaño? ¡En dos semanas!

El extranjero apoyaba a Hua:

—Pueden disimularse perfectamente en un montón de hojas.

—Señor —dijo Lu con cierta severidad—: no estamos hablando de un montón de hojas.

Recordó en ese momento que él había preparado un comentario, años atrás, para una obra antigua, escrita por un anónimo provincial en los albores de las Cinco Dinastías. Era un librito que se llamaba Los 52 modos de atrapar al oso. Lu había redactado un prólogo, algunas notas, y un apéndice ligeramente más científico que el texto, que era una fantasía no desprovista de buenas ideas. Él mismo lo había hecho

imprimir, un pequeño folleto, del que tenía todavía algunos ejemplares en la casa (y el librero Pía tenía todo el resto de la edición, si es que no la había botado). Ahora podrían desempolvarlos aprovechando la oportunidad... Pero qué lamentable, bien pensado, era que hubiese que esperar la aparición de un oso, de un oso de verdad, para vender una obra literaria.

Ya se oían ruidos en la cocina, y ahora sí los visitantes se marcharon.

Cenó solo, servido por la señora Whu y pensando vagamente en unas cosas y otras. Por momentos se olvidaba de la existencia de la niña, de su presencia en la casa, y la aparición de la señora Whu (porque era de esas personas que siempre aparecían) se la recordaba, nunca sin un toque de sorpresa.

Pues bien, la cena solitaria fue velocísima. Ultima-mente había empezado a maravillarse de la velocidad de sus cenas: pasaban en un abrir y cerrar de ojos, y no recordaba nada en absoluto de lo que comía o no comía en ellas. No podía explicarse tampoco muy bien a qué podía deberse ese fenómeno. De hecho, las cenas dejaban de ocupar un lapso en el tiempo: podía esperarlas, antes, o comprobar, después, que ya habían sucedido, pero nunca lograba «atraparlas» en el momento mismo en que tenían lugar. No eran más que «la hora de la cena», y ya no la cena en sí misma, que parecía desvanecerse como una entelequia pulsante. (Y, tal como funcionaba su mente, no pudo dejar de preguntarse si no sucedía lo mismo con todo en su vida.)

A la madrugada lo despertó un grito; ya dentro del sueño sabía que se trataba de la señora Whu, pese a que, por supuesto, nunca antes la había oído gritar. Sumamente desconcertado, se sentó en la cama un momento. Aunque todavía no había señales del alba, entraba al dormitorio un suave resplandor, de la niebla encendida.

La cualidad ambigua, entre interior y exterior, de la casa, se manifestaba como nunca antes, y Lu Hsin tuvo una oleada de placer estético que se confundió con todo lo demás que en esa hora y circunstancia hacía a su confusión general; su persona tardaba en rearmarse, y parecía poseída, por el contrario, de un movimiento centrífugo. Se puso de pie y corrió la mampara que lo separaba de la minúscula galería externa. No se oía nada más, y la noche estaba sobrenaturalmente callada. Salió, dio unos pasos descalzo en la tierra, y acertó a mirar por la ventana trasera de la salita; más allá del ambiente, por la otra ventana enfrentada, vio en el jardín lateral a la señora Whu en camión, en la postura clásica del espanto. La niebla parecía complacerse en iluminarla a ella. Lu Hsin se preguntó si no sería sonámbula. Qué engorro, se dijo en un susurro, y se dispuso a dar la vuelta a la casa. Mientras lo hacía se le ocurrió que quizás había algo que espantaba a la buena señora, algo real, en cuyo caso no debería ir tan desprevenido. Se detuvo a pensar un instante. Pero era como si hubiera transcurrido el tiempo, y ahora la niebla estaba realmente imbuida de la claridad del día próximo. Estaba contra la ventana de la despensa, que ahora se continuaba en la cocina, y ésta, por una mampara, daba a la salita. Todo estaba abierto, de modo que tenía una perspectiva en diagonal de toda la casa, apenas menos clara que el aire libre. Pero desde aquí no veía a la mujer (aunque no dudaba que

seguía petrificada como la había dejado). Decidió volver sobre sus pasos: en la otra diagonal, tendría una visión del dormitorio que Ma Whu compartía con la niña. Cuando pasaba ante la ventana de la sala echó una mirada, y aquella estatua blanqueada de pavor había desaparecido. Su perplejidad se renovó de pronto. ¿No habría sido todo un sueño de él? Siguió hasta donde podía ver el dormitorio. Había calculado mal: aunque las mamparas estaban abiertas, desde aquí sólo veía los árboles de su vecino Tiehn-Han, barrido de neblinas. Siguió rodeando la casa, y al dar la vuelta al frente vio en la calle a la señora Whu, tan espantada como antes. Ella lo vio y le hizo gestos urgentes, al tiempo que exclamaba algo; curiosamente, ahora lo hacía en voz demasiado baja, como si temiera alertar a alguien. No era un sueño, porque los dos estaban de pie. Claro que ella había huido. En un relámpago de alarma, Lu pensó en la niña. (Él mismo había tenido fantasías difícilmente explicables, como las tiene todo el mundo, respecto de la supervivencia de la criatura.) Debía ir ya mismo a verla. Se metió por la oficina rumbo a su cuarto; con esta casa, daba lo mismo ir por adentro o por afuera. Y al trasponer la sala, tuvo una visión tan extraña que no la olvidaría nunca: las nieblas parecían de algún modo haber entrado en la casa, y entre ellas, recortado oscuramente, un oso, un gran oso, se inclinaba con ingenua curiosidad sobre la cesta donde Hin seguía durmiendo plácidamente.

Un ruiseñor cayó muerto de la rama en la que se encontraba. No como una piedra que cayera sino como, precisamente, un ruiseñor al morir —y no es que tuvieran ninguna experiencia en ese sentido, salvo la que obtenían en la ocasión—. Que hubieran visto todo el proceso se debió justamente a que alzaron la vista al oír quebrarse el trino familiar, en una suerte de carraspera de ruiseñor que jamás habían oído ni sospechaban siquiera que pudiera darse —en el caso de Lu, y con mucha más razón en el de la niña: aunque ella notó la peculiaridad de ese trino, sin darse cuenta de que lo notaba, lo que quedó patente en la casualidad casi prodigiosa de que lograra enfocar el punto exacto donde el ave se aprestaba a morir—. Lu Hsin, habituado a la mayor exactitud en sus intercambios con todo el mundo, se impacientaba con la parsimonia de la criatura en percibir dónde, exactamente, sucedía esto o aquello, siempre dispersa en esa atención múltiple de los niños que no hace mayor diferencia entre lo real y lo pensado. Por momentos habría temido que algo no funcionara del todo bien en los sistemas sensores de la pequeña, de no haber obtenido informaciones confirmatorias de que era un rasgo común.

Y, en efecto, después de esas tosecitas en ultraagudo el ave se tambaleó (pudieron notar el tambaleo, como la transmisión de un temblor) y cayó muerta al suelo, quizás, al fin de cuentas, sí, como una piedra. ¿Qué otro símil encontrar?

Fueron a verlo; era lo más insignificante del mundo, entre la hierba descolorida. La niña lo habría tocado pero él se lo impidió: valía más no tocar a los pájaros, así fueran las límpidas criaturas de la fábula, por motivos higiénicos. Y éste, después de todo, estaba muerto. Él mismo lo dio vuelta con la punta de un lápiz que llevaba en el bolsillo, con la vana intención de mirarle la cara, pero no había más que un pico y unos párpados como puntos de papel húmedo arrugado.

—Murió de viejo, nada más —dijo, consolatorio—. ¡Viejo, viejísimo! —repitió un par de veces mirando los grandes ojos verdes y casi dorados de la niña, que no entendían nada explícitamente, y que algún día serían tan negros como los suyos.

Esas aves, los ruiseñores de la especie corpulenta, se hacían más y más pequeños a medida que envejecían, hasta llegar a un punto de casi compacidad, cada vez más cerca de un umbral, que al fin trasponían insensiblemente, en el que su organismo carecía de espacio para seguir funcionando. Alguna vez había visto los cuerpecitos casi momificados: cuando se los hallaba en el bosque, era una ocasión de hacerlos públicos, y no pocas casas tenían ese tristísimo adorno. Pero ahora había tenido la oportunidad de ver la breve agonía (nada más que el instante en que se producía) y la muerte, y quizás no hubiera muchos hombres que pudieran decir otro tanto.

Eso fue lo que volvió memorable el paseo de ese día, que por otra parte era el que hacían todos los días desde que la niña había empezado a caminar aceptablemente bien, casi un año atrás; las caminatas se habían ido haciendo más prolongadas según los progresos de Hin en el arte deambulatorio. Lu las llamaba sus «sesiones de

conversación», por cuanto efectivamente las empleaba en hablar. Hablaba tanto como callaba Hin, pero eso no podía ser sino lo natural. Le había puesto ese nombre antiguo, que encontraba poético, por haber existido antaño una emperatriz que se llamaba así, una emperatriz cuya doncella favorita tenía el mismo nombre, coincidencia lo bastante reñida con el protocolo como para que algún cronista lejanísimo se hubiera tomado el trabajo de mencionarla secamente; en el registro de la provincia la había asentado, caprichosamente, como Ma Dheng Hin-Zhuang, inventando una familia de la que él habría sido, menos provisoria que imaginativamente, el vicario territorial. Todavía no sabía hablar, o sabía pero lo ocultaba: eso tampoco tendría nada de raro, y por cierto que no sería una coincidencia digna de anotar en los anales.

Se quedaron un momento mirando el pájaro muerto, y Lu Hsin habló, como tenía por costumbre. En sus discursos en esas ocasiones (en toda ocasión, para decir la verdad, siempre que su adoptada estuviera presente) se tomaba el trabajo de introducir todas las palabras relacionadas con el asunto particular que tenían ante la vista, en frases breves, que por lo general repetía. Ahora levantó un fragmentado túmulo ornitológico de palabras, ante la atención reverente de la niña; no se le escapaba que si esa atención era tan reverente, no podía deberse sino a lo enigmático que encontraba el sentido.

Al cabo de unos minutos siguieron adelante, y Lu se hundió en un silencio pensativo. Se decía que con toda probabilidad nunca volvería a ver morir de viejo a un rui señor. Que lo hubiera visto una vez ya era bastante inconcebible. ¿Pero cuántos fenómenos eran así de únicos y fantásticos en el orden natural, y se sucedían ante sus ojos, sólo que con más discreción? En ese sentido, este espectáculo fallaba por su obviedad.

Aprovechando la ensoñación de su guía, Hin recorría como en un sueño el camino escarchado; necesitaba para ello cierto aflojamiento de la atención. Y era una pena que a ella no se le prestara, así fuera por un instante, una atención apasionada, porque era un cautivante pequeño prodigio en sí: llevaba botas atadas, de piel de cordero, y una capa de hule amarillo sobre prendas tejidas, en rojos apagados y diferentes. Todo su vestuario, y en especial los colores de éste, salían de la imaginación de Lu Hsin, quien había llegado a considerarse dotado de una suerte de infalibilidad, que ni siquiera la señora Whu cuestionaba. Acertaba, sin más, en el punto de la más completa «extravagancia adecuada», y nunca se habría visto una niña que representara con más precisión el tópico de la infancia. Por obra de él, Hin parecía una pequeña sonámbula en el mundo de la realidad, y curiosamente, actuaba en consecuencia. Lu se preguntaba si no estaría afectando su carácter; si era así, no se preocupaba porque de todos modos la afección estaba apuntada en la dirección correcta.

El pelo muy negro de la criatura brillaba sin gorro en el aire diamantino de este comienzo de invierno. A pesar del hielo aquí y allí, no hacía frío: el aire se

distanciaba del frío de las cosas, y era agradable surcarlo. Tenía un paso realmente alado, pese a que, a sus tres años recién cumplidos, todavía conservaba la encantadora torpeza de los inicios.

Una culebra especialmente grande que vio le hizo volver la mirada a Lu, como pidiéndole autorización para seguir adelante. Pero volvió a verlo absorto en sus pensamientos y siguió sin más, unos pasos delante de él. El bosque estaba superpoblado de culebras pequeñas, serpentinas de un verde apagado, casi gris cuando no se disponía del volumen apropiado de luz diurna. Al poco rato, la ensoñación de Lu pasó a ella, sin cambiar de modalidad.

Pero estaba lloviznando, y probablemente fuera más prudente volver. Para sus paseos elegía casi invariablemente los «bosques largos» que habían quedado a los costados de los embalses del Qu, a los que habían emigrado poblaciones enteras de animálculos de sus hábitats ahora inundados; de ahí que esas florestas, que en otros tiempos habían sido calmadas y casi superfluas, ahora dieran una sensación de lleno a la que era difícil sustraerse, y muy apasionantes para el observador. Y eso explicaba también que hubieran tenido la oportunidad de ver la muerte de aquel pájaro. Esto lo pensó Lu con cierta melancolía: al fin de cuentas, el milagro se empañaba con una explicación perfectamente natural, si es que podía considerarse natural esa contracción de lo natural.

En realidad, la lluvia era plena, y casi violenta. Simplemente no la notaban porque iban al abrigo algo ambiguo del follaje. No tenía demasiada importancia, pero le molestaba un poco que lo vieran al volver. Tenía sus horarios, y le disgustaba pensar que pudieran tomarlo por un maniático, de los que no pueden privarse de un hábito, así sea el más inocente del mundo como es el de dar un paseo por la naturaleza, aun cuando todo en la naturaleza se oponga, incluso con la tenue y cotidiana oposición de la lluvia.

Pero cuando salieron de lo más cerrado del bosque para entrar al camino que bajaba hasta transformarse en una calle de la aldea (la calle donde se hallaba su casa) la lluvia había cesado. Hicieron el resto del trayecto distraídos en la evitación de los numerosos charcos, y al trasponer la verja de la casa la niña se precipitó a jugar con su mascota, una liebre de agua que nunca como ahora estaba en su elemento en el húmedo jardín. Se había embarrado sobremanera, pero Lu Hsin la dejó en libertad, con un suspiro.

Entró para decirle a la señora Whu que cambiara a Hin; la encontró conversando con una mujer de la aldea, y no le dijo nada. Pasó a la oficina y se sobresaltó al encontrarse con un desconocido que lo esperaba y que ahora levantó la vista, sorprendido él también por la entrada silenciosa del dueño de casa. Tenía las prendas abotonadas del ejército, al que no pertenecía, sin embargo. Se levantó y se presentó con cierta torpeza, no sin antes hacer un gesto en dirección al tablero de plata que había tenido entre manos un instante antes, con entonación ligeramente culpable:

—Bonito objeto. —Con lo que demostraba que había temido que lo tomara por

ladrón, o al menos por entrometido.

Resultó ser un ingeniero que venía a la provincia a hacer estudios de factibilidad de obras hidroeléctricas. Lu Hsin no pudo menos que sonreír: el riego parecía quedar atrás, pero el agua daba para mucho todavía. Era lógico que recurriera a él: tenía todo el material necesario, y prácticamente el ingeniero no necesitaría ir a ver los paisajes reales, o le bastaría con verlos en última instancia como comprobación. Un archivo bien llevado, como el suyo, una recopilación ordenada de datos, servía a los mismos fines, pero mejor, que una pintura de paisajes. Todo lo cual estaba supeditado, como no dejó de reconocerlo el ingeniero con sus modales algo subrepticios, a que Lu accediera a desprenderse de su material, o a facilitarlo. De ahí que la lógica del tablero de plata se viera confirmada. Eso lo hizo seguir sonriendo. Jamás se le ocurriría escatimar esa clase de conocimientos a nadie.

Le ofreció té, y salió a prepararlo. Pero al ver a la señora Whu le pidió, con cierta brusquedad, que lo hiciera ella. La mujer le dirigió una mirada de genuina sorpresa: no estaba acostumbrada a que su patrón le diera órdenes:

—¿Pero no ve que estoy conversando con mi amiga? —dijo señalando a ésta como si fuera un objeto que se hubiera mimetizado hasta la invisibilidad en la cocina, por un proceso difícil de imaginar. No había terminado de decirlo cuando ya su sorpresa se había trocado en impaciencia—: Es grotesco que me interrumpa siempre sin motivos.

Lu no dijo nada más, y puso el agua a calentar. Esperó, inmóvil como una estatua junto al hornillo, mientras las dos mujeres mantenían un silencio hostil, y al fin se marchó con la tetera llena.

Olvidó el incidente lo antes posible, y no tardaron en sumergirse en el trabajo, en el que siguieron hasta bien entrada la noche. En cierto momento se asomó a la sala, a buscar algo, y vio que Wen Tsi era ahora el interlocutor de su ama de llaves. Esta señora parecía encontrar temas de conversación con todo el mundo, menos con él, lo que no dejaba de tener su punta enigmática.

Cuando el visitante, alarmado por la hora, se marchó, Lu se ofreció a acompañarlo. El otro le pidió que no se molestara, pero acto seguido confesó que en realidad no sabía cómo llegar a su alojamiento en el edificio de la Guardia Municipal. Salieron juntos. La noche estaba destemplada, y muy oscura. Caminaron un rato en silencio, y después Lu Hsin le dijo que podía quedarse con todos los archivos, cuyo sistema de clasificación le había estado explicando.

—¿Quiere decir que puedo llevármelos?

—Sí. Supongo que pondrán una oficina... no veo cómo la mía podría servirles, cuando yo pienso utilizarla con otros fines.

Eso era una novedad para el visitante, que no pudo ocultar su sorpresa. Creía, y así se lo dijo, que el puesto de Lu en la burocracia provincial era sólido.

—Lo es. ¿Por qué habría de ser algo menos que sólido? Simplemente, pienso renunciar a él. Creí habérselo dicho. O bien: debí habérselo dicho. Pero no tiene

importancia.

El funcionario era la mar de discreción. No hizo ningún comentario. De todos modos, Lu Hsin creyó conveniente decirle:

—Me dedicaré al periodismo.

Después de dejarlo a salvo, volvió por donde había venido. Se veían pantallazos fugaces de la luna, entre bordes cargados de nubes; observó la superficie rugosa del satélite, y no creyó haberla visto nunca antes con tanta nitidez. Se le ocurrió pensar en la inutilidad suprema de los telescopios. La luna, se dijo, debería mirarse de muy cerca, nunca de muy lejos; incluso lo demasiado cercano (es decir, lo imaginario) era preferible a lo lejano. La observación lejana es apenas un punto de partida: nunca es demasiado pronto para interrumpirla. De otro modo, uno corría el peligro de pasarse la vida en el entretenimiento supremamente estéril de contemplar paisajes. La contemplación lejana obstruía el pensamiento, que es sinónimo de la contemplación cercana. ¿Y qué quería este ingeniero con el que había estado departiendo sino una visión microscópica del paisaje, una visión que sólo los papeles podían darle? Por algún motivo, Lu Hsin siempre salía al camino de los que cambiaban las dimensiones de su mirada, era como un duende (así se veía a sí mismo) de las alteraciones ópticas, y siempre aparecía en el momento adecuado.

Distraído en esa contemplación de la luna y de la oscuridad móvil y turbulenta tras la cual aparecía, tropezó y tuvo la mala suerte de caer de cara en el barro: un desastre. Afortunadamente no se lastimó, pero eso fue peor para su ropa: al no encontrar ningún punto de resistencia en la caída, se hundió en un lodo que lo revistió de pies a cabeza. Se levantó, chorreante e incómodo, y debió hacer el resto del camino con los brazos y piernas abiertos. Lo peor fue que le provocó risas a la señora Whu, y asustó consiguientemente a Hin, que ya estaba con el camisón puesto, con una colección de dibujos recortados dispuesta a lo ancho y largo de la mesa. Se preparó el mismo el baño, y una vez en el agua, que aromó con hierbas, pensó: Esta mujer debe de odiarme. Era una de esas cosas sin motivo, que tantas veces asoman en la vida.

Después tomó una cena liviana, acompañada con mucho té. El té era un recurso que había ideado tiempo atrás, para darle cierta consistencia temporal al momento de la cena. Efectivamente, con el transcurso de las tazas le parecía como si se colara algo de tiempo real. Para cuando terminó, estaban en plena «sesión nocturna».

Lo habitual: Hin lloraba, se negaba a dormirse. Por lo menos en este aspecto podía desligarse totalmente, incluso salir a fumar un cigarrillo al jardín, o en noches menos inclementes a dar una caminata. La señora Whu se ocupaba, y jamás se quejaba de esa tarea, como se quejaba de todas las demás; si lo hubiera hecho, la habría despedido en el acto, la habría fulminado con el rayo de la inexistencia sin pensarlo dos veces. Y debía de saberlo, la taimada campesina. En el fondo de todo malhumor siempre había un maquiavelismo, y una pequeña prudencia.

Tomó coñac, y fumó tres cigarrillos para evitar engriparse después del remojón.

La salud, pensaba, podía preservarse siempre, si uno atendía con firmeza a su bienestar, cosa que lamentablemente casi nadie hace.

De pronto, el llanto había terminado. Pues bien, era la «segunda parte»: el momento del silencio absoluto, hasta que el sueño muy inestable en los primeros momentos se hubiera asentado, y entonces la niña dormiría profundamente, sin interrupciones, hasta la mañana siguiente. Era preciso no moverse, no hacer el menor rumor, o volverían a la etapa anterior; no era que él tuviera que hacer nada, pero no quería jugar con la paciencia de la niñera, y además el llanto, cuando se prolongaba demasiado, lo ponía nervioso. Hoy no estaba el recurso de salir a caminar.

Pero sintió un deseo irracional de consultar su agenda, para lo que debía ponerse de pie, ir a su escritorio y volver. Inevitablemente haría algún ruido. Era arriesgarse, pero lo inquietaba un profundo sentimiento de urgencia. Se levantó, prestando atención a cada una de sus articulaciones; fue y volvió tratando de hacer menos ruido que un fantasma. No hubo accidentes, pero cuando estaba otra vez sentado, con los nervios deshechos y la agenda entre las manos, la encontró lamentablemente desprovista de interés; ni siquiera recordaba para qué podía haberla querido hojear. Miró las últimas anotaciones, y la cerró. ¿Se estaría volviendo una víctima gratuita? Era una siniestra perspectiva.

Claro que esa niña se comportaba como una verdadera sádica. ¿Por qué lloraba, si no era para molestarlo a él? La señora Whu no se hacía mayores problemas, por cuanto lo consideraba su trabajo; no hacía sobreañadidos psicológicos a la tarea; pero él, que no hacía nada en ese sentido, que se petrificaba o se iba cuando oía el llanto o los pedidos intempestivos desde la cama, era el objeto de una preocupación superior. Él era la figura intelectual de la casa (no es que hubiera muchas otras figuras, de todos modos) y esos gritos nocturnos, esas precauciones a las que obligaban, lo marcaban a fuego en su calidad de ser pensante. Parecía extraño que una criatura que apenas estaba aprendiendo a hablar supiera reconocer lo intelectual de alguien, ¿pero qué era el sadismo sino esas adivinaciones?

Por efecto de los horarios de Hin, la casita se había vuelto una especie de laberinto, con sus caminos prohibidos y sus sendas de silencio; lo cual resultaba paradójico en un edificio tan pequeño y transparente.

La señora Whu se disponía a acostarse, con pasos de grulla, lo que significaba que el sueño de Hin debía de haber alcanzado cierto espesor. La vida de esta señora era un enigma para su patrón. No salía, no veía a nadie. Se limitaba a ellos dos, pero al mismo tiempo parecía excluirlos, con una rigurosa indiferencia, o desdén. Era austera en sus intereses; ni siquiera parecía humana.

A la mañana siguiente muy temprano ya estaba trabajando. Había advertido de pronto que debía precipitar el momento del trabajo real, y terminar con los preparativos, que llevaban unos meses. Mandó al niño que había tomado como auxiliar en busca del ingeniero, para que dispusiera de una vez de todos los papeles. Era realmente temprano, como se lo hizo notar el jovencito, pero él le dijo que no

importaba que estuviera dormido. Lo vio alejarse, en una bicicleta demasiado grande para él. Yin Peng era un niño delgado, de lindos ojos, de unos diez años, aunque aparentaba seis como máximo. Era muy inteligente, pero con una cualidad de pensativo-distraído que siempre hacía muy difícil calcular qué reacciones lo movían. Y, cosa curiosa en un niño de buena familia, era espléndidamente cortés.

Entró y le comunicó sin preliminares a la señora Whu que esa misma tarde viajaría. Fue inevitable que pareciera disgustada. No le agradaba quedarse sola de noche; tanto como sí le agradaba quedarse sola de día. Pero no hizo comentarios, y Lu Hsin se preparó té. Cuando se servía la primera taza llegó el ingeniero, y se sentaron ante el desayuno frugal. Le propuso que se llevara los archiveros ya mismo; le explicó que había estado haciendo cálculos con su agenda, y debía disponer de su oficina lo antes posible: al día siguiente traería la imprenta que había comprado. El hombre se mostraba desconcertado, pero le explicó cómo hacer la mudanza sin excesivo problema; cerradas las tapas de las cajas, y aseguradas con gomas, los papeles no se moverían; además, Yin lo ayudaría. (El ingeniero se sobresaltó y miró al niño, que barría lentamente las últimas hojas de la entrada.) Por su parte, Lu se excusaba: era imperativo que saliera con la niña a pasear.

Una hora después salían, y tomaban el camino del bosque. Las lluvias recientes habían hecho salir los viejos hongos en sus emplazamientos de siempre. A algunos Lu los miraba como a viejos amigos. Eran muy fieles a su punto, por arbitrario que éste fuera. Se los fue mostrando a la niña, y diciéndole los nombres; en una época de su vida había sido entusiasta micólogo, como había sido entusiasta morfólogo toda su vida, y le bastaba la mirada más casual para situar a cada uno en la clasificación. De modo que los señalaba, y los nombraba; no porque le importasen en lo más mínimo, ni por un deber didáctico, sino porque creía que debía haber algo al menos con lo que marcar el tiempo y el espacio en un paseo.

Era un día especialmente agradable, y la niña se mostraba más animosa que nunca, de modo que extendieron la caminata, hacia lo alto, hasta llegar a la gran cresta de pórfidos rosas desde la que se veía el Qu. Inconscientemente debía de haber tenido la intención de apreciar los efectos provocados por la lluvia, porque lo que vio desde ese punto le resultó muy interesante. El trabajo con el agua exigía rectificaciones constantes, precisamente por su calidad de fluida, de casi omnipresente y alternativa. Sin proponérselo, se había venido haciendo una sinopsis mental de los niveles de los embalses de riego, a partir de su experiencia con la lluvia nocturna, pero ahora vio que en realidad había otros factores. Y esa apreciación «real» de los factores que hacen a un paisaje era también una forma de arte. Cerca y lejos, estaban las peculiaridades del terreno, de los declives, y la posibilidad de hacer algunas rectificaciones. Además bien podía no hacerse nada: el agua siempre admitía un interesante margen de error.

Cuando volvió, le dejó a la niña a la señora Whu con varias recomendaciones más o menos vanas, y se marchó. El ama de llaves aprovechó para hacer visitas toda la

tarde, y arrastró con ella a Hin, «mi hija», como decía en todas partes donde iba. Era una de esas señoras a las que en ninguna parte se recibía de buen grado, porque era algo desequilibrada, sin ser graciosa. De modo que las visitas eran breves, ya que sus anfitriones se las arreglaban para librarse de ella con notables *performances* de ingenio. Una ronda de visitas de la señora Whu creaba por toda la zona una floración de mentiras coloridas, que tardaban en reaparecer tanto como el señor Lu volvía a darle a su ama de llaves la oportunidad de hacer sociabilidad. Lo curioso era que esta señora había vivido toda su vida en un estado de reclusión casi absoluta; pero le bastó tener un empleo para que «visitar» se le volviera una necesidad.

De todos modos, este segundo paseo del día duró lo bastante como para que al fin Hin se negara a dar un paso más, y Ma Whu tuviera que llevarla alzada, cosa que hacía con cierto despego ágil. La señora Kiu, tras los visillos de su casa, tomó buena cuenta del hecho, del que se propuso darle información a su vecino.

Mientras tanto, el ingeniero y Yin habían hecho un buen trabajo. Demasiado bueno en realidad, porque se habían llevado también la camita de la niña, que originalmente había sido un archivero. Cuando lo advirtió, la señora Whu comenzó a gritar, y le propinó una severa reprimenda al niño, que la escuchó con la cabeza baja.

Después, bajo la luz hermosa del crepúsculo, Hin y Yin jugaban en el patio. La señora Whu cosió un momento aunque no tenía paciencia. Y la interrumpió Hua P'i p'ei, que venía de visita y se quedó, a pesar de la ausencia de Lu. A diferencia de Wen, Hua aceptaba la conversación de esta señora, que por su parte no les prestaba la menor atención a uno ni a otro de los amigos de su patrón; en este caso, prestó atención, y algo torva, cuando el visitante se sirvió del coñac del dueño de casa.

El día siguiente transcurrió en gran medida igual, salvo que ahora la oficina estaba vacía y los niños se pasaron el día jugando con canicas en el cuadrilátero liso y pulido de tablas; el tercer día a la tarde llegó Lu Hsin con un carro de bueyes desde la estación, trayendo la vieja máquina impresora que había comprado. Hua estaba presente cuando llegó, y justificó el uso del coñac diciendo que brindaba anticipadamente por el éxito de La Gaceta Hidráulica. Lu accedió a beber él también una copa, cuando la máquina estuvo en la oficina; debía relajarse después del esfuerzo. Cuando su amigo le preguntó por la periodicidad que tendría la hoja, no le sorprendió escuchar una respuesta muy pensada: Lu Hsin no era hombre de improvisar, sobre todo porque le gustaba actuar sobre lo inmediato. Según él, ése era el auténtico procedimiento racional, y no importaban los miles de años que habían consumado las dinastías en sus turbios preparativos. La periodicidad sería de: tres números por mes, más uno extra por trimestre, más uno extra por semestre, más uno extra por año.

Bebida la copa, y cambiada la camisa empolvada por el viaje, fue inmediatamente a su escritorio a redactar unas cartas. Examinó las tintas, las olió... y las olió su amigo, y la señora Whu, y Yin y la niña, en un ritual tan estúpido como necesario. Pero ya era de noche, por lo que los presentes superfluos se despidieron. Hua se

marchó, y Lu Hsin despidió al niño, lo mandó a su casa a dormir con la recomendación de que viniera bien temprano al día siguiente. Lo acompañó hasta la calle, cosa que no hacía nunca, y le puso una mano en el hombro. Mañana, le dijo, le enseñaría a manejar la minerva.

Pero al día siguiente la función de Yin fue llevar a la niña de paseo, pues Lu estaba demasiado ocupado aprendiendo él mismo a manipular la máquina. Y compuso el primer artículo, sobre «La Velocidad en la Repetición de las Pendientes», sin borrador.

A la mañana siguiente trajeron las bobinas de papel.

6

Lu Hsin, sentado a la cabecera de la mesa, ante el silencio absorto de los invitados, se llevó a los labios una tacita de té... azul. Tomó un sorbo de té azul, respiró, y tomó otro. Terminó la tacita de un sorbo más, y volvió a llenarla con el té azul de una tetera blanca de porcelana traslúcida, llena hasta la mitad. Cada uno de los invitados, cinco graves señores mayores, estaba sentado frente a una tacita idéntica a la del anfitrión, llenas asimismo de té azul. Habían observado atentamente a Lu Hsin, aun sin parecer que lo hacían. Como si salieran de un sueño, o dentro de él adquirieran movimiento, alzaron todos a un tiempo la mano derecha, tomaron sus tacitas, y se las llevaron a los labios. Un sorbo, en el silencio perfecto: cinco sorbos. Lo degustaron, pensativos. Remaba la impresión de que a ellos no se los podría engañar, no digamos con té chasco, pero ni siquiera con un buen colorante puesto en la infusión. Y a pesar de esa certeza, estaban en trance de comprobar una verdad inverosímil. Vacieron las tacitas confirmando un juicio. Las devolvieron a la mesa con ruiditos secos, espaciados: la música secundaria del té.

—Es té, indudablemente —dijo uno de ellos. Los otros asintieron.

Se sucedieron entonces las congratulaciones a Lu, teñidas de disculpa, como si dijeran que había sido un trámite burocrático más.

Los cinco ancianos, reconocidos expertos en arte, habían sido jurados en un concurso de pintura con té, de los que son tradicionales en nuestro país. Con las distintas variedades de té, aplicadas con pincel sobre los papeles clásicos de los acuarelistas, se obtienen exquisitas coloraciones pardo grisáceas, doradas, amarillas, ocre en todas sus tonalidades, anaranjadas, y hasta un tenue rojo. Pero nunca azul; de ese color no había, antecedentes en los cuantiosos anales de la pintura con té. Todos los colores de un bosque en otoño, pero no el cielo que se alza encima de las copas de los árboles. Todos los colores de un crepúsculo, pero no el que está antes de las transformaciones. Sin embargo, en este concurso se había presentado una obra íntegramente pintada en azul, en los más diversos matices del azul, desde el profundo y opaco en el que viven los pulpos, hasta el aéreo y lavado con blanco en el que flotan las nubecillas del mediodía. Las obras se juzgaban únicamente por sus valores pictóricos; hacerlo de otro modo habría significado rebajarse a un nivel artesanal, o de mera curiosidad o *hobby*. El cuadro azul había superado a los demás presentados, por su inspiración y su destreza técnica; era el mejor, pero ¿era té? Su autor, que no era otro que Lu Hsin, había debido invitar a los jurados a probarlo en su casa. Ahora, el final requisito había sido satisfecho. Bebieron su té, y todos en paz.

Apoyado en una silla, como un invitado más, estaba el cuadro ganador: un retrato del presidente Mao, de asombroso parecido, todo azul.

Cuando los jueces se retiraron, Lu volvió a trabajar en la imprenta, donde había pasado, salvo ese breve y extravagante intervalo, todo el día; al siguiente repartían la Gaceta, que debía quedar lista sin falta. Y así fue, a costa de una labor extenuante.

Desde hacía por lo menos una semana tenía la idea de escribirle una carta al ministro Chu, pero por un motivo u otro nunca encontraba el momento para hacerlo. En razón del tema peculiar que debería comentar esa carta, calculaba que sería preciso esmerarse especialmente en su redacción. Hoy, se había hecho tarde, y estaba cansado. A última hora, no hallaba más inspiración que la muy escasa necesaria para beber un poco en compañía de su amigo Wen Tsi. Aun así, éste lo encontraba desagradablemente distraído, absorto, ensimismado, y con los ojos más entrecerrados que de costumbre. Le preguntó si no se sentía mal.

Lu suspiró, y ésa fue toda su respuesta. Wen Tsi se volvió hacia la señora Whu y le hizo un comentario sobre la calidad de los nabos de la temporada. Lu volvió a suspirar, con lo que probó que estaba más atento de lo que parecía. Wen se ocupó de llenar otra vez las tres copas de coñac: el líquido brilló mientras se calmaba su turbulencia, reflejando la luz rosada de una lámpara de papel colgada exactamente sobre la mesa. Todos los gestos y las intenciones parecían extinguirse uno tras otro, en una cadena sin objeto y un brillo sin consecuencias. Era una noche de primavera, la primera después de la última nevada; los vanos de blanca nieve retrocedían como brumas selenitas. Wen hizo una mesurada referencia a ese hecho, y la luna lo confirmó acentuando su fulgor difuso en los vidrios nuevos de las ventanas... ¿o eran las paredes? La casita entera parecía haberse ido desmaterializando, y ya era como si el cono de luz rosa en cuyos bordes se encontraban los tres se hallara mágicamente plantado al aire libre, entre las montañas.

Wen Tsi bebía. Desde hacía un año traía sus propias botellas de coñac, y se invitaba a sí mismo con prodigalidad. Sus visitas se multiplicaban en consecuencia. «My house is not an inn», citaba Lu a veces, a *miss Moore*, y completaba el verso con un toque de sorna: «Is his bar». Wen había obtenido un inesperado suplemento a sus ingresos, gracias al nombramiento de Verificador Escolar del sur de la provincia, y las imaginarias responsabilidades del cargo lo abrumaban al punto de hacerlo recurrir al alcohol. En el contraste de la realidad ilusoria de la causa y la ilusión real del efecto, veía algo así como un logro personal.

Menos engreída, la señora Whu bebía por regularidad de la inconsciencia. No se limitaba para nada. Después de una cantidad indefinida de copas, un observador imparcial habría podido decir que se encontraba «embotada»; pero un conocido, probablemente se habría abstenido de juzgar. Era una señora muy callada. Sus períodos de bebida coincidían con las ausencias de Hin: ya fuera que la niña durmiese, como era el caso en esta noche de primavera, o estuviera en la escuela, el borde de cristal se acercaba a sus labios. Lu se preguntaba si la progresión sería irreversible. Se limitaba a preguntárselo, porque a las biografías ajenas las prefería enigmáticas.

A pesar de lo avanzado de la hora, hubo una visita más: el señor Chao, un vecino, padre de familia, que en los últimos meses se había vuelto una presencia asidua en casa de Lu.

—Vi la luz —dijo—, y pensé...

No completó la frase, cosa habitual en él. Y en este caso la había interrumpido muy oportunamente, porque nadie era más abismado que él en cuestiones de pensamiento. ¿Pensaba? Los amigos viejos de Lu Hsin se inclinaban por una enérgica negativa. Eso podía explicar su preferencia por esta clase de compañía. Por tal motivo, o por algún otro difícil de imaginar, parecía haber encontrado de pronto muy acogedora la casa del vecino, de quien lo había sido veinte años sin más intercambio que un saludo casual en la calle. Era un hombre pequeñito, vestido a la antigua, absolutamente ignorante. Un escéptico de la historia. Era la prueba viviente de que también se podía ser un conservador ignorante (aunque él ignoraba incluso que fuera conservador). Sin embargo, tenía interesantes ideas prácticas, como las podía tener una planta o un insecto, y Lu había sacado provecho de ellas en más de una oportunidad. Al señor Chao, ver reproducidos sus pensamientos en los escritos técnicos de Lu Hsin, lo había convencido de que era un intelectual. No advertía que intelectual era precisamente el que pensaba con la cabeza de los demás, no con la propia.

Era abstemio. Como esa noche no halló humor de conversación, se retiró pronto. A la mañana siguiente muy temprano estaba en pie y daba vueltas por el jardín delantero de su casa, desde donde dirigía ciertas miradas a la de Lu. Allí no se movía nadie, todos dormían. El señor Chao esperaba a Yin para sacarle información y meterle ideas en la cabeza; lo hacía con cierta frecuencia; en su estupidez inmensa no se daba cuenta de que la malevolencia, al repetirse, pierde todo efecto.

Yin era el joven asistente del señor Lu; todas las mañanas era el primero en llegar a la «redacción», abría la oficina y empezaba el trabajo, antes de que su patrón se despertara. Al vecino le dio la impresión de que tardaba más de lo acostumbrado, pero como no tenía reloj, sus impresiones en ese sentido estaban sujetas a un amplio margen de error subjetivo. O le parecía que era demasiado tarde, o que era demasiado temprano; y cuando no le parecía ni una cosa ni la otra, le parecían las dos a la vez. Si un individuo tan tonto hubiera además estado dotado de pensamiento, seguro que se habría vuelto loco al cabo de la primera media docena de sus razonamientos.

Pero al fin lo vio venir, montado en su bicicleta. Se creyó en el deber de reconocer, en su fuero interno, que nunca lo había visto llegar tan temprano. Salió a la calle y lo detuvo, con una sonrisa nerviosa. Yin era un niño de unos quince años, muy alto para su edad, delgado, de pelo muy corto y cara soñolienta.

—¿El auxiliar madruga levantándose más temprano que de costumbre? —le dijo, balbuceando bastante.

—No, señor. Por el contrario, hoy estoy un poco atrasado.

—Sí, sí, claro. Qué lindo día, ¿eh?

La juventud no presta atención al clima, y Yin era joven, casi demasiado joven. El señor Chao lo vio poner un pie en el pedal, y buscó rápidamente algo que decir:

—Escucha, debo hacerte una advertencia...

Yin asentía con la cabeza. ¿A qué?, se preguntó el otro. Todavía no le había dicho nada sustancioso. Pero, en un relámpago de lucidez, tan rara en él, comprendió que no tenía nada sustancioso que decirle.

—¿Acaso ya te lo dije ayer?

Yin siguió cabeceando un momento más de lo necesario, por inercia, y después se detuvo. El señor Chao dijo:

—Creo que Lu Hsin no es un verdadero marxista.

No bien lo hubo dicho (y era algo que decía todos los días) sintió el temor agudo de que le pidieran una explicación. Pero no fue así. El cielo estaba velado por una niebla gris tan fina que parecía limpio y vacío. A la cima de la colina que tenían a la izquierda se asomó por un instante la silueta de un camión, cuyo ruido no les llegaba. Se oyeron unos trinos vagos, de pájaros enjaulados en la vecindad. La mano rugosa del señor Chao se alzó hasta el manubrio de la bicicleta, y los dedos sintieron el frío del níquel. En la puerta de su casa, estaba la figura misteriosa de la señora Chao. Él acercó la cabeza al niño y volvió a hablar, en voz más baja:

—La intención secreta de Lu Hsin es...

Ahí se detuvo, con un gran dolor pintado en el rostro. Quería decir: «Es cometer adulterio con la señora Kiu», pero no se atrevía. El marido de esta señora era un hombre corpulento, y Chao tenía miedo de que le pegara si se enteraba de sus fantasías. Lo malo era que ya lo había dicho otras veces, por lo que ahora no podía felicitarle de su mutismo. Sólo podía lamentar su cobardía.

Yin se apartó suavemente, como una sombra en la mañana sin sombras: como una sombra vuelta una figura, una imagen recortada. El dolor del mundo no le concernía. Abrió la oficina con su llave, levantó los postigos, y empezó a poner algo de orden. Era necesario, porque la noche anterior habían terminado de componer, y los papeles del señor Lu habían quedado por todas partes. Hoy imprimirían toda la jornada, hasta concluir, y después habría que doblar y empaquetar los periódicos para su distribución. El joven era rápido y eficaz, y sabía muy bien qué había que hacer. Cuando entró Lu Hsin las planchas estaban en su lugar, las pesadas bobinas de papel enganchadas a la minerva, y el ambiente en general sólo esperaba el trabajo.

Detrás del señor Lu entró Hin, trayendo una taza de té para el primer ayudante. Se entretuvo unos minutos con ellos, viendo los preparativos. Antes de que pusieran en marcha la máquina entró el segundo ayudante, el pequeño Chiang, y la señora Whu, malhumorada, para llevar a la niña a la escuela. Lu Hsin revisó como hacía todos los días los útiles de Hin, que se reducían a tres ítems: un lapicero laqueado, un frasquito con escobillas, de borrador químico, y una cajita chata de cartón, dentro de la cual había varias hojas blancas de grueso papel estucado. Hin se despidió con cortesía y salió de la mano del aya.

Cuando volvió a la tarde, la novedad excluyente eran los patos, por los que sintió una fulminante pasión. No podía creer siquiera en lo que estaba viendo: diez patos distintos como figuras plantadas en el patio del fondo. ¿No era más de lo que podía

esperarse, humanamente? Como todos los niños, solía creer que el mundo funcionaba de acuerdo con una estética superior, de índole placentera. Hasta podría haber dudado de la realidad estable de la visión, de no haber estado mirándola también su papá, y el señor Wen. Este último, además, comentaba a las aves una por una. No había llegado a la mitad cuando se presentó el grueso señor Hua, lleno de exclamaciones que no tardaron en brotar de su boquita de capullo. Uno de los patos, decían los adultos, era un raro espécimen tibetano. Otro, manchú. El geométrico, por supuesto que un japonés mutante. El que más le gustó a Hin, si es que atinaba a decidirse, era el más pequeño de todos, enteramente negro. Su buen amigo Yin había salido de la oficina y vino a su lado. Al cabo de un momento, le preguntó qué le parecían. La niña no vaciló en manifestar su encanto, y lo hizo con tanta vehemencia que los caballeros se volvieron a mirarla. Estaba con los útiles todavía bajo el brazo, pues había pasado de la calle directamente al patio. El señor Hua le tomó el mentón, como solía hacerlo, con dos dedos regordetes:

—Son muy bonitos tus cua-cuás, ¿eh? No digo «pato» para no pasar por revisionista, ja ja ja. Apuesto a que no querrás comértelos.

Le gustó, aunque le intrigaba, el uso del posesivo. Tenía entendido que esas aves eran un regalo que le hacía la corporación de criadores de la Hosa a su padre, como retribución por su trabajo periodístico. ¿Pero qué era esa suposición bárbara de que se los comerían, como si fueran coles? Lo miró alzando las cejas con cierto escándalo. Los hombres se rieron de su reacción.

—Creo que son patos muy jóvenes —dijo el bondadoso señor Wen—, y podrás disfrutarlos muchos años... —Le dirigió una mirada burlesca a su amigo Lu, que parecía relativamente hastiado. Todos esperaban su comentario. Cuando habló, lo hizo con reflexiones distanciadas:

—Nos falta espacio. Ya nos faltaba silencio. Y observo que no se les ocurrió la idea de enviarnos una pareja.

—Eso es cierto —asintieron los demás.

—Habrá que ocuparse de ellos, aunque no acierto a percibir con qué fin. Por mi parte, no tengo tiempo.

—Yo sí —se apresuró a declarar Hin, y con eso se cerró el debate.

Acto seguido se presentó Chao, y unos segundos después la señora Kiu. Poco después, en el orden propicio al mínimo de cortesía, sus respectivos cónyuges. Si los traía la curiosidad, se tomaban el trabajo de demostrar que se esperaban algo así. Lu se preguntaba si su sino sería siempre llamar la atención y atraer gente a su casa. Confiaba en ese fenómeno psicológico, el cansancio de la percepción. En ese sentido, los acontecimientos estaban infatigablemente a su favor. Hasta la señora Whu, que había contabilizado las llegadas desde la ventana de la cocina, salió al fin, dando claras muestras de haber bebido. En realidad, lo hacía siempre, desde la mañana. La afectaba una forma intrigante de artritis, y tenía una pierna deformada por esa causa: desde la rodilla para abajo, el miembro había sufrido una torsión casi completa, al

punto que el pie apuntaba para atrás, lo que resultaba muy curioso de ver. Al parecer la bebida (pero no específicamente el aguardiente de ciruelas, que era su preferencia excluyente) la aliviaba; incluso un médico complaciente que Lu Hsin había hecho venir en consulta manifestó en su oportunidad que en determinados casos, la progresión del mal se detenía a fuerza de alcohol. La señora era de las que opinaban que nunca se abusa de un buen remedio.

El dueño de casa propuso tomar el té en el jardín, ya que estaban allí, y el clima se prestaba. Le pareció el recurso más eficaz para despacharlos relativamente pronto. Pues las teteras reales, por pródigas que sean, tarde o temprano se vacían. Sin recurrir, ni siquiera en el pensamiento, a su servicio doméstico, se encaminó a la cocina para poner el agua al fuego. Pero lo detuvo Hin, solícita.

—Yo lo haré, señor.

—¿Podrás arreglártelas?

—Claro que podrá —dijo el señor Hua—. Recuerda que somos nueve.

—¡Ya los había contado!

Lu sonrió. ¡Era tan ingenuamente sincera! El gordo se tragó la lengua. Yin iba tras ella, pensativo. La niña se volvió y le dijo que lo haría completamente sola. Lu Hsin la vio moverse adentro, al otro lado de los vidrios poblados por los reflejos del jardín, árboles y curiosos y hasta los famosos patos, contra el fondo soñador de las montañas. Apilaba las tacitas, abría la lata de té, vigilaba el primer hervor del agua; y las imágenes en los vidrios ahogaban sus pequeños ruidos.

Cuando terminaron con el té, y las conversaciones, y las despedidas, ya era el crepúsculo, y no había tenido ocasión de dedicarse un instante siquiera a la carta. Además, había trabajado todo el día en la impresión de la *Gaceta*, y recién ahora notaba lo cansado que estaba. Afortunadamente, se habían quedado solos. Le comunicó a la señora Whu que preferiría cenar temprano. Ella asintió, con más benevolencia de la usual. Lu se quedó como aniquilado en su silla. Hin se sentó al lado a hacer los deberes, y de vez en cuando iba a la ventana a mirar a los patos, que seguían inmóviles.

—¿Cómo puede ser? —preguntaba cada vez.

En ese intervalo llegó Wa Lung, el agente de distribución de la *Gaceta* en la Hosa interior; al iniciar su tarea de editor, Lu había organizado con niños (innovación fourierista nunca vista antes en la China) el reparto del periódico, y de esa etapa quedaba, y seguía siendo adecuado en las aldeas inmediatas, el grupo de colegiales dirigido por Yin. Al ampliarse el círculo de suscriptores, Wa Lung, ex licitador de estampillas fiscales, resultó invalorable armando la red de entregas a domicilio. Aparte de esta cualidad, ya histórica en la vida del diario, era un hombre de inteligente conversación, de tono muy discreto, por lo que siempre era recibido con gusto por Lu. Esta vez, lo sacó del marasmo de agotamiento.

Le dijo que casualmente se había visto obligado a venir a la aldea por una cuestión privada, y una vez liquidado ese asunto, había pensado que no valía la pena

volver a su casa, y rehacer el camino a la mañana siguiente para buscar los periódicos; de modo que, si Lu Hsin le daba alojamiento... El aludido lo interrumpió para decirle que, además, lo invitaba a cenar. En cuanto al sueño, le tenderían una colchoneta en la oficina. La señora Whu fue debidamente informada. Para darle gusto a la niña, Lu le propuso al invitado salir al patio a ver sus patos nuevos a la luz de la luna. Ella abrió la marcha, y marcó, al detenerse, la distancia que consideraba justa para observarlos.

—Me alarma sobremanera que no se hayan movido un ápice —dijo Lu sin faltar para nada a la verdad: estaba realmente impresionado, y veía una mala señal en ese orden inmutable de ribetes filatélicos.

—Es para verlos mejor —dijo Hin—. ¿No son hermosos?

Wa le daba la razón con solemne convicción.

—Yo no los encuentro tan bellos —decía Lu.

Contemporizador, Wa admitía que tenían algo de absurdo, dentro de su especie de belleza, por supuesto.

—Más que absurdo: siniestro —corrigió Lu.

—Sí, de siniestro también... De misterioso, más bien.

—El honorable Wa da muestras de la magnitud de su tolerancia.

Los diez patitos, cada uno en su sitio, y de perfil, parecían siluetas de madera, pero palpitaban colmados de absurdo y de misterio. En la luz lunar, sus colores apenas si se notaban. Delante de cada uno (cortesía de Hin Hsin) había un platito con un bizcocho remojado en leche. No parecían tener intenciones de probarlo.

Entraron y se sentaron a la mesa. La cena que había preparado la señora Whu era pescado, una de esas grandes carpas que en los últimos años se habían vuelto el plato estelar en la dieta de los comarcanos, por la prodigalidad con que se reproducían en los embalses. Como de costumbre, la señora la había echado a perder preparándola mal. Era tan automáticamente ineficaz en la preservación de los gustos naturales, que al probar las carpas Lu se sorprendía al hallarles gusto a sashimi, aunque estuvieran recocidas, o a uno de esos símiles vegetarianos de pescado, por difícil que fuera extraviarse en la blancura de esos sabrosos peces casi domésticos. En cuanto a la salsa, podía calificársela sin error de «neutra». Wa comió en silencio, con apetito. Lu Hsin abrió una botella de buen vino blanco en su honor, y la bebieron rápidamente. De sobremesa, té y cigarrillos, mientras Hin terminaba sus deberes y después se entretenía dibujando.

—¿Es aplicada en la escuela? —preguntó Wa.

Lu vaciló un momento, por sus motivos personales; instantáneamente se le ocurrió que podían pensar que vacilaba respecto de la pregunta, por lo que se apresuró a responder:

—Sí, creo que es bastante buena alumna.

Hin seguía trabajando como si no oyera nada.

—Es muy ordenada.

—¿Lo notó? —le preguntó satisfecho—. Es una de sus mejores virtudes.

—Pero el año pasado perdí mi sacapuntas —dijo Hin saliendo de su simulada distracción.

—Ah.

—Eso fue un accidente —la disculpó Lu.

Había dibujado el contorno de un pato, tal como se los veía. Dijo que debía ser el pato negro, su favorito, y le pidió permiso a Lu para destapar el frasco de tinta y usar el pincel. Tenían un acuerdo de que no haría tal cosa de noche, pero en este caso valía hacer una excepción: no sólo por la presencia del huésped, que garantizaba la prolijidad de la operación, sino también porque esa pintura no estaría terminada sin unos toques de tinta, que sugirieran el negro suntuoso de las plumas. Además, lo haría muy rápido.

En efecto, fue velocísima; dejó la hoja secándose en la ventana, sujeta al borde del vidrio inferior con dos brochecitos, mientras iba a la cocina a enjuagar el pincel. Por un efecto paradójico de la luna, se producía una transparencia. Los dos hombres veían el pato, que tenía una notable semejanza. El negro de la tinta se proyectaba en las tinieblas nocturnas.

El acontecimiento memorable del día siguiente fue la consecuencia, probablemente inevitable, del no menos memorable acontecimiento del día anterior: ocho de los diez patos murieron tras una grandiosa pelea que sostuvieron entre sí y que, a pesar de tan notable resultado pasó desapercibida mientras sucedía, para los habitantes de la casa. Era incierto el momento en que pudo haber tenido lugar. Las aves se habían mostrado silenciosas, pero de todos modos el combate no pudo haber transcurrido sin un mínimo de alboroto. ¿Cómo fue que nadie lo oyó? Estaban vivos los diez sin falta cuando Hin se fue a la escuela por la mañana: les dio de comer, es decir, renovó la galleta, que no habían tocado, estuvo un rato memorizándolos, sin atreverse a tocarlos, e incluso pensó con ligero sobresalto que no habían movido una pluma en toda la noche; los diez miraban hacia el este en poses fijas, y la niña se dijo que si se mantenían así, como un ejercicio mnemotécnico, le sería fácil llegar a reconocerlos. Quizá ya a esa hora su suerte común estaba echada, quizá los pactos y desafíos ya habían tenido lugar, y el hecho de que mantuvieran sus posiciones era lo más agresivo que podían hacer, salvo matarse, cosa que hicieron cuando no los veían.

Después de marcharse Hin, Lu Hsin no había prestado la menor atención a lo que sucedía en el patio, ocupado en la expedición del diario, con cuyos atados partieron al mediodía Wa y Yin. Respecto de la señora Whu, era más difícil hacer suposiciones. Había estado en la casa, encerrada en la cocina, pero quién sabe en qué ensoñación. Cuando Hin volvió de la escuela, con dos compañeritas que venían expresamente a conocer a sus nuevas mascotas, éstas ya habían pasado su gravosa prueba y estaban muertas en su mayoría. Lu Hsin había descubierto la catástrofe un rato antes, y se limitó a contemplarla. Los dos patos sobrevivientes se hallaban al fondo del patio, de perfil, lejos uno del otro, y parpaban suavemente sin mover el pico. Las niñas

quedaron petrificadas, los ojos muy abiertos. Lu Hsin le dijo a Hin que ignoraba tanto como ella qué podía haber pasado. La dispersión de plumas y cadáveres era horrenda. Se habían masacrado. Las estocadas de esos picos en forma de cuchara tenían, por lo visto, un efecto atroz, peor que las granadas de fragmentación. Considerando lo cual, los dos sobrevivientes no tenían demasiado desarreglado el plumón, ni siquiera estaban sobremanera bañados en sangre. Lu Hsin reflexionó en voz alta que no debían de haber participado en el combate, salvo como espectadores. Porque aquí, participar equivalía a morir. Algunos cadáveres estaban trabados de a dos (el caso del admirado negro), las palmas rasgadas como celofán, los picos mismos quebrados, y los cuerpos, los pobres cuerpos, más rollizos de lo que se habría creído, dados vuelta por entero, en nudos imprecisos de carne roja y grasa amarilla, huesitos astillados, órganos en ristras mal enrolladas.

La señora Whu había salido al oír a las niñas (tenía un sexto sentido para saber cuándo Hin estaba en la casa) y manifestó su sorpresa al ver el desastre, señal genuina, porque nunca mentía, de que le había sido ajeno hasta el momento. La vecina Kiu también se hizo presente, y ella sí dijo haber oído el estrépito de los patos riñendo pero, por discreción, no había querido intervenir.

—Nos habría ahorrado un disgusto —le dijo Lu secamente, y agregó, temiendo parecer descortés—: Aunque no creo que se hubiera podido hacer nada.

Las niñas dieron unas vueltas cautelosas, y al fin salieron a la calle, a esperar a Yin para que les prestara la bicicleta. Hin le dirigió una mirada a Lu, que se encogió de hombros. El incidente lo dejaba malhumorado, sobre todo por producirse en un momento en que siempre quedaba vacío y decaído: inmediatamente después de impreso y entregado un número de la Gaceta. Además, le faltaba Yin, a cuya presencia se había habituado. Siguió a las niñas hasta la calle, y tomó a Hin por los hombros con dulzura. Le dijo que hoy su amigo no vendría hasta muy tarde, pues repartía el periódico en las aldeas vecinas. Yin era un joven por demás generoso y paciente, y les había enseñado a conducir su bicicleta a Hin y a todas sus amigas. Pero hoy el rodado servía a un propósito más importante que la diversión de las pequeñas. Ellas parecieron doblemente mortificadas por la información. Entraron a la casa, y él volvió a seguirlas. Les sirvió unos vasos de leche con té de rosas y les aconsejó que trabajaran un rato en sus deberes. Quizás Yin volviera antes de la noche, y podrían dar una vuelta después de todo, para consolarse.

Le hicieron caso. Después de un rato de conversación, empezaron a copiar fragmentos de Mao, y se los pasaban a él para que verificase la caligrafía. Lu Hsin asentía a todo, hasta a los errores. Eso le recordó la carta que se había propuesto escribirle al amigo del presidente, pero no se sentía de ánimo, con la visión de esas aves laceradas todavía en la retina.

De modo que salió a fumar un cigarrillo, pero la presencia de los patos muertos (y los vivos) lo deprimía, aunque no los viese. Se los imaginaba allí, al pie de las montañas que tanto había contemplado, como víctimas propiciatorias frente a un altar

rústico pero exquisitamente pintado. Era chocante, una pura visión. Que perdería su pureza cuando tuviera que levantarlos, cosa que si no hacía él no haría nadie. No le atraía la idea, pero habría que limpiar el patio antes de la noche, o corrían el riesgo de que el olor atrajera a algún animal indeseable a husmear la carroña.

Además, conocía la psicología aldeana: vendrían curiosos. Si se habían propuesto venir a contemplar los patos, cuya novedad en sí misma persistía, la noticia de la matanza los atraería con más intensidad. Para empezar, ya estaba aquí su vecino Chao, con sus abruptas zalamerías de campesino.

—Tendrá que disculparme en este momento, pero estoy muy apurado —balbuceó cuando se cruzaban, pues había sido todo verlo encaminarse en su dirección, y simular un paso rápido en la opuesta. No le dio tiempo ni siquiera a responderle. De cualquier modo, el señor Chao preferiría hacer sus comentarios ante la señora Whu, con la que se entendía bien.

Tomó la dirección del bosque sin pensarlo mucho, y cuando franqueaba los límites de la aldea, el cielo que había estado nublado y blanquecino todo el día, se entreabrió de pronto mostrando un sol sorprendentemente alto que llenaba de claras primicias el mundo. ¡Era mucho más temprano de lo que había pensado! En efecto, ahora lo recordaba: era el día de la semana en que Hin tenía menos clases; con los acontecimientos, se le había pasado por alto. Pues bien, mejor así. Podría dar un paseo largo, en vez de uno corto. Llegaría hasta los primeros claros, pasando la orla del bosque, y daría la vuelta al gran espejo de agua. No tenía otra cosa que hacer, y le convendría dejar la mente en blanco; ningún sitio más apropiado para ello que la naturaleza, el viejo y tradicional pasaje a la indiferencia. Las cúpulas de los árboles se balanceaban en el aire, y los pájaros proferían sus cantos de siempre, o hacían piruetas aquí y allá, fútiles y veloces. Objetos verdes y flores. La primavera era lo que siempre volvía, lo inexorable y cándido. Se preguntó si habría habido un primer hombre que registrara su vuelta, la segunda vez. ¿Lo habría hecho con desencanto? No se le ocurría otra posible reacción. La mente humana no estaba hecha para la repetición, había sido preciso habituarla mediante la violencia, y la dulzura, en proporciones bien equilibradas.

Respiraba con fruición, olvidándose de todo. Le haría bien pasear en extenso, sin apuro. Últimamente salía poco; era raro el día que Hin no tuviera algún compromiso con sus amiguitas, o una sobrecarga de tareas escolares, y él había perdido el gusto de caminar solo —aunque ahora lo recuperaba con una presteza que le pareció suavemente milagrosa.

De pronto oyó el ruido de un avión y levantó la vista. Allí estaba, un gran avión gris que pasaba muy alto (así al menos le parecía, pero no debía de ser tanto porque iba abajo de las nubes). No dejó de mirarlo mientras recorría el cielo en una recta caprichosa: ¿quién había trazado esa línea en el cielo, y por qué? No dejaba de apreciar el contraste del gran pájaro rígido y los bordados de follaje a través del cual lo veía. Estaba oculto. Su humor había cambiado radicalmente. El paso del avión le

sugirió auspicios magníficos. Incluso tuvo la idea de hacer un ramo de flores, cosa que nunca en su vida había hecho. Podría ser abundante, pero de reducidas dimensiones, ya que no tenía a su alcance más que anémonas minúsculas, de tallos blandos. Pero el rosa de sus pétalos impalpables tenía cierta grandeza. ¿No existiría la posibilidad de hacer un ramo que fuese un color, un solo color intenso? La intensidad, en los tiempos recientes, había sido adjudicada en exclusividad a los más intrincados períodos dinásticos imperiales. El espíritu republicano se jactaba de no necesitarla. Rosa, rosa, rosa, un millón de veces el color rosa, siempre temblando.

A lo lejos, se aproximaban unas figuras; o se alejaban; o ni una cosa ni la otra. El bosque, como todos los bosques, era un laberinto óptico de certezas y vacilaciones imprevisibles. Por los «corredores de visión» se vislumbraban detalles que pasarían desapercibidos en un llano. Pero el conjunto se hacía enigmático. Le pareció impropio arrojar las florcitas que había estado juntando. Era una comisión de estudios del Qu, casualmente. Aunque él se había desligado hacía años de esa rama de los asuntos públicos, seguía siendo consultado; además, su actividad periodística lo mantenía en contacto, por su parte teñido casi siempre de ironía científica, con los suministros del agua.

Sostuvieron una breve conversación, amistosa y con distracciones. Le agradó. Le gustaba sentirse distraído respecto de cosas muy precisas. Incluso el leve ridículo de tener un ramo de flores en la mano contribuía a ponerlo en un lugar en el que se sentía cómodo. Que él hubiera dejado de ser funcionario del agua no significaba casi nada, porque otros lo eran. No había nada de inoportuno en el trabajo, mientras alguien lo llevara a cabo. Era la historia del país, y del mundo. Era la declaración de independencia del hombre frente a la primavera, a todas las primaveras posibles. Durante toda su vida se había sentido intelectualmente superior al prójimo, pero a esta altura empezaba a comprender que también le daba placer no sentirlo. Aplicaba su derecho a sacar un módico beneficio personal de la demografía.

De regreso a casa, ya bajo el crepúsculo, estaba a tono con la tarea de escribir esa carta. Y en efecto, al llegar no vio un obstáculo en la presencia algo furtiva de Wen Tsi, que se embriagaba en la cocina con la señora Whu, ni en la de Yin, que había vuelto del reparto y, después de una prolongada sesión de ciclismo con las niñas, ahora jugaba al majjong con Hin en la sala; la concentración de ambas parejas era perfecta y armónica en su diversidad. Por los cuatro lados de la casita entraba la luz enrojecida del crepúsculo, y Lu Hsin tuvo por un instante la visión deliciosa de ese cofre de madera y vidrio brotando de la incipiente sombra del suelo, como una gema en la que se concentrara toda la voluntad humana de hacer eterno el día. Sin más, sacó una hoja de papel de arroz, buscó la pluma fuente, y se sentó a la mesa. Miró un momento por la ventana.

Lo había movido a escribir esa epístola una noticia leída poco tiempo atrás; aunque los hechos tenían décadas de existencia, el suceso era en buena medida intemporal. Después de la conferencia de Yalta, cuando los rusos se hicieron cargo de

la Prusia, la ciudad natal de Kant había estado a punto de ser evacuada y destruida, y tal habría sido su fin, incluido el del campanario en el que fijaba la vista el maestro para concentrarse, de no haber mediado el más extraño de los azares. Chu En Lai, ya entonces ministro de Relaciones Exteriores de nuestro país, de joven había estudiado filosofía en Alemania, de donde regresó trayendo una perenne veneración por el sabio de Königsberg, y dejando en esa ciudad un hijo natural, producto de su amor por una estudiante alemana. Y ese acontecimiento tan pequeño en la vida de un gran político y revolucionario, tuvo por efecto nada menos que la perduración de una antigua ciudad. Porque en el momento crucial pudo interceder ante los rusos (en aquel entonces nuestras relaciones con Moscú eran amables y puntuadas por gestos de buena voluntad) y logró que la pequeña ciudad reliquia, donde seguía viviendo su hijo, con el que nunca había perdido contacto, se salvara; y hasta el día de hoy prospera, intacta, con el nombre de Kaliningrado.

La anécdota, de la que Lu Hsin se había enterado leyendo en un ejemplar de un diario francés, *Le Monde*, que le había pasado el marido de la señora Kiu, el anticipo del libro de memorias de un oscuro político alemán, le había parecido brillante y sugestiva. Y se preguntaba si habría otro habitante de la inmensa república que pudiera apreciarla como él en su justo valor filosófico. Correspondía, entonces, comunicárselo al protagonista, como un sutil aplauso. Pero, por ser el caso bastante delicado, la carta debía tener todas las virtudes de la discreción. En este momento, se sentía en presencia de tales virtudes. Escribió esto:

«De la cuna a la sepultura, dice nuestro viejo proverbio, el hombre le da color a las nubes blancas. El clavecín de nuestras costumbres se apega a las benévolas sombras, y la luz misma que proyectan los bueyes irreales del cielo confirma la fábula de nuestros horarios. He visto hace unos momentos en la ladera del sur de las montañas Verdes dos hombres que se paseaban complacidos con la continuidad del trabajo de los seres visibles; pero el dragón que los vigilaba estaba quieto, pensativo. El dragón inmóvil no es el que arroja fuego con movimientos coléricos. Del fénix de las profundas porcelanas del éxtasis no esperamos un hijo, sino la reanudación de su propio vuelo: y no lo vemos. ¿Pero acaso vemos algo? Cuando la espera provechosa se extiende por debajo de la tierra, ni siquiera vale la pena que se alcen las montañas. Sólo puede decirse la verdad, ¿no es así?».

La respuesta a la carta se demoró justo un año en llegar a destino; tardó un año menos un par de días en ser despachada, desde alguna oficina misteriosa de Beijin. La justeza del lapso se le antojó a Lu Hsin perfecta, aunque no lo fuera del todo, por ser un día de primavera (las cosas eran triviales, como lo había sido el otro, cuando recibió el anodino sobre oficial en papel barato, con los sellos personales del ministro de las Relaciones Exteriores. Lu, que no había esperado respuesta, pensó que sería un mero acuse de recibo, pero había algo más.

Justo o no, el lapso entre la partida de la carta y la llegada de la respuesta parecía no haber transcurrido en absoluto. Todo sería muy adecuado en ese caso. Salvo que el año había pasado, y aunque en general, como sucede siempre, la situación seguía igual, era como si se hubiera intensificado. Para convencerse de esto último habría bastado con observar a Hin. Había cumplido once años, y era todo lo que se había esperado que fuese: una típica belleza montañesa, de ojos grandes, cuerpo pequeño y fuerte, manos hermosas, y las dos trencitas anudadas atrás por las puntas: Lu le había enseñado a hacerse ese peinado desde muy pequeña, y ahora ella lo rehacía todas las mañanas con la mayor pericia. Nadie más que ella se peinaba así; algunas de sus amigas habían querido imitarlo, sin éxito. Y ella no lo había cambiado, aun cuando ahora podría haber impuesto su voluntad; Lu la contemplaba con cierta perplejidad, como se hace con lo que realiza un deseo que no estamos seguros de tener. Por otro lado, ese peinado ya era una reliquia, porque las mujeres montañesas habían desaparecido del horizonte de la Hosa. La raza montañesa, tal como lo había previsto Lu en su momento, se había dispersado, y no sólo geográficamente, por efecto de las modificaciones en el curso del Qu, que habían aportado riego a las laderas de las montañas Verdes (hoy eran cuidadosos vergeles cuadrículados). En menos de una década, esa gente se había extinguido, lo que daba que pensar. La niña misma era una reliquia, milagrosamente preservada por el gran truco del deseo de Lu Hsin. Sólo que era más hermosa de lo que había calculado. La desaparición del «fondo» étnico en razón del cual todo se había iniciado la volvía más preciosa y rara, y todo lo suyo intrigante para el que pensaba la pequeña historia.

Mirándola, Lu sentía como si se despertara de un sueño. Todo sucedía, la vida misma tenía lugar, ni lenta ni rápida, y sin embargo, por una magia peculiar, era como si nada hubiera sucedido y todo esperara, mirándolo con ojos que habían salido lentamente del agua. Él mismo, que había pasado por épocas de no ser nadie, se había vuelto importante. La Gaceta, de la que ahora se tiraban varios miles de ejemplares, y cuyos editoriales se estudiaban y comentaban en todo el país, lo había hecho notorio. Lo que había comenzado como uno de sus tantos pretextos de inacción ahora aparecía como una sólida empresa política, que se escudriñaba hasta en la puntuación. Lu Hsin había apoyado, y guiado, los esfuerzos hidráulicos de la provincia, y nadie dudaba de que era el cerebro detrás de los avalares energéticos del agua. Los que a su vez habían

producido una completa modificación social, de la que él era responsable tanto como puede ser alguien responsable de sus sueños. Y ahora sentía el despertar, lo sentía como algo a la vez vago, esfumado, y urgente, con esa urgencia de decisión que había aprendido a reconocer en los libros de su amado maestro alemán.

Y mientras tanto, su entorno se volvía más y más un sueño. Toda la gente que conocía y a la que frecuentaba había ido instalándose poco a poco, muy poco a poco, en las costumbres blandamente fijas de un hábito onírico. Ellos se apartaban vertiginosamente del despertar, mientras creían vivir la realidad. Se preguntaba si no sucedería así con toda la nación. La China tenía una historia de prolongados sueños, siempre muy disimulados en el realismo que había sido la marca original de su pueblo. Quizás efectivamente estaban entrando en una nueva realidad; o, mejor, en un nuevo realismo. Al menos era lo que deducía de las posiciones de sus conocidos, del pequeño círculo del que seguía siendo el centro. Él en cambio, por acción del rodeo que había hecho por el sueño, en el que se había introducido, por así decirlo, con los ojos bien abiertos, ahora asomaba a una realidad intensamente vivida. Toda la infancia de Hin había sido ese sueño, un período durante el cual él se había mantenido apartado de sí mismo, llevando a cabo las infracciones habilísimas de un sonámbulo. De pronto, se sentía rejuvenecido, hasta lo que veía y oía le parecía más nítido, incomparablemente más claro, como si interpusiera una lupa prodigiosa.

Uno de los que se habían vuelto sus familiares, al punto de haber sido en la práctica adoptado como hijo y discípulo, era Yin. Dotado de una inteligencia precoz, y un sólido buen sentido campesino, el joven había tenido la fortuna de estudiar hidráulica con el mejor de los maestros posibles. Dentro de dos años iría a cursar ingeniería en la Universidad de Shanghai, donde ya tenía asegurada una beca. Para cuando llegara ese momento, Lu Hsin se proponía interrumpir la publicación de La Gaceta, si es que no querían hacerse cargo de ella sus colaboradores, cosa que dudaba; el único que habría podido hacerlo era, justamente, Yin. Se le ocurría que, de habérselo propuesto así, La Gaceta en todos estos años habría sido la pantalla ideal para conservar a su lado al muchacho. No había sido ésa la idea, naturalmente, pero de haberlo sido... el secreto habría sido a su vez la pantalla de otro secreto, al que nadie podría llegar nunca. Ese tipo de ensoñaciones, en el punto en que se encontraba, parecía dotado de una tremenda urgencia.

Como era típico en él, traducía el pensamiento al trabajo. Su esfera de intereses visibles se había ido desplazando en los últimos años, y más recientemente el movimiento se había intensificado, por diversas circunstancias. Entre ellas, la instalación en la Hosa de un centro de investigaciones genéticas, el más importante del país. El hombre-orquesta Lu había tenido participación en el establecimiento del centro, y no sólo escribiendo artículos al respecto en su diario, sino en trabajos más prácticos, como la ingeniosa manera de organizar la cría de patos, que eran los sujetos predominantes en la experimentación. En lugar de limitarse a producirlos con eficiencia, Lu Hsin había partido de la creación de una subeconomía regional surgida

de la crianza. No sólo era más eficiente a largo plazo: era más interesante asimismo.

En fin, que al tiempo que las obras hidráulicas en la zona habían dispersado a los montañeses, habían acumulado patos; y si parecía faltar simetría entre ambos sucesos, entre otras cosas porque las razones de lo primero habían sido económico-sociales, mientras que las de lo segundo habían sido puramente naturales, o menos aún, acuáticas, había un eje central, un núcleo de irradiación de lo que podía considerarse un cuento poliédrico, y ese punto no era otro que la casa de Lu Hsin, donde el motor de la fábula no se detenía; por el contrario, a cada momento cambiaba la frecuencia de sus ondas y renovaba la historia. La casita misma tenía algo de cuento: la mansión diminuta del dragón, la cabaña de cristales de los hijos del emperador campesino... Ahora la casa era uno de los centros de reunión más frecuentados por los científicos del Centro de Genética, el sitio al que había que ir cuando sentían curiosidad por lo que sería de ellos en el porvenir (cosa que los científicos siempre ignoran).

La carta la recibió una mañana, lo que no tenía en sí nada de extraño: el cartero hacía un viaje especial a su casa, con un grueso paquete de correspondencia para la Gaceta, todos los días a primera hora. Pero este sobre se lo entregó aparte a Lu, antes de entrar con los demás a la oficina, donde solía charlar un momento y tomar una taza de té. Lu Hsin lo rasgó y leyó con gesto distraído la hojita de papel, que dobló y se metió al bolsillo, tras lo cual entró a verificar el trabajo escolar de Hin, que desayunaba. Sentado a la mesa donde hojeaba los cuadernos de la niña, pudo ver que en la oficina habían hecho un círculo alrededor del cartero y hacían comentarios en voz baja. Calculó que en unas horas toda la aldea, y quizás más allá, estarían enterados del arribo de la misiva. Cuando Hin se fue a la escuela, Lu Hsin decidió salir a dar un paseo. Lo fatigaba la perspectiva de enfrentar la atmósfera intrigada entre sus colaboradores, y de todos modos no había gran cosa que hacer a esta altura del mes.

Al salir encontró en la puerta de su casa a la señora Kiu mirando melancólicamente sus musgos. Se detuvo a saludarla y conversaron un momento sobre el clima.

—Todo se ha trastornado —decía la señora, con un gesto fatalista. Su marido había muerto el año anterior. Se comentaba que volvería a casarse pronto, aunque andaba por los cincuenta años. De hecho, Lu Hsin podía calcular bien su edad porque eran contemporáneos. Creía poder recordarla de niña, medio siglo atrás. Asintió a sus declaraciones y la dejó donde estaba. Tomó, como tantas veces (como siempre), el camino del bosque.

Se introdujo en los senderos húmedos, y el bosque entero parecía una cebolla de cristales verdes que se separaban, con un chasquido delicado, unos de otros. ¿Cuántas veces había paseado por estas regiones hermosas? Toda la vida, pero su vida no era del todo numerable. Había sido fiel a la naturaleza, pero, como sabía bien, eso no tenía ninguna importancia. Siguió el rumbo de las crestas altas, donde no iba con frecuencia; encontraba más bien vulgar apreciar los paisajes desde las alturas: ya

había hecho mucho de eso en su juventud. Y ahora, al asomarse al gran panorama de riegos y cultivos, no miró hacia abajo sino hacia arriba: al cielo. Bien pensado, el cielo era uno de los motivos de estudio que más había descuidado en su vida. Creía recordar que en otras épocas lo había «puesto en reserva», para cuando otros asuntos que le parecían más urgentes, aunque más triviales, se agotaran. Y ahora el tema del cielo había quedado atrás: cuando uno se ocupa de objetos triviales, siempre termina habiéndose ocupado de los más importantes... Y no queda nada que hacer. Pero el cielo, de todos modos... quizás había hecho una elección adecuada, porque el cielo seguía vacío.

El día transcurre en el cielo, no entre los hombres. La tierra, espejo de la luz celestial, es la morada de los niños. Es preciso aprender la lengua infantil para estudiar con fundamento las ópticas sublimes. Esa noche recibió la visita de un matrimonio de científicos, dos genetistas jóvenes, muy brillantes —de ella se decía que estaba a punto de conceptualizar una novedosa teoría sobre la alternancia de los cromosomas—. Contribuyeron a la cena con una botella de vino y Lu Hsin hirvió pescado y preparó una salsa. Tiempo atrás, con la defección definitiva de la señora Whu de los trabajos de la cocina, había quitado el biombo que separaba a ésta de la sala, y cocinaba conversando con los invitados.

—La genética —decía— debería ser la ciencia preferida del marxismo. Lo tiene todo para agradar al dogma, y contiene el delicioso riesgo de desmentirlo.

—Nada desmiente a un dogma epistemológicamente hablando —dijo el joven científico, con la sonrisa prudente que adoptaba siempre para hablar con Lu Hsin.

—¿Y qué son sino una desmentida, todos los resultados a los que parecen acercarse ustedes mismos? Genes voladores, trucados, alternantes, cromosomas «traspapelados», funámbulos...

—Oh, es un modo poético de hablar.

Lu Hsin sonrió:

—Siempre hay modos poéticos de hablar. —Se quedó callado un instante, y le vino a la memoria, o a la imaginación, un dato interesante que transmitirles a estos jóvenes ignorantes en Historia—. ¿Sabían que en nuestro país, en épocas remotas, incluso algo legendarias (aunque no tanto como para salirse de los cuidadosos márgenes de la cronología de nuestras más recientes innovaciones en la técnica de evaluar la improcedencia del pasado) hubo un arte análogo, en su esfera, a estos «casos» de la genética de los que ustedes se ocupan? —Les dirigió una mirada interrogativa—. ¿No oyeron hablar de la vajilla «de tercera generación»? ¿No? No me extraña. Los expertos en detalles históricos no han dejado obras realmente legibles. Esas porcelanas representaban un trabajo que esperaba el momento de los resultados, no los quería inmediatos. Incluso económicamente: eran la deuda anticipada de los nietos. En ese sentido, debían de ser una especie de exorcismo contra las hambrunas. Lo mismo en cuanto a la legitimación social general: si pensamos que las generaciones se contaban según la descendencia imperial, por un

lado, y por otro que los modales en la mesa se transmiten no a los hijos sino por intermedio de ellos, a otros, desconocidos.

Los invitados lo miraban con el rostro en blanco.

—Pero ¿por qué esperar? —dijo él, al tiempo que ella exclamaba, con afectada frivolidad:

—Es melancólico, es... de antropófagos.

Lu Hsin le dio la razón:

—Los platos se rompen, siempre. Basta un mínimo descuido, y después no vale la pena lamentar lo que pasó.

Un rato después, Hin hablaba con el matrimonio, y les mostraba su caja de lápices de colores, gracias a los cuales, decía, había ganado un concurso de pintura unos días atrás. Lu se excusó un momento y salió a la galería externa, para asomarse a lo que había sido la despensa y ahora, transformado en un confortable y diminuto jardín de invierno, hacía las veces de departamento privado de la señora Whu. Allí se pasaba todo el día bebiendo y mirando las montañas. Le pidió una copa y se sentó a bebería en su compañía, sin hablar. El motivo de la visita había sido preguntarle si cenaría con ellos, pero no vio motivos para decir nada, después de todo.

Su ama de llaves había ido más allá del alcoholismo, en un salto elegante y muy preciso. Ya era un oráculo del silencio; en esta ocasión de renunciar a hacerle la más trivial de las preguntas, Lu Hsin veía la cifra de su misterio. Pero un momento después ella habló, con su voz honda y noble de vieja; y fue para hacer una observación muy pertinente sobre las lagartijas:

—Puede decirles a sus comensales que no funden sus esperanzas en ellas. No se reproducirán mecánicamente.

—Había empezado a sospecharlo —dijo Lu—. ¿Pero por qué está tan segura?

—Las tiras de huevos no asimilan el agua. No asimilarían el té, si se lo dieran.

Era muy sagaz de su parte. Aun puestas en el agua, esas tirillas se secaban. Reclamaban la humedad ultramundana del amor. La señora Whu debía de saber mucho de la asimilación de líquidos. El caso de las lagartijas era intrigante, pero su condena no parecía tener apelación. Lu suspiró, y confesó no saber qué hacer al respecto. La señora Whu se encogió de hombros, como si todo fuera muy fácil, una vez que se aceptaba la fatalidad del fracaso.

—Yo las dejaría en paz —dijo.

—Es lo que he tratado de hacer.

Pero nunca podría hacerlo lo suficiente. Después de todo, no sabía en qué podía consistir dejar en paz a esos animálculos inexpresivos.

Salía una hermosa luna detrás de las montañas. Desde su puesto, la mujer podía medir su ascenso sin moverse. Desde la sala venía el rumor de la conversación y, muy apagado, el aroma de la comida en el fuego. De pronto, y sin ninguna razón a la que pudiera darle nombre, Lu sacó el tema de Hin, cuya vocécita de cristal se destacaba en el silencio de la noche: por lo visto, hacía buenas migas con el matrimonio de

científicos; ellos todavía no tenían hijos. La señora Whu no respondió. Las sombras parecieron condensarse en la distracción de Lu Hsin; sin saber siquiera que hablaba, fue decir algo más, cualquier frase sin importancia:

—Hin...

En ese punto se interrumpió. La luna era el objeto que hacía inimaginable el mareo. La oscuridad sedosa del cielo rozó los hombros de Lu. La palabra resonaba en el silencio previo al mundo, y en la memoria. La insistencia había producido un significado, y él supo que la señora Whu lo había oído. Le dirigió una mirada subrepticia, con una inquietud que no había sentido en años. Ella miraba con placidez un punto oscuro debajo de la luna. En la penumbra, su rostro muy avejentado semejaba el de un guerrero, o una momia... Al cabo, la vio levantar la copita y beber con el borde de los labios; miraba el reflejo de la luna en el círculo inclinado de su aguardiente. ¡Lo sabía! Debía de saberlo. Se sintió aterrorizado, sin querer reflexionar por qué. El espanto suele tener formas muy variadas, y Lu Hsin tuvo la oportunidad esa noche de enfrentar una muy vaga y difusa. Tenía la impresión de que se había abierto un abismo en algún sitio al que podían encaminarse sus pasos. En ese gran vacío, volvió a oír la voz de la señora Whu:

—El señor Hua no vino hoy.

No era la primera vez que manifestaba, en los momentos más intempestivos, su interés por este amigo de su patrón. Lu creyó poder interpretar: lo ayudaría a obtener lo que deseaba, si él la ayudaba a obtener al señor Hua. Podían dar por terminado este entreacto. A modo de colofón, ella dijo con voz ahora arrastrada, como si la bebida hubiera hecho efecto de pronto:

—Me siento enferma.

Lu dejó la copa en la mesa (vacía) y salió. Estaba a punto de volver a entrar a la sala, pero quiso quedarse un minuto más a solas. Dio unos pasos en el jardín, y miró la escena por la ventana. Hin y los dos invitados conversaban sentados a la mesa. Era tarde, y la niña estaba algo pálida. La vio levantarse, ir al armario y sacar platos y cubiertos, tarea en la que la ayudó la joven científica. A veces, los seres humanos parecen autómatas. Se dijo que todo en la vida corría siempre hacia un punto de precipitación, y había que actuar en consecuencia: muy lento en ocasiones, o muy rápido.

Le dio la espalda a la ventana y miró las estrellas. El espejo del cielo pensaba por él, con la precipitación lentísima de las estrellas. Y en medio del cielo negro, la cara de la luna, con sus grises imperceptibles. Recordó algo que le había dicho Hin años atrás, cuando era chica: «La luna es un mapa». Entró a cenar.

Dos días después caía el cierre de la Gaceta, y Lu Hsin había hecho para entonces su buena cuota de reflexión. Seguía dándole vueltas a esa idea de la precipitación. En la vida de las personas, se decía, suceden cosas, y todo el mundo lo sabe: pero nadie sabe nunca cuándo suceden. Y las consecuencias no eran de ninguna utilidad como signos, porque en general sólo eran signos del remordimiento. Sólo escribiendo

lograba captar algo de la insensatez del instante: lo demás le parecía excesivamente difícil. Les regaló las lagartijas que venía tratando de criar desde hacía meses a los niños del barrio, y suprimió a último momento el artículo de fondo que había escrito para la Gaceta, una cosa u otra sobre la hidroponía, la clase de tonterías que recortaban y guardaban en carpetas sus lectores. A minutos de iniciar la impresión, se sentó a componer uno nuevo.

Un cambio de última hora era algo tan inusual en él que sus colaboradores quedaron intrigados. Yin se encargó de interrogarlo, delicadamente. ¿Tenía que ver acaso con su correspondencia con el ministro Chu?

—¿La correspondencia...? —preguntó Lu desconcertado. Tardó un momento en recordar. No lo había pensado (en realidad, se había olvidado completamente de esa carta), pero bien podía dejarles creer que así era. Lo negó, vagamente.

Escribió un editorial que se tituló: «La espera pueril», una sarcástica invectiva contra el marxismo, al que renunciaba públicamente y denunciaba como una enfermedad de idiotas. El periódico se imprimió, y uno solo de sus colaboradores presentó su renuncia ese mismo día (aunque ya había vuelto a trabajar para la salida del número siguiente). Los demás, Yin incluido, no dijeron nada. El sonreía pensando que, sin proponérselo, había creado una de esas situaciones en que a la vez es preciso hacer algo con suma urgencia, y se han dado las condiciones de una completa parálisis.

Del contenido de la carta de Chu En Lai nunca se supo nada. Lu Hsin terminó extraviando el papel. Una carta no leída (un papel perdido o destruido) era el pretexto ideal para dar un paso perfectamente planeado en la cadena de una prolongada maniobra personal, y disfrazarlo de espontáneo sin que nadie sospeche nada. Todo el episodio tenía algo de broma secreta.

Si bien el efecto del editorial estaba destinado a ser profundo, nunca dejó de ser discreto. No adoptó, por ejemplo, la forma del aislamiento con que supuestamente se premian las bravatas antisociales. De hecho, la primera manifestación del efecto fue una visita, aunque no más que la tan cotidiana y ya casi invisible de la señora Kiu. Fue ni media hora después de que el periódico empezara a ser repartido. Lu Hsin salía en ese preciso instante (iba a comprarse un par de sandalias) y tropezó con ella en la puerta. Al otro lado de la cara impasible de la viuda, leyó su determinación de retirar su nombre de la lista de suscriptores, e incluso tal vez devolver su ejemplar, que traía enrollado en una mano.

—Su imprudencia, señor, está a la altura de las palabras con que la demuestra.

Muy oriental, él simuló buscar en los recodos de su imaginación:

—¿La señora estará refiriéndose por casualidad a mi mediocre artículo?

—¡Por casualidad! —bufó la Kiu.

—Me arriesgaría a asegurarle que ese minúsculo incidente escrito no tiene ninguna importancia, ni la tendrá en...

—¡La tiene para mí!

—Me honra mi benévola vecina.

—Señor Lu: no es hora de ironías.

—No sabía que fuera marxista —comentó él, en un tono de generalización complaciente.

—Si es necesario...

—A veces...

—Pero...

—Por mi parte...

Por cortesía, dejaban todas las frases flotando. Hablaron un momento del clima.

—Una no puede ser esclava de la lluvia —decía la señora Kiu.

—Deberíamos pensar que la lluvia está a nuestro servicio.

—Habría que ser un venerable antepasado muerto para aceptarlo con tanta indiferencia.

—¿La señora habrá pensado en honrarme renunciando a ejercer la crítica sobre mis necios escritos?

—Por el momento, prefiero declarar que sería más conveniente hacerlo que no hacerlo.

Lu se apuró a abrirla la puerta de la oficina, que estaba sin llave, y la invitó con un gesto a servirse por sí misma. Ella sabía dónde estaba el fichero. Por delicadeza, se quedó esperando. La vio ir directamente al mueble, encontrar su tarjeta en un abrir y cerrar de ojos y echársela al bolsillo de sus amplios pantalones azules. Podría haber apostado a que unas horas después la señora volvería a introducirse, subrepticamente esta vez, en la oficina, y devolvería la ficha a su lugar.

Se marchó. En el camino, pensaba que su vecino del otro lado, el señor Chao, no tardaría en presentarse con alguna proposición curiosa. En efecto, cuando volvió con las sandalias lo vio sentado ostensiblemente en la parecita de su jardín, leyendo La Gaceta. De lejos, daba la impresión de no encontrar el sentido de las palabras.

Hin se disponía a ir a la escuela. Tomaba su tazón de leche bajo la mirada impaciente de la señora Whu. Lu Hsin puso agua para hacer té, y se sentó a su lado. Ese día la niña tenía una clase especial de geografía, y había dibujado varios mapas en grandes papeles delgados muchas veces doblados. Él los desplegó con profusión de crujidos, y los examinó en detalle. Se oponía por principio a los mapas hechos según una perspectiva vertical, perpendicular al terreno: favorecía una cierta oblicuidad, más adecuada, según su parecer, a la emergencia del arte que estaba al fin de la ciencia. Es cierto que así las cosas se hacían mucho más difíciles, pero eso era inevitable. Lamentablemente, el punto de vista oficial preconizaba una enseñanza a partir de lo más simple, y las complicaciones quedaban siempre para más adelante, para un futuro impreciso. No obstante, los mapas de Hin estaban bien hechos, e iluminados con bonitos colores. Había ganado medallas en ciencias, y en lo que iba de este año era la mejor alumna de su división.

Cuando se marchó, Lu se quedó tomando té, sin nada que hacer. La señora Whu se paseaba por el jardín, mirando la hierba. Posiblemente ya había dado los primeros pasos, y los segundos también, hacia su éxtasis cotidiano. La noche anterior le había comunicado que su padre estaba enfermo, muy grave, en una aldea localizada exactamente al otro lado de la Hosa. Lu había ignorado hasta ahora que ella tuviese padre, que debía de ser viejísimo, un prodigio de longevidad. No se decidía a volver a interrogarla, por temor de que ella se hubiera olvidado de lo que había dicho. Todo indicaba que debía de ser una alucinación, ya que nadie sabía que la señora hubiera recibido noticias de ninguna clase. Quizá su padre había muerto cincuenta años atrás, y ella se limitaba a revivir viejos sueños.

Salió al patio con una idea, y los gatos lo siguieron; volvió a entrar y fueron tras él. Supuso que lo que querían era comida, y les dio leche, pero no la bebieron. La señora Whu seguía todos estos movimientos sin despegar los labios. Salió en fin, por segunda vez, con la misma idea, que era ocuparse de las lagartijas. Porque las seguía teniendo, o mejor dicho disponía de la milagrosa progenie de las anteriores. Después de renunciar a su cría y regalárselas a los niños de la vecindad descubrió que habían quedado unas tiras de huevos (¡las irritantes tirillas!) en su jardín, y para su inmensa sorpresa, éstas sí prosperaron, y de la noche a la mañana nacieron las crías. ¿Ésa era la solución que había buscado con tanto empeño? ¿Un gesto? No sin perplejidad, había vuelto al trabajo abandonado, y no dejaba de reconocer que si podía volver, era gracias a que lo había abandonado.

Se entretuvo en eso hasta el mediodía, después comió unos mejillones y se acostó a dormir la siesta. Ni ese día ni el siguiente había trabajo en la Gaceta: era la pausa larga del mes. Se despertó tarde, embotado, y estuvo tomando té y fumando largo

rato; tan largo que se hizo la hora del regreso de Hin de la escuela, y tomaron la merienda los dos. Le preguntó si había hecho planes con sus compañeras; si tenía mucha tarea; a ambas preguntas respondió negativamente. Le propuso salir a dar una caminata. Las ocasiones en que salían a pasear juntos por el bosque se habían ido haciendo más y más infrecuentes, por lo que ahora tenían el placer de la novedad. Hin se preparó con entusiasmo, pero le advirtió que debían estar de regreso a la hora en que volviera Yin, que le prestaría un rato la bicicleta. Lu Hsin a su vez le recordó que él le compraría una bicicleta, si aprobaba todas las materias. ¡Claro que Hin lo recordaba! Precisamente por eso no quería perder la oportunidad de practicar en la de su amigo, para estar ducha cuando tuviera la suya. (El razonamiento era razonable, y a la vez no lo era.)

Salieron. La tarde de primavera resplandecía. La niña iba con una blusa blanca y pantalones azules, y los pies desnudos en las sandalias. Entraron de inmediato en el bosque, Hin adelante, abriendo la marcha, Lu Hsin algo retrasado, y silencioso. A cada paso se encontraba más y más en ella, como si el movimiento y el tiempo lo fueran adentrando en la niña, no en el bosque. A sus espaldas se iban cerrando puertas blandas de follaje y de suave luz diurna, y se encapsulaba una y otra vez, más allá de lo posible, en un pensamiento general en forma de Hin. Dejaba de ver, de oír, de ocuparse del mundo. Y aun así, se decía cautelosamente, si realmente pudiera concentrarse en esta minúscula fantasía, si pudiera entrar con todos sus pensamientos en Hin, hasta salir de sí mismo... entonces la vería alejarse al máximo, volverse un puro brillo en el cielo, como la gema depositada en el extremo del tiempo y de la vida.

Podía pensar (y casi casi debía pensar) que Hin era una formación mental suya. Que estuviera afuera de él era efecto de una operación de índole casi literaria, teatral, como cuando aparecía en escena junto al personaje real un demonio, con su mascarón bestial, y sólo los espectadores lo veían. La belleza paradójica de Hin, tan distinta del monstruo verde de ojos protuberantes, resultaba de un manejo análogo: era todo lo que él podía ver, y era lo que la convención del mundo (no sólo las buenas costumbres, sino lo que mantenía visible al mundo) le impedía ver en la realidad.

Las condiciones atmosféricas acentuaban la impresión, lo mismo que el peculiar estado de ánimo de Lu, derivado de su gesto reciente de «quemar las naves». Y no debía descartarse la posibilidad de que ambas cosas fueran una: las naves se incendiaban sobre el fondo de una fulgurante claridad, no a la noche.

La miraba en el silencio; las palabras habían sido para él, toda la vida, ocasión de desviar la mirada; era el ser más hermoso de cuantos tenía posibilidad de ver alguna vez. ¿No era redundante? Era hermosa, y se suponía que era suya. ¿No invalidaba ese pleonasma todo el razonamiento de su visión? Y si era así... Sentía el goce inexplicable de las vísperas del deseo. Se volvía eterno, para su uso personal. Contra lo que solía decirse, el amor era voluntario después de todo. Salvo que la voluntad no siempre era voluntaria, al menos todo lo voluntaria que debería ser.

Se fijaba en el peinado, la trenza anudada en forma de estribo que se bamboleaba graciosamente sobre la nuca. Si sus compañeros de escuela antaño lo habían encontrado muy a propósito para darle tirones bromistas, ahora Lu Hsin lo encontraba igualmente propicio para atraparla y llevarla consigo a la morada de los dragones, al cielo invisible de la primavera. No todas las mujeres (ninguna de las que había conocido, si lo pensaba un poco) traían consigo ese implemento para asirlas. Era más propio del sueño que de la realidad.

Se detuvieron y se sentaron en un talud desde donde se veían las montañas, de un gris rosado a esta hora. Lu fumó un cigarrillo mientras Hin le contaba volublemente anécdotas de la escuela. Pensando sólo en sus historias, los ojos de la niña se perdían en las alturas lejanas. Él los vio salir al aire, y girar como astros sobre ese paisaje inmóvil en el que sus propios ojos se habían extraviado tanto. Cuando se puso de pie le sonaron los huesos. La tierra estaba húmeda.

De regreso, Hin cortó del suelo unas hojuelas muy verdes con gruesas nervaduras blancas, en forma de abanico. Le preguntó cómo se llamaba la hierba.

—En realidad no es una hierba —le explicó él—. Son pequeños árboles siempre en embrión.

—¿Por qué tiene las líneas blancas?

—Bueno... no podría ser toda verde.

—¿Por qué tiene la forma de abanico?

—Es la más lógica para su cometido, que es atrapar el sol, como una pelota de *ping-pong*.

—Eso ya lo sé: las plantas se alimentan de sol.

—Y alcanza para todas.

—El sol es misterioso —opinó Hin.

—Ya no tanto. Es una especie de bomba atómica al revés.

Hin abrió mucho los ojos. En aquel entonces se hablaba todo el tiempo de la bomba atómica (porque estábamos a punto de fabricar una, decían). Pero la idea que se había hecho la niña de ese dispositivo, por lo visto, no encajaba con su idea del sol, ni siquiera al modo inverso. Lu Hsin le explicó que las que se usaban en la guerra promovían la fisión del átomo, es decir, la separación violenta (o delicada: era un modo de hablar y entenderse) de sus componentes; el sol, al revés, actuaba por fusión. Los efectos eran exactamente los mismos.

—Salvo que nosotros no hemos aprendido todavía a usar la energía por fusión, por falta de recipientes donde meterla. Ni siquiera la porcelana sirve.

—¿Y cuál es el recipiente del sol?

—La gravedad.

—Pero si el sol es una explosión, ¿no debería haber terminado ya?

—Hay explosiones lentas. Y además, algún día terminará.

Hin quedó un rato silenciosa, pensando, y después dijo:

—El sol tiene algo de horrible.

A lo que Lu Hsin asintió, pues era lo que siempre había pensado. Hizo el siguiente comentario:

—Empezamos hablando de una hierba en abanico, que en realidad es un arbolito que nadie reconoce, y terminamos hablando de sol. ¿No es curioso?

Ella no lo encontraba curioso. Dijo que todas las conversaciones evolucionan hacia temas distintos y, por otro lado, en este caso el hilo de las razones había estado bien a la vista. Y seguía estándolo, agregó señalando las hojas innumerables de los árboles y la hierba, que reflejaban, opacas o brillantes, la luz de la tarde.

Esas palabras fueron para Lu Hsin un motivo más para objetivarla. Los niños tienen temas distintos para cada persona con la que hablan. Ese solo hecho bastaría para desmentir el tan mentado ensimismamiento infantil. Después, durante toda su vida, la elección del tema de conversación sigue siendo una de esas deliberaciones solemnes a la vez que fugaces, en las que toda persona se abisma cien veces al día. El tema de Hin con él seguía siendo, en su proteica abundancia, el de las variaciones de la naturaleza. Entraba dentro de su convención referirse a los árboles, a la bomba atómica, o a las conversaciones de una tarde de primavera.

En la calle, frente a la casa, los esperaba Yin, sosteniendo por el manubrio la bicicleta a la que de inmediato trepó la niña. Lu Hsin encontró adentro una visita que lo complacía: el viejo Ma Chiang, director del Centro de Genética. Lu, que era un hombre más bien serio, e incluso podía pasar por melancólico, tenía una gran reserva de risas que salía a relucir con ciertos interlocutores que, por algún motivo, se sintonizaban con su estilo hilarante. A esas personas, que habían sido bastante raras en su vida, y por ello tanto más preciosas, las cultivaba sobremanera. Este hombre, al que había conocido un año atrás, cuando el establecimiento del centro, era uno de éstos. Solía venir temprano, y nunca se quedaba a cenar porque entonces empezaba su jornada. Trabajaba de noche, solo. De día trabajaba también, con los científicos que estaban a sus órdenes. No dormía mucho, como sucede con los viejos (y él tenía cerca de ochenta años). Mientras Lu preparaba el té, comentaron el tema que por entonces estaba en boca de todos: se planeaba la construcción de un aeropuerto militar en la Hosa. El viejo, con buenos contactos en las fuerzas armadas, había recibido esa misma tarde la confirmación de que la obra era un hecho. Lu, con todo, se mostraba escéptico:

—No veo qué podríamos hacer con los aviones, como no sea volar...

El viejo se reía sobre su taza de té humeante, que le empañaba los anteojos.

—En Occidente —seguía Lu—, hubo una etapa deportiva de la aviación, que nosotros nos hemos salteado. No habrá apuesta. Será solamente «volar».

—De eso se trata.

—Será demasiado placer sin mezcla.

—Pero tendremos miedo.

—Nos sentiremos más chinos todavía, imitando al Señor Saint-Exupéry.

Risas.

—No será un placer, ni un miedo lo bastante compartido como para incidir en nuestra nacionalidad —dijo Ma Chiang—. La gente del común no hará como los pájaros. Es posible que yo no muera, después de todo, sin haber volado... o usted...

—¿Prevé que me llevarán a algún sitio remoto a purgar mis excesos? —preguntó Lu Hsin sonriendo.

El viejo tardó un momento en comprender a qué se refería, hasta que recordó el artículo editorial de la *Gaceta*.

—¿Lo leyó? —le preguntó el dueño de casa.

—Con el mayor interés.

—¿Y le pareció...?

—Una obra maestra de... lo inofensivo sigiloso.

Lo festejaron con carcajadas. Ya estaban en plena jocundidad. A Ma Chiang se le empañaban todo el tiempo los lentes, y de los dos lados: de afuera, por su costumbre de inclinarse sobre la tacita de té; de adentro, por las lágrimas de la risa. Eso le recordó a Lu Hsin una anécdota, que le relató a su amigo. Unos años atrás, un militar de alta graduación asignado en la Hosa había tenido problemas con unos binoculares de campaña que debía usar constantemente en las maniobras que comandaba, porque tenía un ojo con algo menos de visión que el otro. Como Lu tenía prestigio de óptico en la zona, y el caso presentaba cierta urgencia que hacía imposible mandar a rectificar el aparato a la capital, se lo llevaron a él. Le bastó un somero examen para ver cómo podía hacerse el ajuste, sencillísimo; el general mismo podía hacerlo, probándolo hasta que quedara a su gusto. Dárselo a él había sido absurdo, porque se trataba de un asunto mecánico, no óptico. Anotó en una hojita el modo de hacer el ajuste, y la dejó junto a los prismáticos, que no tocó, para devolverlo todo al día siguiente y se fue a dormir. Pero a la mañana al despertarse, tuvo la completa y luminosa convicción de que él también, por contagio, se había equivocado de método. Hacerlo como se había propuesto habría sido el más garrafal error que un particular podía cometer en relación con la política: indicar que no era en su condición de poseedor de un saber determinado que podía ser útil, sino meramente como hombre inteligente. De modo que arregló él mismo el antejo, del modo difícil, usando las cifras de la diferencia de dioptrías entre los dos ojos del buen caballero. Fue un fino trabajo, de perito óptico. Lo mandó de vuelta sin una palabra.

—Lo curioso —terminó entre risas francamente alegres— es que no recuerdo cuál fue el razonamiento que hice antes y después. Sólo recuerdo que tuve una revelación, pero no pude reconstruirla... ni podré nunca, al menos si no se da la misma oportunidad, y el mismo peligro. Y no creo que vuelvan a darse.

—¿A darse qué? ¿Que un general miope...?

—Ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja.

Cuando el visitante se marchó, al crepúsculo, entró Yin, que había estado rondando la casa en espera del momento de poder hablar a solas con Lu. Parecía preocupado, pero evitaba el tema de su preocupación. Aun así, a Lu Hsin no le costó

descubrir de qué se trataba: temía que con el paso al estatus de opositor de su patrón, peligrase su beca para la universidad. Era conmovedoramente egoísta, como todos los jóvenes. Su maestro no se sintió ofendido en lo más mínimo.

—Irás a Shanghai, eso puedo asegurártelo. Pero aunque no pudieras, incluso aunque no quisieras, ¿crees que eso significaría algo? Hay otras universidades a tu disposición. La que elijas: Harvard, Oxford, la Sorbonne...

Yin lo miró con los ojos muy redondos. Nunca se le había ocurrido algo así. Eso también era típicamente juvenil, la falta de imaginación. Debía de creer que esos recursos estaban fuera de su alcance. Lu señaló la hilera de jarrones Song que tenía sobre el aparador.

—Bastaría con que vendiese uno solo de esos objetos —dijo—. Cualquiera de ellos haría ricas a varias generaciones de una familia, en Europa.

—¿Pero no sería muy difícil venderlos? —murmuró Yin.

—Para nada. Podría hacerlo hoy mismo. Nuestro amigo Hua P'i p'ei mantiene buenas relaciones con Sotheby's de Londres. —Se inclinó sobre la mesa y habló mirando el pecho del joven—. No debes preocuparte por nada, mientras sigas bajo mi protección.

Se reservaba los poderes de la eficacia. Yin se tranquilizó de inmediato, como por efecto de una magia. Pero a Lu se le había ocurrido otra cosa, que venía muy a punto. No podía desaprovechar la ocasión, que era ideal, para hacer algo más. No importaba que fuera gratuito: bastaba con que fuera verosímil. Eso siempre producía algún resultado. Además, era el método de su vida. Se dejó llevar por sus ensoñaciones. Durante toda la Guerra Fría había sido un ávido lector de ese vademécum de leyendas anticomunistas que es la revista Reader's Digest, y tenía presente, entre otras bellas ficciones, que la policía de los estados totalitarios utiliza los ficheros de suscriptores de ciertos periódicos para hacer listas de enemigos de la seguridad pública. Eso podía darle pie para basar un pretexto en otro: en esas series, que deberían ser frágiles y quebradizas y en realidad son sólidas como las torres de piedra, está la escala a los cielos. De modo que, con un mínimo despliegue de histrionismo, se manifestó preocupado por sus lectores, y le propuso al muchacho que lo ayudara a hacer algo al respecto. Yin había vuelto a su aquiescencia habitual, y se limitó a asentir con rostro neutro. Le dijo que viniera antes del amanecer.

Al día siguiente, Lu Hsin se despertó mucho antes de la hora de la cita. Se quedó acostado, pensando. Salvo que en realidad no pensaba. Algo en su cabeza se negaba a tomar el rumbo de los pensamientos, y hasta de los recuerdos. ¿Qué estaba haciendo ahí, quieto en la cama, en la oscuridad? No lo sabía. Era la pura vida, y nada se parecía más a la muerte. Como un sonámbulo, con movimientos breves y precisos, se vistió. Dio unos pasos hasta la puerta, la abrió y salió al jardín. La noche estaba templada y muy serena. No parecía una noche. Tenía razón la señora Kiu cuando decía que el clima de la provincia se había trastornado. Quizás lo que había sucedido era que se había desplazado: el diurno a la noche, el nocturno al día.

Había algo de imposible en todo, no sólo en que él no pudiera pensar. Lo había en la hora, en todas las horas. O en la niña, que dormía, inexorablemente presente, como el corazón de la casa. Dio la vuelta hasta la ventana de su dormitorio: sólo se veía lo negro del espacio. Todo era imposible, y el mero hecho de decírselo valía tanto como una huida del mundo. La casa misma no se veía, situación inimaginable. Se retiró unos pasos por el jardín, y la miró, hasta verla dibujarse, en negro sobre negro, por la pura fosforescencia de lo imposible e impensable. Extraía de la sombra misma un fulgor de lo oscuro, del que se envolvía como de diez mil aureolas.

Era una antigua caja de té, a la que le había sido impuesto otro uso, heterogéneo, casual. O el té sin la caja. Y cuando se volvió hacia las montañas, también invisibles, creyó verlas como los cubos de un sueño, masas pequeñísimas al alcance de la mano.

Una hora después, se insinuaba la primera claridad del día, y hacía calor. Llegó Yin, hinchado de sueño todavía. Se pusieron a trabajar de inmediato. Fueron a la oficina y sacaron el archivo de suscriptores (un mueble-cito circular, con varios miles de fichas) y lo cargaron entre los dos hasta el fondo del jardín. Lu había escogido para enterrarlo el sitio donde un año atrás habían muerto aquellos tristes patos. El se excusó de cavar, porque no necesitaba hacer ejercicio, y tenía una sola pala, y el hoyo que había que hacer no ameritaba que trabajaran dos. Además, a Yin no le molestaba hacerlo solo. Se quitó la camisa y puso manos a la obra, mientras Lu se sentaba en el zócalo de la medianera y lo miraba. En unos segundos el torso del joven estuvo cubierto de sudor, y la luz gris del Oriente nuboso lo hacía resplandecer.

La mirada de Lu Hsin, al cabo de varios días (¿o de muchos años?), había encontrado un objeto de veras fascinante. El pensamiento volvía, anunciándose muy despacio, con pasos aterciopelados. Se sentía una estatua, un ser de piedra. El movimiento constante de los músculos de Yin era el mar, en cuyos bordes enterraban, como en un cuento de piratas, un tesoro. Con el progreso de la luz, el cielo se cargaba, detrás del joven apolíneo y oscuro. El trabajo estuvo terminado de pronto, la tierra apisonada. Yin le preguntaba si podía darse una ducha con la manguera, y él mismo dirigió el chorro de agua fría contra su cuerpo. Hacía mucho calor, y la luz se había hecho dorada. En la ventana de la casa de al lado estaba la cara blanca de la señora Kiu. Al otro lado, en su ventana, la del señor Chao. Yin se vistió y se marchó.

Una vez solo, Lu volvió a sentarse, pensativo. Había experimentado, durante el alba, el deseo de pensar. El nacimiento del deseo exigía siempre un mecanismo fantásticamente novedoso, nunca visto, uno de esos extremos de ingenio a los que llega la humanidad de vez en cuando, y que quedan registrados en los libros. Y junto a uno de esos mecanismos, por la ley de proliferación que dominaba la mente, había otro, su sombra, al que había que ajustarse cuando el primero se desvanecía. El amor era una sombra, pero del amor nadie sabía nada, porque nada se sabe de las sombras. Lo que nace no arroja sombras, sino destellos. Pensar no es saber.

Como todo hombre de espíritu mandarín, Lu había acariciado la idea de la sodomía, pero sin tomarla nunca en serio. Le parecía que era una de esas pruebas a la

vez triviales e insondables que suele plantear la realidad a la gente, como una madre exigente que quiere saber si sus hijos la merecen. Ahora, de pronto, advertía que bastaba proponérselo para hacerla real. Sería un toque de justicia poética: las montañas, que lo habían vigilado siempre con sus ojos verdes, lo castigaban condenando al más completo absurdo toda su vida anterior. No eran sólo los ingleses: la Naturaleza también amaba el *nonsense*. Era un vértigo, un verdadero entreacto: su niña se hacía irreal, el tiempo se volvía una trampa a posteriori, y él salía vivo, brillante y plateado, como un pez que salta de un torrente a otro impulsado por el mismo resorte sobrenatural del agua que había respirado toda su vida.

La imagen patente de la reducción al absurdo de la pequeña Hin fue tan abrupta y convincente que debió apoyarse en el muro para no caer. Acto seguido, se sentó, y encendió un cigarrillo, tratando de tomar distancia de sus emociones. Después de todo, se dijo, él siempre había sido un hombre cortés, y no podía transformar en nada, por un capricho (o un error de cálculo) a una niña tan dulce. No podía aprisionarla en sus pensamientos, ni en los nuevos ni en los viejos. ¿Pero qué hacer entonces? ¿Qué hacer? ¿Debía reconocer que se había equivocado, así no más, por pura precipitación, después de esperar una década? ¿Debería amar a un muchacho, después de todo? ¿Igual que los maricas?

Suspiró. Nunca en su vida se había sentido tan desconcertado. Pero era inútil reflexionar. Decidió volver a acostarse y dormir. El destino nunca abandonaba por completo a nadie. Entró a la casa en puntas de pie.

En los días que siguieron, quedó bien demostrado que los efectos prácticos de su artículo serían nulos. El periodismo al menos daba esa seguridad. Quedó como un acontecimiento íntimo, pero todo era íntimo en la vida de Lu Hsin. Aunque había sido bien leído, con más atención que sorpresa, y sí tuvo efectos, inmensos y atronadores, en la historia. El stalinismo tocaba a su fin en el país; tras él se anunciaba la aurora de la más fantástica confusión que hubiera reinado nunca sobre la faz de la tierra. Tuvo que ser Lu Hsin el que la trajera a la superficie, en el papel de tramoyista de sus malentendidos privados. Y lo que sucedió entonces fue, aunque no hayan sido otras cosas, una grandiosa comedia de enredos (no el texto: la puesta en escena). Se llamó «la Revolución Cultural».

Los padres de Yin eran dos campesinos delgados, vestidos de azul, y sorprendentemente jóvenes para tener un hijo de diecisiete años. Gente muy aplomada, que nunca se reía, aunque Lu Hsin no podría asegurar plenamente esto último porque no los había tratado mucho, y lo que parecían en esta ocasión no debía de ser característico: la partida del hijo, o los conmovía, o los dejaba indiferentes, y ninguna de las dos emociones era para soltar la risa. Aunque, si lo pensaba bien, no recordaba haber visto reírse mucho a Yin en todos estos años, y ni siquiera sonreír con frecuencia. El giro peculiar de la cortesía del joven lo hacía mortalmente serio.

Sus tres hermanos también estaban presentes, tan adustos como los padres. Eran menores que Yin, entre los doce y los quince años, todos altos y delgados. Se mantenían al margen, obviamente se hallaban incómodos, y se habrían dejado cortar los brazos antes que estorbar en los últimos preparativos. Quién sabe por qué motivo la familia entera había ido a dar la última despedida al hijo mayor a casa de Lu, donde los recogerían los comisarios de viaje para llevarlos al aeropuerto militar.

La señora Whu había hecho desde el comienzo como si no los viera. No quería tomarse la molestia. En realidad, hacía como si no viera a nadie; entrecerraba los ojos, decidida a permanecer ajena. Hin en cambio los había convidado con té, trabajo que no pudo tomarse Lu ocupado como estaba decidiendo qué llevaría. Había dejado para último momento la preparación de su bolso, para no darle a su ausencia una importancia mayor de la que tendría, y como era por quince días, estaba indeciso respecto de las dimensiones del equipaje: a la vez demasiado poco tiempo para llevar mucha ropa (especialmente por cuanto estaban en verano), pero no tan poco como para ir con lo puesto y una muda más, como había hecho siempre en sus viajes, que nunca habían sido tan demorados, y tan lejos. A su edad, conocería Pekín. Pero nadie de los que estaban presentes esa mañana conocía la capital. Sentía que podía ser de mal gusto quitarle toda importancia al asunto.

Les dio recomendaciones a la señora Whu, que no prestó atención, y a Hin, que le dio la impresión de que le prestaba un exceso de atención. De modo que no dijo mucho. Pensaba, molesto, que la casita no mantendría su cohesión durante la quincena. ¿Y no era acaso una dispersión, la casa misma, no había seguido durante estos últimos quince años un proceso de desvanecimiento en el espacio? Ya era un solo ambiente, abierto por los cuatro costados al exterior (una cuarta parte de la casa se había vuelto galería exterior). Después del desmantelamiento de la oficina el año anterior, al cesar la aparición de la Gaceta, la salita se había ampliado, y los tres dormitorios habían perdido sus tabiques, transformados en biombos plegadizos. Todos los que la visitaban coincidían en que era la casa «más rara» de la Hosa. Era coherente que ahora, de pronto, su dueño y constructor saliera volando por los cielos.

Al fin de cuentas no habían desayunado, con el trajín, y a esta hora no valía la pena almorzar; él por su parte no lo lamentaba, pero le preguntó a Yin si no quería

comer algo. Se sentaron y tomaron una taza de té con un bizcocho, y hubo un momento en que todos los otros (a los que se había sumado la señora Kiu) estaban alrededor de la mesa en silencio mirándolos comer.

Hasta que oyeron el ruido del camión que los venía a buscar. Se despidieron deprisa, nerviosos, y subieron a la cabina, donde además del soldado que manejaba había un oficial al que Lu conocía.

Atravesaron la aldea en una nube de polvo, y tomaron el camino ascendente hacia el aeropuerto, que dos años después de su instalación seguía siendo muy primitivo, de tipo provisorio. El oficial los llevó a tomar té, y les presentó al piloto, un hombre de unos cuarenta años, de uniforme arrugado, que habló poco. Estuvieron cerca de una hora en las barracas, y a Lu le divirtió ver el modo en que trataban a Yin, guardia rojo de prestigio en la provincia. Un colegial maoísta como él, pura adolescencia y obviedad, estaba tan lejos de la realidad como se podía estarlo, y sin embargo estos hombres que dominaban la mecánica y la técnica de objetos tan reales como los aviones mostraban una deferencia permanente hacia su persona. Por lo visto, representaba un misterio. Era muy saludable para un intelectual representar al misterio de la mente.

Al fin los invitaron a subir al avión; era un cuatrimotor muy bien pintado por afuera, pero por dentro algo maltrecho. Había una decena de asientos atornillados al fuselaje, y sólo habría un pasajero además de ellos dos, un oficial del ejército, viejo y enfermo, con cara amarilla de mandarín. La tripulación parecía compuesta de jovencitos gordos presas de la distracción. Se ajustaron los cinturones, como les habían dicho que debían hacerlo para el despegue, y esperaron.

El avión corrió un poco sobre el terreno, de pronto dio un salto y empezó a inclinarse. Lu miró por la ventanilla: increíblemente (habría jurado que la inclinación era imperceptible, y que habían subido unos pocos metros) tenía el horizonte en una línea casi vertical delante de él. Yin estaba pálido y miraba el vacío. Vio dar una vuelta completa, en el sentido de las agujas del reloj, a la línea del horizonte. Estaban girando para apuntar al norte, adonde se dirigían. A medida que ganaban altura, más despacio parecía ir el aparato, hasta que fue como si se detuviera. «Ahora nos caemos», pensó Lu. Pero no sucedió tal cosa.

Por el contrario, desde allá arriba, para su maravillada sorpresa, tuvo la visión de toda la Hosa. Estaban muy, muy alto; como los pájaros, o más. Allá abajo veían las aldeas... La que estaba más cerca, abajo del avión —pero ya la dejaban atrás— era la suya. Las casas parecían iguales, rastros de animales pequeños, construcciones sin seriedad, dibujos vanos. Toda su vida había transcurrido ahí. Pero no pudo distinguir la suya, o no se tomó el trabajo de buscarla. La vida de los hombres se desarrollaba en esa clase de ciudades, y podía transcurrir una vida entera sin que salieran de ella (Kant nunca había salido de Königsberg) e incluso sin mirarla desde tan alto (Kant, como es obvio, nunca había volado en avión).

De inmediato, en una especie de quietud móvil que no había experimentado antes,

otra aldea, igual a la suya...

¿O ésta era la suya? ¿O ninguna de las dos? Y una tercera, y la cuarta, como puñados de piedrecitas arrojados al azar en las praderas. Y entre ellas el Qu, en el que demoró largamente la mirada. Tal como le habían dicho innumerables veces los viejos, el curso original del río había desaparecido con los distintos trabajos hidráulicos. Pero ese curso original en realidad no lo era tanto, porque ya desde época inmemorial el Qu había sido puesto al servicio de los cultivos de la Hosa. Le parecía en cierto modo que estaba mirando algo así como su propia obra, un dibujo que él había venido haciendo lentamente, sin proponérselo, a lo largo de los años. Y si hubiera pensado alguna vez, durante esos años, que la línea terminaría formando un dibujo inteligible, ahora podía comprobar que no era así.

Después del río, otros objetos se dieron a ver, mucho más intratables: las montañas. Las montañas Verdes se veían verdes a la luz del mediodía de verano, pero más aún se veían sólidas, grandes como un vuelo que otro hubiera hecho antes que él. Se dijo que en el caso de haber tenido ese panorama ante la vista durante largo tiempo podría haber llegado a entender la pasión estética de los occidentales por las montañas: vistas desde abajo, eran una grandeza que colmaba nuestra necesidad; desde arriba, eran lo necio materializado colmando la grandeza de nuestros sueños. En cualquier sentido, sugerían lo real. Aunque en su vida, qué curioso, habían sugerido quizás otra cosa.

Considerado todo lo cual, el viaje en avión se le ocurría una forma primitiva de la pintura, incluso una forma previa de la pintura, que casualmente había sucedido después. Al mismo tiempo, confirmaba lo que siempre había pensado de los mapas, esa inutilidad que derivaban de la visión perpendicular, con la que todo se volvía igual. Que el hombre lograra llegar a esa forma de visión en algún momento de su vida no significaba nada especial: él mismo podría no haber viajado nunca en avión, de no haber sido por la invitación del Partido, y el ingreso de Yin en la universidad. No, definitivamente la pintura estaba en un alba lejana respecto de la mirada del hombre. Era extraordinariamente inactual. La ciencia del futuro, para la cual era inevitable saltar el presente. Había más bien que retroceder en la historia para hallar algo que explicara su advenimiento en el porvenir; si la pintura era el procedimiento opuesto a la cartografía, sería preciso remontarse a aquellos reinos combatientes en los que todavía, por ausencia de paz, no se suponía que pudiera haber relatos de guerras, sino sólo el fragor del combate en el que no hay punto de vista posible, apenas el giro y el espanto de evitar la muerte prematura. En ese caso, ¡qué pérdida de tiempo era viajar en avión!

Y entonces... entraron en una nube, suave y fluidamente, sin aviso previo. Y Lu debió desdecirse de todo lo que había estado pensando hasta ese momento, a medida que se adentraban en esas magníficas nieblas suspendidas. Todo se borraba... y el ciclo de la pintura se había cumplido. Porque ahora entraba un elemento extra: la poesía algo esnob de saber que esa niebla constituía una nube, una de las maravillosas

nubes que se veían desde la tierra, como lo inalcanzable. Entonces, había que mudarse de ojos, hacerlos ajenos para siempre (sobre todo porque aquí adentro no se veía nada) y mirar hacia arriba con ellos.

Yin se había recuperado, y ahora miraba con aire pétreo la nube que tocaba la ventanilla. Lu Hsin dormitó brevemente, por efecto de la altura, y tuvo una visión fugaz de Hin en la casa. Se despertó no bien la hubo reconocido y se volvió hacia Yin, a quien vio atento, mirando siempre en dirección a la ventanilla.

—¿Querías casarte con Hin cuando termines los estudios? —le preguntó—. Supongo que ella te esperaría con gusto.

Yin pareció sobresaltado apenas una fracción de segundo, y después pensó un momento algo más largo (pero se notaba que no era una reflexión de verdad; hacía «ritmo», en el tiempo compacto de reacción a una trampa), y apartó la vista de la ventanilla.

—No —dijo.

Era lo que había supuesto, después de todo. Yin era un joven convencional, y seguramente sus sueños se limitaban a casarse con una condiscípula de la universidad. Los guardias rojos eran terriblemente convencionales. Estaba bien así. Era un mecanismo de supervivencia. Además, Lu no había decidido nada respecto de Yin en los dos años transcurridos desde su iluminación en el jardín: no sabía siquiera si debía amarlo. La alternativa real coincidía con la duda que supuestamente debía resolver: eran pensamientos ligeramente fuera de lugar. El mismo se sorprendía en accesos de extrañeza: si realmente era un sodomita (y había llegado a viejo sin saberlo), debería actuar en consecuencia. Y si no lo era, ¿qué motivos tenía para confirmarse en el mundo? Por momentos sentía que en su vida, en su larga vida, había habido un error, pero no acertaba a encontrarlo. ¿O sería un error difuso, hecho de pequeños fragmentos que debía armar como un rompecabezas? Ni siquiera así. La vida le parecía algo demasiado monótono y homogéneo como para aislar un detalle y cargarlo con un significado especial.

Después de una prolongada ensoñación, volvió a mirar por la ventanilla y vio que habían salido de entre las nubes: la tierra estaba visible, y siguió así durante casi toda la tarde. Y allá abajo se desplegaba la China, el país más grande del mundo, el más bello y laborioso, patria de las artes y las ciencias, cuna de la Revolución. Era delicioso verlo, y al mismo tiempo imaginarlo. Todas esas personas... ¿Cada una habrá hecho lo que yo?, se dijo Lu. Pasaban sobre campos meticulosamente recortados, sobre arrozales que brillaban como espejos, sobre pasturas de caballos que eran miles y miles de puntos negros sobre un verde brillante, sobre ciudades que desde lo alto parecían maquetas, sobre ríos con barcos y carreteras como hilos sinuosos. Sí, qué duda había, todos habían hecho lo que él, y más también. Sólo había que saber verlo.

Y esa visión lo llevó a pensar otra cosa, en la que no pudo dejar de sentirse perplejo. Pensó que él mismo, con su sentido práctico, con su utilidad enciclopédica,

con sus idas y venidas y mil ocupaciones... siempre había sido un patriota. En ese sentido, no tenía nada de extraño que el Partido Central lo invitara a hacer una visita a la capital, acompañado de su discípulo Yin Chiang-He. Quizás no lo habían pensado, pero de todos modos habían acertado.

Entonces vio a Pekín en el horizonte, toda en blancos y rojos, inmensa y misteriosa como una aurora.

En realidad, la excursión se demoró algo más de quince días, porque al cabo de su visita a la capital fue invitado a unirse al *tour* a la Gran Muralla que se organizaba semanalmente. Iría sin Yin, que se despidió de él para marcharse a Shanghai. Lu Hsin no rechazó la invitación, por cierto, pero de todos modos demoró su entusiasmo. La Gran Muralla siempre le había parecido un fenómeno imaginario, y se decidió a recorrerla, si eso era lo que se hacía, con la displicencia de lo inevitable. Cuando uno se ha pasado toda una larga vida pensando en un objeto, puede resultar incómodo ser transportado a los pies mismos de ese objeto, donde la admiración sólo puede manifestar una pálida obviedad.

Para colmo, lo afectó un virus un día antes de salir de Pekín, y al llegar al Hotel de la Muralla pasó dos días en cama, sin poder acompañar al contingente de personalidades. Pusieron a su disposición un avión militar para regresar directamente a la Hosa, y el día antes de abordarlo, un jueves (le pareció astrológicamente apropiado) por la tarde, un día fresco y verde, se presentó solo para hacer el reconocimiento, acompañado del guía, que era un cuadro de mediana edad.

—Aquí está —dijo el guía cuando se apearon del *jeep*—. ¿Se la imaginaba así?

Lu levantó la vista.

—Más o menos, o ligeramente más baja.

—Es que estamos demasiado cerca. ¿Preferiría retroceder un poco? Claro que después habría que volver.

—Puedo seguir imaginándome que estoy ligeramente más lejos, si es por eso —dijo Lu, que deseaba a toda costa evitarle trabajos inútiles a este buen hombre.

—¿Quiere que entremos?

—Oh... De modo que se «entra».

—¿Para qué creía que servían esas puertas, si no?

—Debí haberlo pensado... Pero confieso que no se me cruzó por la cabeza.

—Es curioso: las cosas reales y tangibles tienen ese efecto.

Entraron. El guía le advirtió que tendrían que subir escaleras.

—No hay problemas —dijo Lu—. No sufro de vértigos.

—Por suerte la altura de los peldaños es perfectamente regular.

—Es una modesta virtud que tienen casi todas las escaleras.

—Lo felicito por su benevolencia. Si usted fuera a todas partes con un centímetro en el bolsillo, cambiaría de opinión.

—Me temo que también cambiaría la opinión de mi distinguido prójimo sobre la solidez de mi razón.

—Ya llegamos. Acérquese a este lado. Es el lado que importa. Aunque ahora, todo es la China.

—Siempre lo fue.

—No crea. En fin... Caminemos un poco, si quiere.

Caminaron una veintena de metros por la muralla. El guía vio que la mirada de Lu Hsin se perdía en la cinta sinuosa por las colinas.

—No me pregunte cuánto mide. Debería saberlo, pero de vez en cuando las cifras se me borran. —Se quedó pensativo unos pasos—. En realidad, no sé gran cosa sobre esta... edificación. Supongo que un historiador aplicado podría darle más datos.

—No tiene importancia.

—Yo solamente estoy aquí.

—Ya veo.

—Ejem. ¿Por dónde querría empezar?

—Bueno... —dijo Lu un tanto desconcertado. Por su parte, había creído que ya estaban terminando.

—Usted dirá que no hay por dónde empezar. En cierto modo, es como si la Muralla fuera circular.

—Tiene algo de eso.

—Es la impresión que debería dar. Pero hay una diferencia de peso entre los guerreros y los turistas.

Había una gran luna diurna, ligeramente amarillenta. El guía se la señaló.

—¿Sabe lo que dicen?

Lu hizo un gesto afirmativo. «La única construcción humana que se vería desde la luna es la Muralla China».

—Desde niño me han intrigado los lugares comunes —dijo el guía—. ¿Por qué tienen que hablar siempre de ese espectador en la luna? ¿Y cómo pueden estar seguros de que realmente vería la Muralla?

—Supongo que algo tienen que decir.

—Sí, pero aun así es tristísimo.

—Que haya un hombre en la luna —lo rectificó Lu con calculada solemnidad—, es extraño.

—En efecto: sería un hombre menos en el mundo. Eso es consolador. De hecho, todo el asunto tiende a una identificación de la Muralla con la luna, pero no acierto a entender con qué motivo se lo pensó por primera vez.

—Quizá quiere decir —arriesgó Lu— que la China está tan apartada del mundo como la luna.

—Es una posibilidad. Sí, podría ser.

Siguieron caminando rumbo a la tronera siguiente. Estaba más lejos de lo que parecía a primera vista. Unos turistas a lo lejos se hundieron en un seno y dejaron de verlos. Ahora les parecía estar inmensamente solos.

—¡El gran monumento al keynesianismo! —exclamó inesperadamente el guía.

—¿Qué?

—Según lo veo yo, que soy un autodidacta, señor, la construcción de este dispositivo no sirvió más que para su construcción.

—¿Para dar mano de obra?

—Sí. Pero trascendentalmente.

—Ahora que la veo en persona —dijo Lu asomándose una vez a la cara norte— debo reconocer que no me parece tan desatinada.

—Lo es, lo es. Mucho más de lo que parece. Es simplemente una mala idea geográfica.

—Quizá en la estrategia de la época...

—Oh, no hay épocas en eso. El arte de la guerra es lo único que se mantiene igual. Es como si los antiguos hubieran tenido aviones. Exactamente igual.

Lu no le pidió explicaciones por esta aseveración tan curiosa. Estaban a medio camino entre las dos troneras, y se detuvieron a fumar un cigarrillo.

—Además —dijo el guía—, aquí en realidad nunca hubo guerras. Y no porque esto haya servido como disuasión. Usted sabe... hay un momento en que las guerras se vuelven inútiles, y en nuestro país siempre lo fueron.

—Pero no pensemos en guerras reales —dijo Lu, pensativo—. Supongamos dos ejércitos posibles, uno de un lado y otro del otro de la muralla.

El guía soltó una carcajada.

—¡Qué estorbo inenarrable! No podría estar más de acuerdo con usted, señor.

Arrojaron las colillas, las vieron recorrer un arco rectificado por la brisa, y siguieron caminando.

—¿No trajo una cámara?

—No, desdichadamente no tengo.

—No sé qué otro recuerdo podría llevarse de este sitio.

—¿Se fotografían mucho aquí?

El guía abrió los brazos:

—¡Todo el tiempo! Es chocante.

—Se me ocurre una cosa: ¿qué hay abajo?

—Nada.

Lu asimiló la información, pero no se sintió capaz de hacerlo «trascendentalmente».

—De todos modos —dijo—, es una lección de arquitectura.

—Ah, si vamos a empezar con eso. No veo qué lección puede haber en levantar una pared.

—Están las dimensiones...

—Lo que sucede, señor, es que siempre están las dimensiones, así haga usted un retrete.

—Me refería a las dimensiones grandes.

—Son las más constantes —dijo el guía.

Lu Hsin le dio la razón en su fuero interior. Pero se explicó:

—Cuando se superan ciertos límites, siempre se choca con la idea de la repetición.

—Aquí hubo una buena dosis de eso.

—Siempre hay una buena dosis de eso —dijo Lu parodiándolo involuntariamente. El guía lo miró, con cierta sorpresa.

—¿Se refiere al amor?

—¿Por qué me lo pregunta?

El guía se encogió de hombros. Ya llegaban a la segunda tronera, que era exactamente igual a la primera.

—Por aquí también podríamos bajar.

Lu Hsin se mantuvo impávido.

—¿Quiere que volvamos? —le preguntó el guía.

—¿Qué otra cosa podríamos hacer?

—Podríamos seguir caminando por aquí arriba hasta sentirnos absolutamente aburridos.

—No lo dudo. Volvamos.

Emprendieron lentamente el regreso.

—Qué hermosos cielos —dijo Lu por decir algo.

—Toda una lección de arquitectura.

—No creo que nos estén mirando desde la luna.

El guía se volvió a mirarla.

—No, ni siquiera como metáfora.

—Pero todo esto —dijo Lu— es una gran ocasión poética.

—Supongo que es por eso que no la echan abajo. Hay algo que conmueve en la cuestión en general, pero nadie acierta a localizarlo. Yo sostengo que esta Muralla tiene un toque psicológico. Uno se pregunta: ¿Qué será de nuestras vidas?

—Habría que pensarlo detalladamente.

—Yo lo hago, señor, cada día que pasa. He abandonado los estudios, a los que fui tan dado; este trabajo no predispone al progreso intelectual. Pienso, vagamente, es decir, enumero, mis renunciamientos mundanos. Pero también los veo en general, como un círculo recortado en el viento. A mi modo, soy un taoísta. Cuando uno lo ha abandonado todo, puede decirse que le queda la contemplación del vacío, y es lo único que veo aquí donde todo el mundo ve el espectáculo más memorable de sus vidas... ¿Quién no ha pensado mucho en la Gran Muralla? Pues bien, vienen a verla. Yo también la he visto. Pero eso no me dispensa de la existencia. Y lo más curioso es que no es un punto extremo, sino un borde, un borde desmesurado. —Se quedó en silencio unos pasos, y después dijo—: Me siento como un exilado. Ya no sé dónde vivo.

—Yo volveré a mi casa mañana mismo.

—¿Tiene esposa?

—No.

—¿Qué hará?

—Hasta hoy mismo creía amar a alguien, muy secretamente. Ahora empiezo a ver que no vale la pena. Ya sabe... —dijo señalando la Muralla y el horizonte—: tendría que reemplazarlo por otro que lo significara plenamente, y esperar muchísimos años a que se volviera real, y después... habría que ver si lo real resulta realmente real...

—Entiendo. ¡Cómo no entenderlo!

Pasaron dos años, que parecieron breves como un parpadeo; o mejor dicho, no parecieron nada. No hicieron analogía. Los vivos estuvieron vivos, los muertos muertos, y algunos de los primeros pasaron al rango de los segundos. Dos veranos, dos otoños, dos inviernos, dos primaveras... No un espécimen de cada estación, como lo exigía la naturaleza para manifestarse simplemente, sino dos, como lo pedía la supervivencia, la más modesta e insignificante. Y fueron estaciones netas y persuasivas, marcadas como estampas, cada una cargada con sus emblemas propios, nunca con los ajenos. La tierra se pintaba y despintaba, se vestía y desvestía, y la gente lo notaba precisamente en sus funciones. El clima era demasiado utilitario para ser real. Servía a su cometido. La Revolución Cultural había dejado al país más campesino que nunca, lo que es mucho decir tratándose de la China. Se vivía la apoteosis de lo campesino, y como Lu Hsin se adaptaba a todo, esta vez escribió un enorme Tratado de Agricultura, cuya publicación, en cinco gruesos tomitos encuadernados en plástico, fue saludada cinco veces como un acontecimiento de la máxima utilidad. Hizo una docena de viajes en avión por cuenta del Ministerio de Asuntos Agrarios, conoció regiones cuya configuración jamás habría podido imaginarse por sí solo, agregó un tomo extra de apéndices a su obra... y así y todo, a despecho de la creencia de que los viajes hacen más lento el tiempo, los años y las cosas se sucedían muy rápido, en algún momento ya habían pasado y no había nada más que decir. Se preguntaba si esta sensación, que ya no tenía nada de psicológico, no sería un epifenómeno del concepto de «la revolución permanente».

Sea como fuera, lo campesino era lo único autónomo por derecho propio, y en ese flujo de temporadas la China bien podía eternizarse. Era tranquilizador. Promovía un profundo y reparador sueño nocturno.

Al fin de cuentas, la agricultura resultaba la definitiva ciencia de los paisajes. La mayor proeza que podía esperarse del sueño era lograr que en esos escenarios sucediera algo inesperado. Pero también existía una ciencia de los sueños. Además, a los paisajes «se volvía» una y otra vez, sin cesar, año tras año, como sobre soportes eidéticos que encima fueran reales. Las estaciones eran sueños: daban el «tono» del día, y se las olvidaba infaliblemente cuando la realidad volvía. Pero la realidad a su vez se hacía huidiza, se escamoteaba en sus variaciones.

Como lección de todo lo cual había estado el caso de la señora Whu, caso que se resumía en su desaparición de la escena, pero más allá del resumen tenía tantos matices y reverberaciones que era como si todo estuviera por resolverse todavía. Los hechos fueron éstos: en cierta ocasión a la señora le llegó la noticia de que había muerto su padre, y sin dar ningún anuncio, de la noche a la mañana, empacó sus cosas y se fue. Decisión sorprendente, a todas luces; no sólo por cuanto estaban en un país socialista, sino por los escasos miramientos que representaba para con el hombre que le había dado casa y trabajo (aunque ella no había trabajado gran cosa) durante

una década y media, y con la niña a la que había criado casi desde su nacimiento. Casi podía decirse que se había marchado sin despedirse, salvo que a último momento, con la valija en la mano, se acordó de decir que se iba. Su padre había dejado una casa, y ella corría a tomar posesión. Al parecer tenía un hermano, insólitamente codicioso, que vivía en algún lugar remoto, esperando, y era imprescindible adelantársele.

Pero entonces los dos más viejos amigos de Lu, Wen Tsi y Hua P'i p'ei —de quienes por supuesto ella no se había despedido, tampoco—, mostraron señales de inquietud. Uno tras otro emprendieron el viaje necesario para recuperarla, no sin antes demorarse en cavilaciones durante el prolongado lapso de un año, hasta que la decisión de obrar, abrupta, cayó sobre ambos con urgencia repetida, y multiplicada en espejo.

Lu trató de apartar el tema de su mente en la vida cotidiana, pero no le resultó fácil hacerlo. Durante todo ese año de indecisión, los dos solterones frecuentaron gravemente su casa, con ceño preocupado. Si habían descubierto el amor, se decía Lu, no podían sino sentirse preocupados. Nadie habría dicho, a priori, que podía despertar ese sentimiento una señora mayor, por no decir vieja, y que bebía en exceso. Pero nunca se podía estar seguro. Además, ellos dos también envejecían, y vaciaban las botellas con pasmosa habilidad. Al menos, se evitaban entre sí con prudente cortesía. Y no hablaban del tema. ¿Qué habrían podido decir?

De los viajes sucesivos que emprendieron al fin, no predijo nada bueno. Pero era todo lo bueno que podía predecirse. Una oportunidad de quince años de extensión era, después de todo, una sola oportunidad. Después venía la segunda. Resultaba, vista en conjunto, una de esas tramas de amor que empiezan aparentemente tarde, cuando la trama general de la vida ya está en pleno movimiento, incluso cuando parece haber agotado su movimiento. El secreto la mantenía joven; el descaro podía hacerla mucho más joven todavía. Por eso Lu Hsin reservaba cierto optimismo en el caso.

Por su parte, soñaba a veces con Yin, que cosechaba grandes triunfos académicos en Shanghai, y había desaparecido, también él, de sus vidas. Lu Hsin lo había descartado, suavemente. Era apenas el modelo de un amor que no sabía, seguía sin saber, si era el suyo. Si lo era, su vida había sido inútil, de eso no había ninguna duda. Pero se había reconciliado con la idea de la inutilidad. Lo entristecía solamente la perspectiva de morir en un estado perplejo, suspensivo. En sus sueños se le aparecía desnudo, inmóvil. Era como si lo viera en una pantalla, y ésta fuera la superficie de sus sentimientos. (Y él fuera el espectador en la oscuridad.) Lo hacía pensar en el cine, arte que nunca antes le había interesado especialmente. Se le ocurría lo siguiente: en Occidente, en Estados Unidos sobre todo, donde toda extravagancia se ponía en práctica, ¿no habrían hecho películas donde se vieran hombres desnudos? Era un poco excesivo, lo concedía. Pero si estaban en los sueños, que siempre vienen después, ya debían de estar en el cine.

De modo que Lu e Hin se quedaron solos en la casita. Ese año ella cumpliría dieciséis, y la sangre montañesa se había revelado plenamente en su físico: era pequeña y robusta, muy, muy fuerte, con la piel más bien oscura y de un pulido incomparable, los ojos más negros que pudieran concebirse, los movimientos muy ágiles. Era la chica más bonita de la aldea, quizá de toda la Hosa, y una de las más inteligentes también. Se había graduado, con honores sin precedentes, en la Escuela de Agricultura, y figuraba como coautora del último tomo del tratado escrito por Lu.

Desde que se quedaron solos ella empezó a cocinar; antes lo había hecho casi siempre Lu, a quien le vino bien el relevo. Pasado el momento de extrañeza al quebrarse una rutina que los había acompañado desde siempre, se adecuaron a nuevos hábitos simplísimos y austeros, que eran los de antes, con las modificaciones lógicas del tiempo. Las amistades de Hin llenaban la casa, pero por las noches tenían largas veladas a solas en las que disfrutaban de la conversación o el silencio, o jugaban una partida de mahjong, tanto más complacidos en la intimidad cuanto que este invierno fue lluvioso e inclemente.

Una noche, poco antes de acostarse, estaban tomando té y Hin le preguntó, después de haber pasado un rato sin hablar, «por qué no se había casado».

Lu, a quien estas palabras sacaron de otro rumbo de ideas, muy diferentes, sólo atinó a responder:

—Pero yo me casé, una vez.

—Quiero decir —aclaró Hin—, después de enviudar. Cuando hubiera podido volver a hacerlo.

En un cuarto de siglo, nadie se lo había preguntado, unos por cortesía, otros por presumir sabida la respuesta, los más porque no les interesaba. Eligió una explicación cautelosa:

—Es que he hecho tantas cosas...

—La gente —dijo la niña— suele hacer eso antes que cualquier otra cosa.

—Es que yo en realidad no he hecho nada —proclamó Lu con repentina convicción.

Hin asintió. Dijo, con extraordinaria delicadeza:

—Me preguntaba si había un motivo.

Lu se permitió un esbozo de sonrisa:

—No es sólo el motivo. También hay que tomar en cuenta la oportunidad.

—¡La oportunidad es el amor! —dijo ella, repitiendo un lugar común que estaba de moda en aquel entonces. Él reaccionó con una de sus habituales paradojas (que en este caso, pero secretamente, no lo era tanto):

—Las oportunidades, las he dejado pasar, por principio: mi oportunidad es lo que está fuera del momento.

Si había alguien que no apreciaba las sutilezas del razonamiento, era Hin.

—Cuando uno salta sobre el instante, en el momento adecuado, puede ser feliz.

—No discutiré con las letras de esas canciones.

—¿Entonces el señor Lu no ha sido dichoso?

—A eso —dijo Lu— no puedo responder.

Como ella no hizo ningún comentario, agregó:

—Creo que no. Pero no estoy seguro.

—¿Y la felicidad no habría sido un modo de asegurarse?

—Por ejemplo, el amor.

—Ah, bueno... Creí amar a unos o a otros, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero ¿cómo estar seguro?

Hin asintió:

—De niña, yo creía amar a Yin. Pero con el paso de los años comprendí que sólo era un reflejo imperfecto del señor Lu.

—En realidad, yo soy el reflejo de la juventud.

—Sí. Vero perfecto.

Lu Hsin iba a agradecerle el cumplido, pero al mirarla al rostro vio la «sonrisa seria» de Hin, que sólo él reconocía (quizá porque ella no se la dirigía a nadie más). Se quedó callado, pensativo. Las razones dogmáticamente sentimentales de Hin, tan infantiles, su seguridad pedante y deliciosa de adolescente, se cargaban de misterio ahora. Pero Lu Hsin confiaba en descifrar todo misterio. La lluvia forcejeaba en el techo. Uno de los gatos bostezó. Del pico de la tetera salió un hilo curvo de vapor.

—¿Es cierto —dijo Hin— que nuestro país es el más grande del mundo?

Lu la entendió demasiado bien. No había como el misterio para ser claro.

—Nunca sería lo bastante grande, niña. Nuestras vidas dejan huellas pequeñísimas, pero imborrables, y en todos lados. —Una larguísima pausa—. Nuestro país es como el tiempo. —Había escanciado las palabras como entre bostezos contenidos. El mismo gato de antes volvió a bostezar. Del pico de la tetera salió (increíble, porque el té ya debía de estar frío) un hilillo de vapor. Además, llovía. Lu Hsin agregó, al fin—: Una hija no debe casarse con su padre.

Para su completo desconcierto, cuando creía llegado el momento de sentirse más seguro, por haber hecho una generalización irrefutable, en el rostro de Hin apareció por segunda vez la sonrisa seria.

Ese invierno, Hin trabajaba en una fantástica plantación de remolachas que se extendía en uno de los terrenos recientemente irrigados. Había ingresado al cultivo comunal como asesora, y tan bueno fue su trabajo que quedó a cargo de la planificación, que ella hizo milimétrica por gusto de perfeccionismo, de un plan preventivo contra inundaciones, perentorio por cuanto las lluvias excesivas de la estación hacían temer lo peor. Era su primera responsabilidad grande, y estaba absorta en ella. Pasaba los días enteros en la plantación. Lu la veía salir de madrugada, en la bicicleta, y volver de noche, pedaleando con vigor, con la linterna encendida, con una capa de hule que hinchaba el viento. Ese ardor era parte de la juventud, lo mismo que aplicarlo a la consideración del clima. Lu Hsin, que había

sido tantas cosas, estaba seguro de no haber podido nunca ser bueno en la meteorología. Para él, los avatares de la atmósfera constituían bloques; habría creído ofender al aire desmembrándolo en elementos mecánicos.

Un día hablaban del tema en el invernadero que ahora ocupaba todo el fondo del patio (dentro de él Lu Hsin cultivaba flores silvestres: había llegado a formar una colección completa de las especies de la provincia, unas quinientas). Charlaban sentados frente a la mesita plegadiza que Lu llevaba de aquí para allá, en la que había escrito su vasto tratado de agricultura. A través de los vidrios del techo, miraban el cielo gris y amenazante.

—¿Ha oído hablar de la fuerza Coriolis? —le preguntó Hin.

—Sí, claro. Hace muchos años.

—¿No es interesante?

Lu no respondió. Nunca respondía a lo interesante. Hin, que lo recordó de pronto, siguió:

—A nadie debería habersele ocurrido pensar que la fuerza de gravedad podía actuar sobre el viento también.

—A mí se me ocurrió.

—¿Antes que a... el señor Coriolis?

—Coriolis fue un caballero que falleció hace doscientos años.

—Ah. Creía que era un norteamericano. —Se quedó pensativa un momento—. Pero si la tierra puede desviar los vientos por la mera atracción de su masa, ¿no debería desviarlos siempre en la misma dirección?

—Es lo que hace —dijo Lu.

—¿Hacia abajo?

—Por supuesto.

—¿Entonces un viento en estado puro debería correr perpendicularmente a la tierra?

—En la eternidad, sí.

—¿Y la ley de Coriolis no podría generalizarse?

A Lu le pasaron fugazmente por la cabeza algunas cosas, pero fue terminante:

—En la meteorología, nada se generaliza.

En ese momento, para su inmensa sorpresa, vio aparecer una sonrisa seria en el rostro de Hin. Como si hubiera logrado hacerle decir algo en especial. Pero no era un gesto irónico, todo lo contrario. Esperó a que volviera a hablar.

—Nunca he olvidado la ocasión en que usted me dijo, hace muchos años, cuando yo era una niña, que la gravedad del sol podía atraer, y mantener atraída, esa gran explosión que es el sol.

—No es una metáfora —dijo Lu prudentemente—. Sucede así en realidad. Cuando te lo dije, supongo que era una hipótesis, ni siquiera entonces era una metáfora; hoy día, lo han probado fehacientemente los astrofísicos.

—¿Por qué no acepta las metáforas, o las alegorías? Me parece notar un matiz

defensivo en su voz. ¿Acaso nuestra vida misma no es toda metáfora?

—Detesto la unidad —dijo Lu—. La vida es múltiple, detallada, dispersa. La metáfora lo coagula todo, horriblemente. Y por otro lado, como bien sabes, nunca he amado al sol.

—Para los occidentales —dijo Hin, que no dejaba pasar oportunidad de mostrar lo que sabía— el sol es el símbolo del Bien.

—Si es símbolo, no puede serlo sino del Bien. Todo eso, me deja frío —resumió Lu, haciendo una metáfora (y una paradoja, además) sin proponérselo.

Un par de noches después, Hin volvió a casa deprimida. Había vuelto a llover, increíblemente, y su bello castillo de razonamientos preventivos estaba a un tris de no poder adaptarse a las circunstancias.

—Todo es tan inútil... —decía, cabizbaja.

Lu trató de animarla:

—No pasará nada. Esta noche revisaremos todos los cálculos, y si quieres mañana puedo ir yo mismo a hacer una evaluación. Se salvarán, podría apostar. —Y citó, con una sonrisa, el refrán—: «Yerba mala, nunca muere».

Hin no pudo contener la risa. La gente de la aldea se reía de las remolachas. La plantación se había hecho a título experimental, lo que legalizaba todos los azares. El problema desde el comienzo había sido la extensión desmesurada del plantío. Los chistosos lo llamaban «Europa», en una alusión napoleónica. También decían: «¿Le pondremos azúcar roja a todo el té del mundo?». Lu Hsin era inagotable en sus humoradas sobre el tema.

—¡De acuerdo! —exclamó la joven—. Esas plantas son ridículas. ¡Pero no son sólo ellas! ¿Y yo? ¿Debo anegarme en lágrimas también, cada vez que llueve?

—La lluvia es buena para el campo.

—A veces, señor. A veces.

Lu se quedó pensando un rato, y después declaró con firmeza:

—La producción no existe.

Hin tardó en asimilar la idea. Tuvo que extraerse de sus pensamientos melancólicos, para ponerse a tono con la alta abstracción de lo que le decía Lu Hsin. Era hábil en ese tipo de maniobras. En unos segundos, le mostraba su dulce rostro redondo vacío de sentimientos.

—¿No existe... nunca?

—No diría tanto, quizás. O sí. Pero estoy seguro de que la juventud puede llegar a envenenarse con la idea prematura de la producción.

—¿Por qué prematura?

—Porque son jóvenes. La idea de la producción debería ocurrírsele sólo a gente madura, que ya haya aprendido que no existe.

—¡Pero es absurdo, es un círculo vicioso!

—Nada de eso. Algún día lo verás tan claro como yo.

—¿Acaso no somos nada, no somos un producto? —dijo Hin—. ¿Acaso no queda

nada de todo lo que hacemos?

—La respuesta —dijo Lu Hsin— es negativa en ambos casos.

Hin no se apresuró a manifestar ninguna objeción. Tomó por la punta un larguísimo tallarín, ya frío, de su plato, y se lo dio al gato. Era increíble el modo en que el animalito sorbía los cuarenta centímetros de ese filamento de comida.

—Yo creía haberme hecho a mí misma. Y, por lo mismo, creía estar haciendo cosas útiles.

Lu levantó el índice al hablar:

—«Una doncella no hace nada».

Hin lo miró sorprendida, y él se excusó:

—Es un viejo proverbio. ¿Nunca lo habías oído? No, por supuesto, es un proverbio muy viejo.

—¿El señor Lu —dijo ella eligiendo cuidadosamente las palabras (había pasado, del dialecto, al pequinés)— piensa en el momento en que Hin se entregue a un hombre?

—Ese pensamiento —dijo sonriendo— sería mi forma de producción. Y de contradicción. —Se quedó callado un momento, como vacilando entre responder o no. Al fin se decidió por la afirmativa—: Sí, lo pienso. O al menos —se rectificó— eso creo.

Lo cual hizo que en el rostro de Hin apareciera una sonrisa seria. Por cuarta vez en el año, contó Lu, que ignoraba que sería la última en esa etapa de su vida.

Pocos días después, en una aldea vecina, hubo una representación de la Ópera Provincial, y Lu accedió a acompañar a Hin, que iría con todo el grupo de jóvenes que trabajaba en las malhadadas remolachas; éstas habían superado el peligro acuático más inminente, pero por algún motivo su crecimiento se había detenido. Habían pensado en tonificarlas, pero no se les ocurría cómo. Lu había sugerido emplear luz, la luz rosa del crepúsculo.

Debían hacer el trayecto en tren. La función empezaba temprano, a una hora en que todavía había luz de día, en invierno. Era una medida previsoras en vista de la duración desmesurada, verdaderamente didáctica, de la obra. Lu Hsin ya la había visto, lo mismo que gran parte de las asistentes a la velada, pero por su índole desmitificadora valía la pena volver a frecuentarla. Se trataba de *El Dragón de Verdad*, una de las piezas más populares de los últimos tiempos. Por lo menos, valía la pena ver por segunda vez al dragón. Con una visión el mensaje quedaba incompleto.

La idea del argumento, como es bien sabido tratándose de un clásico moderno, consiste en la aparición legendaria, pero esta vez «real», del monstruo imaginario que más ha aparecido en la China, el dragón. La moraleja: cuando una fantasía se ha repetido tanto que el sentimiento de la irrealidad ha llegado a embotarse, es preciso despertar a la gente. Y no se la despierta convenciéndola de una vez por todas de lo que ya está convencida, esto es, de que lo fantástico no es real, sino todo lo contrario:

poniéndole el dragón bajo las narices, en todo su esplendor flamígero. Lu sospechaba que en la trama había algo demasiado sutil, que la hacía imposible, pero eso no hacía sino aumentar el placer de volver a verla.

Porque no se trataba de pensar el asunto; había que hacerse presente, ocupar la butaca. En el teatro convencional, hacer aparecer al dragón ya era bastante complicado; aquí, donde su aparición constituía el toque realista, cuando las canciones se silenciaban, se retiraban las lentejuelas de la lluvia y se apagaban las luces de supuestas lunas y soles ponientes, resultaba algo más que difícil. Lu Hsin no le sacó los ojos de encima, todo el tiempo que estuvo en escena. Mirar fijo al dragón, era el gesto más inmemorial de los campesinos; tanto, que se confundía con su empleo del tiempo. Y se le ocurrió que, al fin de cuentas, ese dispositivo de ultrametáfora y alambre, que escupía fuego griego y daba coletazos sobre el tablado, *era real*. Lo que los autores de la obra habían ocultado en los dobles fondos de su mensaje, era que el dragón siempre existía. En ese caso, eran artistas de verdad: no les importaba pasar por estúpidos.

Al salir del teatro, como era bastante tarde, fueron directamente a la estación. Los jóvenes condiscípulos de Hin se pegaban a Lu como un enjambre de moscas; no querían perderse una palabra, bebían con avidez sus comentarios para repetirlos al día siguiente. Para ellos era un prócer, una leyenda viva, el autor de «La espera pueril», el texto más reproducido en los dazibaos de todo el país. Una vez en el tren, agotado el tema de la obra, al menos por el momento, y a partir de su carácter didáctico, la conversación viró hacia la política educativa.

En respuesta a la atención de los jóvenes, Lu Hsin se hallaba inspirado. La función de teatro, además de llenarlo de ideas, había actuado como un alcohol sobre sus nervios. No defraudó a su auditorio, pues en el curso del viaje se hizo tiempo para improvisar una persuasiva teoría, que expuso en resumen, sin entrar en excesivos detalles.

Sobre la educación, creía que las reformas que se instaba a la gente a pensar y proponer eran inconducentes, y peor todavía, inhibían un pensamiento eficaz sobre el tema. El mero concepto de «reformas» chocaba con el de «pensamiento». Pensar era un gesto muy radical: podía tener por objeto lo que no existía, exclusivamente, y en modo muy fugaz. Y la educación existía. En tal caso, quedaba por hacer una sola cosa, a su juicio muy razonable, y para nada utópica (utópicas eran las tímidas reformas): invertir completamente el currículum, adecuando de modo algo más razonable los datos. La universidad debía venir primero, para párvulos de tres a cinco años. El infantilismo universitario venía como anillo al dedo a esa edad: la especialización obsesiva, el «interés» personal subjetivo, el profundo pozo de ciencia sin relación alguna con nada ajeno a él, la repetición (el discurso ya oído, pues las ciencias no se inventan cada vez), el saber útil de utilidad inmediata, para «vivir» con él, los lenguaje científicos con sus palabras tontas y sonoras, la universidad-ciudad, el mundo aparte, y sobre todo las reivindicaciones estudiantiles y la política en los

claustros, que tomaban sentido puestas en práctica por el infante caprichoso y tiránico, Su Majestad el Niño.

Entre los seis y los doce años, el Colegio Secundario, cuyas características se adaptaban inmejorablemente a la edad, la del despertar de la inteligencia: el enciclopedismo, que al fin tendría alguna utilidad como método de aprendizaje de la lectoescritura, la sucesión al azar de los profesores a lo largo de una larguísima mañana (o una tarde) de aburrimiento, y era la edad del aburrimiento, el desprecio por el saber, la busca deportiva de resultados, es decir, de las notas.

En este punto, decía Lu Hsin, se completaba la etapa obligatoria, y los que interrumpieran aquí sus estudios ya estarían preparados para la vida, para la estupidez y burocratización profundas e inerradicables de la vida en sociedad, que constituían un dato tan existente como la educación misma. Para las elites de la inteligencia y el esfuerzo, venían las etapas siguientes.

En primer lugar, la Escuela Primaria para adolescentes de trece a diecisiete años. Sus programas conllevaban los elementos de un saber ya elevado: una introducción al uso de los materiales, cuadernos, carpetas, lápiz, tinta, la *cartuchera*, el sacapuntas, la escuadra, los lápices de colores; el aprendizaje de la lengua, silabarios, libros de lectura; los números; disciplina en el aula, prolijidad, cuidado de los útiles; los recreos, y una primera aproximación a la gimnasia.

Por último, ya en el nivel más alto, y sólo para quienes, entre los dieciocho y los veintitrés años, mostraran capacidades para ello, el Jardín de Infantes, donde se cultivaban las más altas potencias del hombre: las artes: música, pintura, modelado, teatro, fábulas; el uso del cuerpo: juegos libres, el arenero; la socialización: paseos, pernoctadas, cumpleaños; y, en materia edilicia y de amoblamiento, el mundo a la medida de la persona.

Los jovencitos lo escuchaban boquiabiertos: un nuevo mundo se abría ante ellos. El tren atravesaba la noche china, directo a su destino. Lu Hsin nunca lo supo, pero uno de sus ocasionales oyentes, al tiempo que miraba las negras profundidades de la ventanilla, donde se reflejaba todo el grupo, y cuando todavía resonaban en sus oídos las últimas palabras del maestro, desarrolló sobre ellas una involuntaria ensoñación: un mueble demasiado grande o demasiado pequeño podía no tener consecuencias en la vida corriente, pero el mismo defecto en una tacita podía hacer eterna la hora de tomar el té. El tren llegó.

En la estación se dispersaron, cada cual con rumbo a su casa. Como Hin no había traído linterna, algunos se ofrecieron a alumbrarle el camino a ella y a Lu, pero éste declinó el ofrecimiento. La luna, que en ese momento asomaba por sobre las montañas, haría con creces su papel de fanal portátil. Los jóvenes, con apuro de liebres, recogieron sus bicicletas que habían dejado a cargo de los empleados ferroviarios, y partieron veloces. La niña y el sabio salieron caminando por el sendero que prolongaba el andén y bajaba a la aldea.

Era una noche fría, pero no demasiado. Las lluvias parecían haber caldeado el

invierno, y las nieves habían pasado casi inadvertidas. De no haber sido una exageración, podrían haber dicho que ya se anunciaba la primavera. Por el cielo corrían unas nubes alargadas, que sólo la luna había venido a hacer visibles. Sus bordes azulados cortaban el negro intenso de la atmósfera.

Abajo, en la tierra, todo era extraño. No tenían el hábito de los paseos nocturnos (la gente de campo nunca lo tiene), y a esta hora, las cercanías de la aldea les resultaban irreconocibles como un país extranjero. Pero eso, a su vez, sí les era habitual y conocido: los chinos tenemos distintos mundos superpuestos, a nuestra disposición, al alcance de la mano podría decirse, y lo más fantástico está bajo una imperceptible capa de luz, incluso nocturna, o de laca cotidiana.

—¿Y si se nos apareciera el dragón? —bromeó Hin.

—Si fuera real...

—Debería serlo, después de todo lo que se dijo esta noche.

Las voces resonaban en el metal nocturno, en el frío, en la nada que envolvía todos los mundos. Hin tenía una voz tenue, pero con una resonancia vigorosa que la hacía muy diferente de las voces habituales. La de Lu en cambio era completamente opaca, convencional.

—Si saliera de la oscuridad, frente a nosotros —insistió Hin—, ¿qué haríamos?

—¿Qué podríamos hacer? Nada. Cualquier cosa. Lo que hacemos siempre.

—De todos modos, no podría dejar de haber una reacción.

—Eso es inevitable. Siempre reaccionamos a lo que sucede.

—Pero está la noche —dijo ella mirando a su alrededor. Como a muchos jóvenes muy jóvenes, la ruptura de los horarios acostumbrados le producía un estado de euforia—. La noche es apropiada para la venida de los seres... dudosos.

Lu Hsin soltó su vieja risita de mandarín, el único recodo de su voz donde había una resistencia a lo opaco:

—La noche, niña, es lo que está en el fondo de una mirada. Y las miradas son las fundas de la luz, que se dan vuelta siempre al sacarlas. Por eso la noche, y los dragones, siempre están apareciendo.

—¡Creí ver unas florcitas blancas! —dijo Hin tras una pequeña exclamación de sorpresa. Se había detenido, y volvió unos pasos atrás mirando el suelo—. Habría jurado que brillaban... —musitó para sí misma, decepcionada.

—¿Estaban desarmadas? Sería el Hannokan.

—Me pareció que parpadeaban.

Eso le interesó más a él. Ya habían reanudado la marcha, renunciando a hallarlas.

—¿Parpadeos? ¿Como vistas de costado?

—Por el contrario. Me pareció verlas a mis pies. Quizás las pisé sin querer.

—¿Unas florcitas de corola redonda, entonces?

—Sí... Diría que redondas.

—En ese caso, podrían ser unas viejas conocidas mías.

—¿Cómo se llaman?

—El nombre no te diría nada. Desde hace tiempo sospecho que tienen cierta fosforescencia preliminar. Mejor dicho, la deduje de su dispositivo de polinización, pero nunca he podido probarlo. Flores con señales luminosas, es casi obvio que existan, al fin. No sabemos gran cosa de la flora nocturna.

—Pero debería ser muy fácil de demostrar —dijo Hin, asombrada por esta especie de desaliento en alguien tan emprendedor—. En una cámara oscura.

—No, qué va. Habría que intentarlo con espejos.

—¡Claro, con espejos!

—Es fácil decirlo. Pero manipular espejos en la oscuridad es lo más engorroso que hay.

—Con dejar uno afuera...

—¡Ja! Un espejo afuera, y un reflejo adentro. Me falta paciencia.

Fueron en silencio unos metros, hasta que Hin hizo una declaración intempestiva:

—El dragón no mira.

—No —dijo Lu Hsin—. Es una pura presencia lumínica. Ni siquiera acecha.

—Igual que esas florcitas.

—No creas —dijo la voz de la experiencia—. No creas.

Ésa era la virtud del dragón. Después de todo, sí se les había aparecido. La idea se volvió turbadora de pronto. En efecto, estaba la posibilidad de que el dragón apareciera. Pero, pensó Lu, era una posibilidad tan incalculablemente remota que lo contaminaba todo, todo en la noche que envolvía los caminos familiares con su velo de extrañeza. Y cuando todas las cosas se habían vuelto imposibles, el dragón brotaba de la tierra. Más que un razonamiento, era un método: la educación de los niños chinos, con un juguete didáctico grandísimo.

Sin deliberación alguna, habían tomado el camino que se transformaba en la calle donde vivían, aunque era un poco más largo que el otro, que cruzaba por el centro de la aldea. Era un rumbo tan familiar que Lu habría podido recorrerlo con los ojos cerrados; era el camino de toda su vida. Pero no fue necesario cerrar los ojos: el claro de luna bañaba a lo lejos las laderas de las montañas, y más cerca, proyectaba las sombras de ellos dos en el suelo. Cuando llegaron al borde del terraplén desde el cual comenzaban a bajar, tuvieron un panorama de la aldea dormida, y de su casa, con la brillante cinta de vidrio que era el techo del invernadero.

—Es como un día —dijo Hin.

—Es una luz engañosa —opinó Lu Hsin.

—No —dijo por su parte Hin—. Yo podría reconocer...

Y en esa palabra la frase quedó interrumpida. Por casualidad (estaba algo más adelantada) él había quedado mirándole la cara. Ella se volvió y lo miró a su vez. Por un azar de su disposición, la luna daba en los dos rostros. Y Lu Hsin pudo ver que en el de Hin no estaba la sonrisa seria. Era el único en el mundo que podía verla; luego, era el único que podía ver su falta. Los rasgos de Hin estaban vacíos de toda expresión, hasta de la más secreta. Todo pareció deslizarse hacia el pasado, incluido

el tiempo mismo. Y fue entonces, no antes, cuando Lu Hsin, que se había equivocado tanto, supo qué era el amor. Su vida entera se borró súbitamente en el resplandor discreto de la luna. Ya ni siquiera eran errores o aciertos; no era nada, simplemente.

El resto fue trivial y cortés; se casaron para las fiestas de la primavera. Tienen dos hijos, el mayor ya en la universidad. Lu Hsin cumplió setenta años hace poco, goza de excelente salud, y sus trabajos prosperan. Actualmente dirige un proyecto comunal de forestación de altura en las montañas Verdes.

15 de enero de 1984



César Aira nació en Coronel Pringles, Argentina, en 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires, dedicado a la escritura de novelas, ensayos y muchos textos que oscilan entre ambos géneros y a la traducción. Aira es uno de los narradores más radicalmente originales, imaginativos, inteligentes y delirantes. Su obra ha sido publicada profusamente en Argentina, Chile, México y España, y sus novelas han sido traducidas a más de veinte idiomas.